



DIARIO DE LA MARINA



LA HABANA, 16 DE OCTUBRE DE 1938

Suplemento Dominical

En Este
Número:



Seis
Opiniones
Sobre la
MUJER
por Claudio Santiago



Galanuras
del Vestir
Por Martha Janes



Episodios
Selváticos
Por Clyde Elliott



Otras Lecturas
Amenas y Páginas
de Historietas
y Humorismo



TRUCUTÚ

FRAGMENTOS

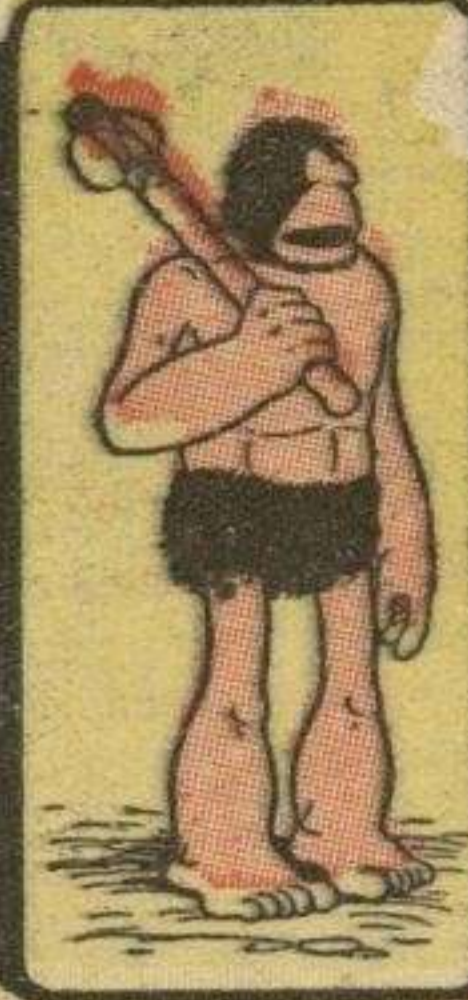
ESTE FABULOSO ANIMAL DE HACE MILLONES DE AÑOS ERA EL REY DE LAS PRADERAS DEL OESTE DE LOS ESTADOS UNIDOS, ANTES DEL ADVENIMIENTO DEL GANADO.



SE CREE QUE LOS DINOSAURIOS SE EXTINGUIERON, BIEN POR EL ENFRIAMIENTO SÚBITO DE LA TIERRA, POR EL RAQUITISMO, O PORQUE SUS PATAS FUERON DEVORADAS POR PEQUEÑOS ANIMALES MAMÍFEROS DE LA ÉPOCA PREHISTÓRICA



EL ANTEPASADO DEL PERRO AHORA HACE 50 MILLONES DE AÑOS... DEL TAMAÑO DE UNA ARDILLA



¡HOLA, TRUCUTÚ! ¿CÓMO LE VA AL YIMÁN FUGUCHE EN LA INVESTIGACIÓN DEL ROBO DE LAS JOYAS?

¡BAH! ESE IDIOTA NO ES CAPAZ DE AVERIGUAR NI DÓNDE TIENE LAS NARICES!

¡GUARDIA, TRUCUTÚ!

¿QUÉ PASA, GUGU-ZIGÚ?

ME PREOCUPA LA AUSENCIA DE FUGUCHE... EL POBRE DEBE ESTAR METIDO EN ALGÚN APRIETO...

¿QUÉ DICE? ¿QUE MI AMIGO FUGUCHE ESTÁ EN UN APRIETO? ¿DÓNDE? ¡DÍSAME! ¡PRONTO!

LA ÚLTIMA VEZ QUE LO VIERON SE DIRIGÍA HACIA EL BOSQUE



¡ANDA, NENITA DINOSAURITA! ¡TENEMOS QUE DARNOS PRISA! ¡LEVÁNTATE!



¡CACHÓN! ¡AHÍ LO TIENES YA...! ¡A FUGUCHE LO SACAMOS PRONTO POR EL OLFA TO! ¡YA ESTAMOS SOBRE SU PISTA!

FU...FU...FU... FU...FU...FU... FU...FU...FU...



¡VOTO A SANES! EL OLFA TO NOS TRAE A ESTE PRECIPICIO!

¡HOLA! ¿QUÉ SUCEDE?



¡CACHÓN CON CHÓN! EL INDIVIDUO ESE QUE TÁNTO ME HA DADO QUÉ HACER!

¡JUM! ¡NO ME GUSTA ESTO NADITA!

¡DÉJENSE DE IDIOTECES ESTAMOS SEGUROS!

¡NO PUEDO EVITAR PREOCUPARME!



ME DESIZARE POR Y LES DARE SUSTO MAY LO...



¡EPRIAA! ¿QUÉ PASA?

¡RECACHÚNEZ! ¿QUIÉN EZ?

¡...TRUCUTÚ, EL GUARDIA DE GUGUZILANDIA!

¿TRUCUTÚ? ¡ESTAMOS LISTOS!

EL YIMÁN FUGUCHE ENCONTRÓ LAS JOYAS... ¿LO ENCONTRARÁ A ÉL TRUCUTÚ?

V.T. Hamblin

se entristeció al ver que se le
 un recurso inesperado que no
 aprovechar.

de mi, caballero! —exclamó—.
 como una nota, ni una siquiera!
 no puedo nacer otra
 daros un millón de gracias por
 atención, y sentir el no poder
 a vuestro trabajo.

de profesor de música se quedó ca.
 Vincent tan triste, que la mar.
 afectó al verle en aquel estado.
 yo, amigo mío—le dijo—, soy
 música, y podría ayudar a este
 en lo que desea; esto hasta
 sería.

¡Vos, mí... mi querida so.
 y esto me sería muy

se caso, señora —dijo el profe.
 permitidme que asepté vuestra
 y que os traiga esta misma tar.
 apertura del «Califa de Bagdad»
 variaciones del «Haron»; este es
 que no tiene nada de humil.
 el mismo Juan Jacobo Rousseau
 algún tiempo a copiar música.
 me habléis de ese hombre! —
 Vincent con energía.

yo le quiero tan mal como vos
 quererie, a pesar de ser el cori.
 los palacios en donde daba yo
 en otros tiempos.

los dueños de esos palacios —añ.
 —, ¿han visto a dónde les ha
 ido Juan Jacobo? Caballero, si
 salir de la Revolución, es pre.
 nos deshagamos de Voltaire, de
 Jacobo, de los enciclopedistas;
 sean ellos los que den la ley,
 el mal estará en peligro.

del mismo parecer —contestó
 el profesor—; sin embargo,
 ahí que M. de La Harpe se ha
 en la cárcel, y ahí tenéis a
 que escribe unas Memorias
 emigrados.

mejor! ¡Ojalá se conviertan
 en todos los errores de que
 sus libros!

misma es mi opinión; señora,
 honor de ofreceros mis respe.
 el de volveros a ver esta
 os molestéis en acompañarme,
 conozco bien la escalera...
 hermosa niña...

esto, se fué, y Delfina empezó
 aquella misma tarde. Al prin.
 tomó con mucho entusiasmo;
 esos días, el trabajo hizo que su
 su aburrimiento desaparecie.
 por encanto; por otra parte,
 legítimo la sostenía en aque.
 pero bien pronto las cosas
 cantaba M. Durval, el profesor,
 cantaba la nueva sociedad, la
 perspectiva que él le hacia vis.
 de fiestas, de movimientos, de
 vivas, motivaron que las ho.
 hiciesen muy pesadas, muy
 insoportable el rato que pa.
 la cabeza baja sobre el cua.

La Señorita de NEUVILLE

Por Madame Bourdon

derno de música. Sus aspiraciones a otra
 existencia muy distinta volvieron a re.
 nacer; pesábala su pobreza siempre que
 oía hablar del lujo que se iba desarro.
 llando; la uniformidad de sus días le pa.
 recía insoportable cuando la pintaban
 aquellas reuniones en donde brillaban
 los oficiales, los oradores y los mejores
 elegantes, cuyos nombres estaban en bo.
 ca de todos; y aunque las relaciones que
 se le hacían fueran para ella una espe.
 cie de martirio, sacaba ella misma la
 conversación, ansiosa de saber lo que
 pasaba en el mundo elegante. Vincent
 oía aquellas conversaciones con el des.
 dón de un hombre para quien no hay
 nada bueno más que lo antiguo, y Del.
 fina con la impaciencia febril de un es.
 píritu que quisiera abarcar el porvenir.
 Carlota era la única que sacaba prove.
 cho de las visitas de M. Durval, que la
 enseñaba el solfeo, y cuando cantaba
 la lección en voz clara y entonada, la
 madre, el amigo anciano, y el profesor
 sentían por aquella dulce y hermosa
 criatura igual simpatía

—¡Si la viese su padre! —exclamaba
 Vincent.

—¿Por qué ha de vivir pobre y obscu.
 recida? —pensaba la madre.

—¡No hay que darle vueltas! —excla.
 maba el profesor admirado—. Ni los Pe.
 lópidas, ni Leónidas, ni tampoco las Cor.
 nelias y las Clelias del barrio del Mer.
 cado cantarán jamás nada que iguale
 a esto. ¡Vamos a repetirlo, señorita Car.
 lota! ¡Bravo! ¡Bravísimo! Yo quisiera
 saber si la señorita de Beauharnais, tan
 alabada por todo el mundo, tenía a esta
 edad tan buena disposición!

.. Vincent aplaudía, pero sentía interior.
 mente cierta inquietud que no sabía de.
 finir; por fin, llegó un momento en que
 se explicó con la marquesa.

VII

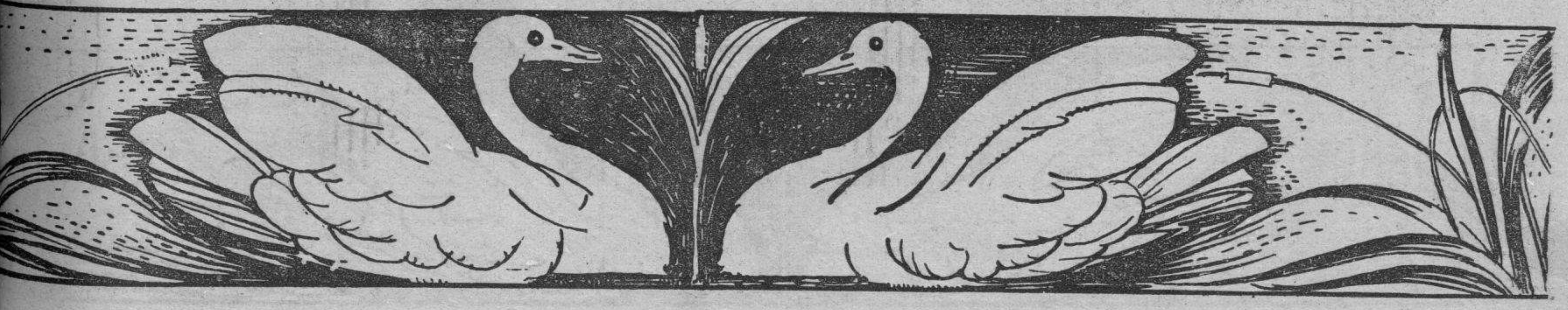
En tanto Vincent copiaba escrituras.
 mientras Delfina se agitaba formando
 mil planes, todos ellos irrealizables en
 las circunstancias por que estaba atra.
 vesando la Francia, el tiempo seguía su
 carrera con la velocidad de siempre, y
 Carlota se acercaba a los últimos años
 de la edad infantil, y aunque no tenía



once años, su razón y su juicio suplían
 a la edad, y estaba tan adelantada co.
 mo si tuviera diez y seis o diez y ocho
 años. Carlota, con su padre ausente,
 desterrado, muerto quizá, era el objeto
 de la más tierna solicitud del anciano;
 pero este mismo cariño unido al carác.
 ter, a las convicciones de Vincent y a
 las peripecias de aquella época, le da.
 ban al anciano cierta gravedad particu.
 lar.

El ex mayordomo no se atrevía a cen.
 surar la conducta de Delfina; pero de.
 seaba interiormente, aunque no se atre.
 vía a decirlo, que Carlota no se la pa.
 reciese, y que hallase en una fe sincera
 la fuerza y la paz interior de que no
 disfrutaba seguramente la que la había
 dado el ser.

La marquesa de Neuville había apla.
 zado «para días más serenos» el que
 Vincent acompañara a la niña a los si.
 tios en donde se adoraba a Dios clan.
 destinamente, porque sus ministros y su
 altar santo eran todavía perseguidos.
 Aquellos días más serenos iban vinien.
 do, sin embargo, con mucha lentitud;
 todavía no se habían vuelto a abrir las
 iglesias; los sacerdotes no podían contar
 con ningún género de protección; pero
 la autoridad dejaba obrar, y hasta tole.
 raba que se celebrase misa, con tal de
 que fuese de tapadillo, como vulgarmen.
 te se dice. Este estado de cosas, compa.
 rado con lo que había pasado poco an.
 tes, era lo que es la gloria comparada
 con el infierno; Vincent se apoyó en
 aquella tolerancia y en aquella naciente





seguridad, y rogó encarecidamente a Del. fina le permitiese llevar a Carlota a aquellas modernas catacumbas, para que se fuese preparando a hacer la primera comunión.

—¡Si me aseguráis que no hay peligro!... —le contestó la marquesa.

—No hay cuidado ninguno, señora; pero aun cuando lo hubiese, ¿creéis que si el señor marqués estuviera aquí dejaría de llevar a su hija a la iglesia? ¡Es mi amo tan buen cristiano!

—¡Ay de mí, Vincent! Y ¿dónde está? ¡Hace cinco años que no sabemos nada de él!

Vincent volvió la cabeza para ocultar las lágrimas que hilo a hilo corrían por sus mejillas; el nombre del marqués, compañero suyo de la juventud, su protector, su amigo más bien que su amo, no podía oírlo sin enternecerse.

—Confíemos en que todavía vive—contestó al cabo de unos cuantos segundos.—y si es así, de seguro que no deja de pensar continuamente en su mujer y en su hija.

—Pues yo, por más que hago, no puedo tener esa confianza, y por esto mismo soy mucho más digna de compasión: ¡sola en el mundo!

—Señora, no digáis eso, puesto que os queda vuestra hija; pero para que la señorita Carlota sea buena, es preciso que conozca bien a Dios.

—No deseo yo otra cosa con más ansia; yo quiero que mi hija sea buena cristiana, y puesto que vos me aseguráis que en esto no hay el más mínimo peligro, ¡sea! ¡Vincent, guíadla; está en buenas manos, y yo sería seguramente una ingrata si no os confiase una parte, una gran parte en la educación de esta niña!

¡Ah, señora! Me hacéis demasiado favor; pero si yo me mezclo en este asunto, creedlo, es únicamente, para bien de la señorita.

—¡Oh! Ya lo sé; si volviese M. de Neuville, ¡cuánto os lo agradecería!

—¡Ah! ¡Lo que yo quisiera sería devolvéroslo! Ya sabéis, señora, las grandes esperanzas que yo había concebido para cuando llegara el caso de que mi sobrino volviera a París, y lo mucho que me prometía del influjo que tiene con los hombres del día; pero he aquí que le han destinado al ejército de Sambre-et-Meuse, al ejército de Italia, al que manda ese Bonaparte, o como se llame, que dicen que hizo tan buena puntería en San Roque. Marcelo acaba de ser nombrado comandante de escuadrón en el mismo campo de batalla, en Dodi; hele ahí lanzado, y sabe Dios cuándo volverá, si es que vuelve; estas pícaras guerras son tan mortíferas!

—¡Otra esperanza perdida! —exclamó Delfina con tristeza—. ¡Yo no volveré a ver a mi marido, y habré de pasar mi vida en la más espantosa soledad!

En seguida se echó a llorar, y Vincent no sabía como consolar aquel dolor demasiado justo, cómo aliviar aquella pro-

funda tristeza. Para endulzar los males de la vida no conocía otros recursos que los que proporciona la fe; las palabras de Santiago, por ejemplo: «¡Si alguno de vosotros está triste, que ore!». eran su máxima. Pero la fe es un dón admirable y gratuito de la bondad celestial y el hombre no puede imponérselo a otra criatura; lo más que puede hacer es ayudar a la obra divina.

En el alma de Carlota germinaba ya una fe sencilla y pura sostenida por el gran recuerdo de Calixta de Offremont, que se tenía por tan dichosa de morir por su Dios y de probar hasta en los mismos brazos de la muerte la verdad sublime de la Religión. Carlota no había olvidado nunca ni las escenas de la cárcel, ni las lecciones de la primera amiga que había tenido en el mundo; y cuando Vincent la dijo que la llevaría para que allí se instruyese, para que oyese misa, y para que, al cabo de algún tiempo, se acercara a la santa mesa a comer el pan de los ángeles tuvo una alegría imposible de describir, y el domingo siguiente, antes de hacerse de día, estaba ya en pie y vestida para salir de casa.

París se hallaba aún en brazos de Morfeo; en las calles no se encontraba otra cosa que carros cargados de víveres, patrullas de soldados soñolientos que se restregaban los ojos al dar en ellos la luz del nuevo día, y de cuando en cuando una mujer, algún muchacho o algunos ancianos que, siguiendo las aceras, y muy pegaditos a las paredes de las casas, desaparecían de pronto en el fondo de una calle de árboles.

—Esos —le dijo Vincent a Carlota— van donde nosotros vamos—. ¿Veis, hija mía, esa casa que está en aquella esquina? La que la habita es una pobre frutera; ¡pues bien! Nuestro Señor habita también en lo más alto de la casa, y allí es donde se celebra la misa para que puedan tener el consuelo de cumplir con el precepto eclesiástico de oírlo todos los fieles del barrio.

—¿Y por qué no vamos nosotros allí, mi buen amigo? ¡Está tan cerca! Así veríamos a Dios más pronto.

—No vamos porque ahí no se puede predicar ni enseñar, en razón a que el local es muy reducido; nosotros vamos más lejos.

Y en seguida calló; pero al volver una esquina prosiguió, diciendo:

—Ahí habéis visto una casa santificada; pero ¡cuántas hay que habiendo sido en otros tiempos templos de Dios están destinadas ahora a los usos más viles! Ved, hija mía, esa puerta desventajada y ese arco gótico: ahí estaba la capilla de los cartujos, fundada por un rey de Francia y convertida hoy en depósito de heno; otras iglesias son hoy cuadras: los pesebres están hoy donde estaba el altar, y esto es aún menos malo que el que ocupen aquel lugar sagrado las divinidades paganas... La iglesia de Nuestra Señora se ha conver-

tido en templo de la Razón, la de San Eustaquio está dedicada a la libertad, y sólo Dios es capaz de saber las profanaciones que se han cometido en ella. Yo he entrado de oculto el otro día en una antigua iglesia que parecía respirar aún cierto recogimiento: era un templo de teofilántropos, y un hombre muy alto, vestido de blanco como los payasos de las ferias, cantaba una especie de aria y ofrecía flores al Eterno. ¡Y que suceda esto en el reino cristianísimo! ¡Ah, pobre hija mía; quiera el cielo que veáis otros tiempos mejores!

—¡Tiempos mejores!... Esos tiempos no vendrán hasta que pueda una ir a la iglesia con entera libertad, y hasta que vuelva mi padre.

Vincent no le contestó sino con una mirada cariñosa, porque llegaban ya al sitio donde iban. En una de las calles más antiguas de aquel barrio solitario se elevaba una antiquísima capilla, dedicada a San Bartolomé, que había pertenecido a la Congregación de los correeros; cuando estalló la Revolución, el edificio pertenecía ya a un particular, y esta fué la causa de que se salvara. Por la parte exterior no se veía nada que pudiera indicar su origen religioso; era una casa parecida a las demás que estaban a su lado, y su puerta de entrada, baja y estrecha, no podía llamar la atención; únicamente los ojos de lince de algún anticuario entusiasta hubieran podido descubrir sobre las piedras ennegrecidas de la fachada algunos emblemas del gremio de artesanos que se reunían en aquel sitio en época bastante remota. Por dentro existía aún una alta bóveda que descansaba sobre las paredes, sin pilares ni columnas, y en lo más alto de aquella atrevida bóveda se veían tres ventanas que daban luz al altar y a toda la pieza. Como el lector puede suponer muy bien, el primitivo altar había desaparecido hacía mucho tiempo, y había sido reemplazado por otro, es decir, por unas tablas cubiertas con unos lienzos blancos, y encima de éstos un crucifijo y dos candelabros. Doce estatuas, mutiladas por los años, y que representaban los doce Apóstoles, colocadas sobre unos pedestales, y debajo de unos doseletes góticos, presidían, digámoslo así, aquellas ceremonias. La reunión de fieles era numerosa, y algunos hombres, hallándose representadas allí todas las clases de la sociedad. Todo el mundo parecía estar muy recogido, quizá cual ninguno de los de la reunión lo había estado jamás bajo la cúpula de Santa Genoveva o bajo las elevadas y magníficas bóvedas de Nuestra Señora.

Empezóse la misa; el sacerdote que celebraba, cura en otros tiempos de una de las parroquias más grandes de París no había dejado nunca de ejercer su sagrado ministerio, muy a riesgo de su vida, puesto que, aun en la terrible época del Terror, instruía, consolaba y confesaba; también confería el Santo

Bautismo a los recién nacidos a la cuna del lecho de sus madres, alivios de este modo en el gran padecimiento de la micilia cristiana, y, finalmente, asistía a los moribundos, fuese o no llamado a las casas en que había enfermado, exponiéndose con santo valor con un valor cristiano que podía compararse con el de los mártires a ser encarcelado y, consiguientemente, conducido a la guillotina. Dios, que, según la expresión de un santo, permite a veces que una tela de araña se convierta en pared, le ocultó, le salvó de encuentros peligrosos y dejó aquel justo en libertad para pleitear la causa de los pecadores. Aquel varón de Dios celebraba el Santo sacrificio con tanta dignidad, tan majestuosamente como hubiera podido hacerlo el mismo día de Pascua en la parroquia.

Después del Evangelio hizo una pequeña plática a los asistentes: su palabra estaba llena de dulzura y de verdad, y parecía que de la cruz que el Señor le había dado no hubiese corrido sino miel.

Todos le escuchaban con respeto, ninguno con la expresión que Carlota.

La dicha que había soñado se había realizado para ella: las conversaciones de la señorita de Offremont, que había leído, y el ejemplo y las palabras de Vincent, habían madurado su corazón infantil, y el deseo más ardiente que había concebido en toda su vida era el de asistir a los divinos misterios, ver al sacerdote en el altar y adorar en la hostia y en el cáliz a Jesucristo, realmente presente allí. En el momento de la comunión, parecía que estaba viendo a Dios con los ojos corporales; oraba, raba y parecía estar extasiada, en tanto que gruesos lagrimones corrían por sus mejillas.

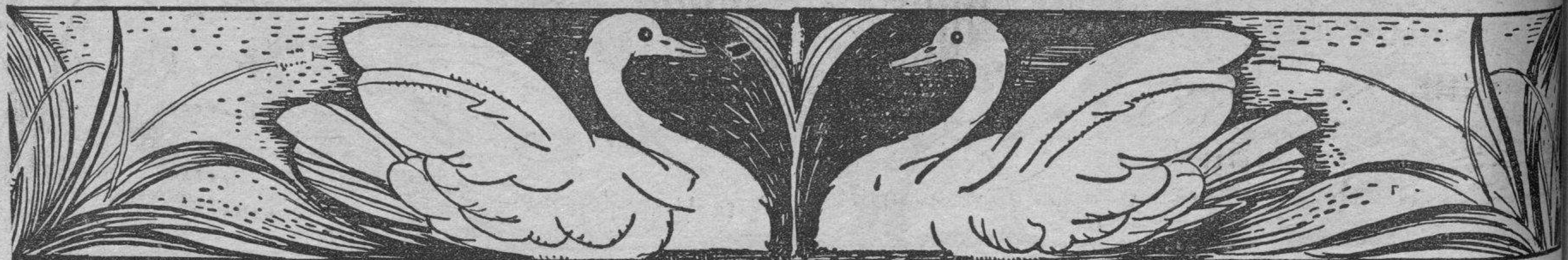
—¡Cómo! ¡Se ha concluido! —dijo en voz baja a Vincent, según se le fueron retirando—. ¿No está ya Dios aquí?

—No, hija mía, pero volverá; ahora voy a presentaros al señor cura para que se sirva instruirnos y prepararnos para hacer la primera comunión.

—Seguramente la admitiré con mucho júbilo a comer el pan de los ángeles—dijo el cura después de haberle hecho a la niña algunas preguntas. Seguramente enseñándola diariamente el Catecismo y todos los domingos la examinaba para que dentro de tres meses pudiese esta interesante criatura hacer su primera comunión. Hija mía —añadió dirigiéndose a la niña—, vais a hacer un pacto de fidelidad con Dios, ¿lo comprendéis?

—Sí, señor —contestó Carlota en voz baja—. Dios sabe muy bien que yo lo amo amarle toda mi vida.

—El os conceda su santa gracia, hija mía, para hacerlo así; con esta comunión siempre es uno dichoso, siempre libre —dijo el sacerdote, repitiendo, sabiendo, las mismas palabras de Cal-



Aquellos tres meses fueron para Carlota los mejores de su vida; se instruía en la ciencia sagrada y recibía instrucciones que interesaban tiernamente su corazón; aquella niña aspiraba al sobe- rano Bien, y todos sus pensamientos ten- dían exclusivamente hacia aquel objeto, haciendo esto lo suficiente para hacerla buena y dichosa a la vez.

Muy pronto pasaron aquellos meses de espera y de preparación, aunque a nues- tra heroína se le hicieron muy largos, y el 15 de Agosto, fiesta de la Asunción de Nuestra Señora, y en otros tiempos celebrada en toda Francia, fué el día destinado para que Carlota tomase par- te, por primera vez, en el sagrado ban- quete. Delfina se prestó a acompañar a su hija, y poco después de amanecer, los dos, en compañía de Vincent, se di- rigieron a la iglesia provisional.

—¿Qué era en otros tiempos! —exclamó Vincent hablando con la marquesa—. Todas las calles estaban llenas de flo- res y todas las casas colgadas con mag- nificencia! ¡Qué hermosa fiesta la del voto de Luis XIII! Yo era monaguillo en Saint-Vaast; me acuerdo, como si hu- biera sido ayer, de las hermosas proce- siones que daban vuelta al jardín y a los claustros, y no podía figurarme cuando nos hacían aprender de memoria «Atalia», que había de llegar a una época en que nuestras iglesias serían tratadas como el templo de Jerusalén, a la que podría decirse como enton- ces: «¡Sus sacerdotes están cautivos, sus reyes han sido arrojados del trono!».

—Todo irá mejorando poco a poco! —dijo Carlota en voz baja—. ¡Ved cuan- do en efecto, la capilla estaba llena de una muy hedumbrosa sienciosa y recogí-

da. Carlota se puso al lado de otras cin- ta gente hay en la iglesia!

—¡Cuán distinto es hoy este día de lo que o seis niñas que, como ella, iban a hacer su primera comunión. El esplendor de los días pretéritos había des- aparecido; en el altar no ardían cente- nares de velas cuyas luces deslumbra- ban al reflejar en los brillantes de la custodia; los ornamentos sacerdotales tampoco ofrecían a la vista aquellos magníficos bordados, pintura ejecutada con la aguja, que dejaban admirados a los que veían lo primoroso de aquel trabajo; tampoco el órgano hacía subir hasta el cielo sus melodiosos sonidos, mezclados a los de los himnos sagrados, y el incienso no humeaba ya delante del altar en vasos de oro; los mismos

niños vestidos con su traje diario, sin velos y sin coronas, sin flores y sin cirios, no llevaban otras galas que la pureza de sus corazones; pero, sin du- da el Divino Maestro debió quedar muy satisfecho si todas aquellas almas jó- venes estaban adornadas con la noble inocencia, con el tierno amor de que es- taba inundada el alma de Carlota. Es- ta recibió a su Dios, «al querido de su alma», y su madre se enterneció y casi se asustó al ver la extraordinaria emo- ción de aquella niña, que estaba como agobiaba bajo el peso de una felicidad sobrenatural. Después de pasado aquel primer momento de santo júbilo, la niña fué serenándose poco a poco, escuchó con tranquilidad la voz interior que le hablaba, y, en plena posesión de sí mis-

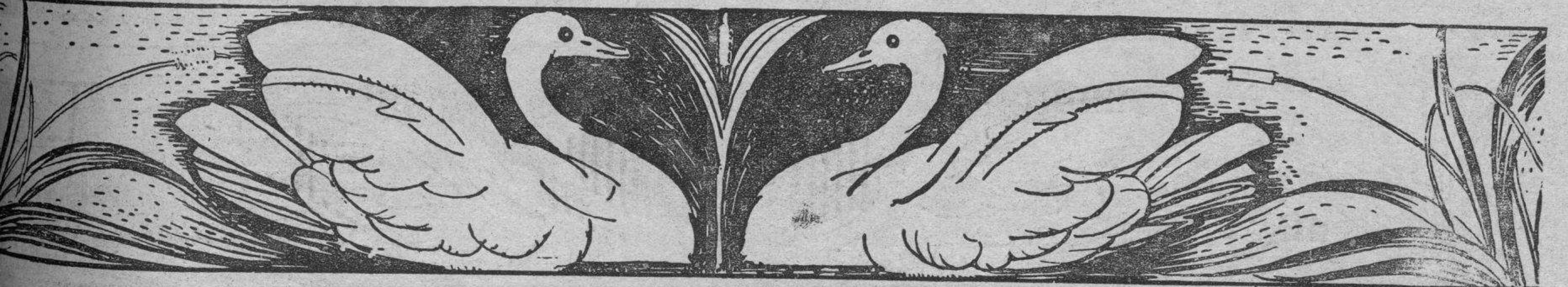
ma, se dió toda a Jesucristo, consagra- ndole sus labios al decir: «Santificado sea tu nombre»; su corazón al repetir: «Ven- ga a nos tu reino», y toda su vida al pronunciar: «¡Hágase tu voluntad!».

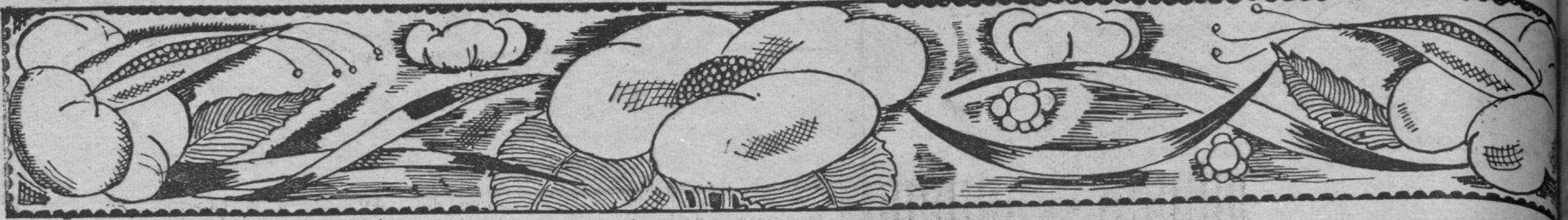
La infancia indolente había concluí- do para ella, y aquel día feliz era la puerta por donde debía entrar en otra vida más juiciosa y reflexiva. Quizá el combate y el sacrificio no tardarían en presentarse; pero el amor, que hace ha- llar buena la cruz y hasta desearla, es- taba preparado para recibirlos.

VIII

Una visita...

Seis meses habían transcurrido des- de aquel día verdaderamente grande. La República, por conducto y por la misma





mano de Bonaparte, acababa de firmar la paz de Campo Formio, y todo renacía en Francia.

Sin embargo, la situación de la pobre nobleza no variaba, y ésta veía llegar en muy poco tiempo a la riqueza, a los honores y a la gloria nombres hasta entonces completamente desconocidos; parecía estar viendo uno a los francos todavía bárbaros sobreponiéndose a los galos de estirpe senatorial.

Nada había sucedido de nuevo en la posición de la señora de Neuville: ésta permanecía pobre, olvidada de los que eran dichosos, bajo la custodia de un anciano, custodia ella misma de una niña, y sin que hubiese llegado a sus oídos ninguna nueva del marqués; parecía, en fin, que debía pasar el resto de sus días en el aislamiento, en la viudez y en el trabajo, y le faltaba la resignación necesaria para acostumbrarse a llevar con paciencia tantas privaciones.

Una tarde, casi al anochecer, estaba Delfina bordando y pensando en que aquella noche sería tan monótona como todas las demás; Vincent leía un libro de devoción este era su único recreo; Carlota, sentada a un monocordio que la había prestado el amigo Durval, tocaba un juguete fácil; en la cocina se oían las pisadas de la criada que iba y venía atendiendo a arreglar la casa; dentro de una hora, y siguiendo su invariable costumbre, subiría Durval, daría a la niña una lección corta de música y de solfeo, y hablaría un rato de las ocurrencias del día. Después que éste se marchase, Vincent volvería a su trabajo de copiar; Delfina copiaría uno o dos págs de música, y Carlota cenaría y se iría a la cama. El día siguiente sería enteramente igual a la víspera, sin que hubiese nada que rompiera la uniformidad de unos días que se pasaban sin grandes penas, a la verdad, pero que carecían igualmente de todo género de diversiones; tan tranquilos que no podía llamárseles desgraciados; tan monótonos, que tampoco podía llamárseles infelices.

Delfina estaba reflexionando, y diciéndole para sí:

—¡He aquí aún un día que se parece a todos los demás! ¡Y mañana será lo mismo que hoy! ¡Qué fastidio! ¡Qué tristeza! ¡En la cárcel no me aburría yo tanto; vivía asustada, temerosa, llena de ansiedad y aguardando una gran catástrofe, pero, al menos, vivía! ¡Aquí me he vuelto completamente insensible, y, sin embargo, no puedo quejarme de nadie! Ese anciano que se mata trabajando para mantenerme; mi pobre Carlota tan interesante y sin embargo, impotente para hacerme desear el fastidio que me devora... ¡Pero eso de estar viendo siempre los mismos objetos, los mismos espectáculos, oyendo las mismas conversaciones!... ¡Ay de mí!... ¿Cuál será el porvenir?

Estando en esto, dieron un gran campanillazo; Vincent dió un salto en la silla y exclamó:



—¡Este no es Durval!... ¿Quién puede ser a estas horas, Dios mío? En aquel instante abrieron la puer-

ta de la sala y se presentó en ella un hombre alto, vestido de militar, que entró atropelladamente en el cuarto, y dirigiéndose a Vincent, se arrojó a su cuello, enternecido, y repitiendo muchas veces seguidas:

—¡Tío!... ¡Mi buen tío!... ¡Por fin es vuelvo a ver!

Vincent dió un paso hacia atrás, miró atentamente al recién venido le reconoció, y estrechándole entre sus brazos y llorando como un niño, exclamó a su vez:

—¡Pobre Marcelo mío!... ¿Eres tú?

Así permanecieron un rato, sin hablar una palabra agarrados de las manos y mirando el uno a su padre adoptivo el otro al mozo imberbe a quien había visto salir de su casa para el Ejército casi un niño, y que volvía hecho un hombre, tostado del sol, cubierto de cicatrices y con las charreteras de teniente coronel. El adolescente había desaparecido, y en su lugar se presentaba allí un guerrero con toda la hermosura de la edad viril.

Delfina había cogido la mano a Car-

lota y se había retirado con demente a un rincón de mientras tío y sobrino se se abrazaban. Pero Marcelo dando un paso hacia ella la haciendo una profunda cortesia cando de este modo aquel Bruyere: Es raro que el aldea su aire de tal en la corte, pero lo pierde en el Ejército.

—La señora marquesa y la Carlota, su hija y de nuestro amo —dijo Vincent haciendo tación.

Marcelo volvió a saludar, y a su hija, pero sin doblar cuerpo como la primera vez. Como le había hecho daño, y lo gámoslo así, a ser más parco a cumplidos, o si se quiere, más so e impolítico. Delfina le mucha amabilidad y en ternos atrevemos a decir si de más que complacieron a Vincent estamos por lo primero, por fue serenándose poco a poco, dose cerca de su tío se pusieron a hablar con toda la tranquilidad posible hacerlo después de ración de muchos años. Las se cruzaban. A las de Marcelo cortas las respuestas, porque redujeron a preguntar por los tés y por los amigos que había en el país cuando fué a ser.

«Ha muerto». «Se ha casado al ejército cuando tú, p vuelto». etc. etc.

Las preguntas del anciano testadas menos lacónicamente, bía suceder por precisión; V ría saber cómo su sobrino salido del país recluta, vol charreteras de teniente coron etapas forzadas había llegaría en dónde había recibido da que tenía en la cara, en de batalla había estado a p



MI LABOR en la industria cinematográfica se limita a tomar películas de animales y aventuras en diferentes regiones del mundo. Desde 1931, en que colaboré con Frank Buck en la confección de una de las cintas más interesantes que se han producido en este género, me han clasificado como un director de aventuras. Y francamente, no me agrada este trabajo, por más que me ha sacado de la flote económica, manteniéndome al lobo del hambre a respetable distancia de mi puerta, aunque exponiéndome a otras fieras peores que el lobo, por sus garras. Es muy posible, pues, que pase el resto de mi vida dedicado al negocio de vender salchichas fritas o gasolina en alguna aldea del estado de California.

Hace 25 años que vengo dando tumbos por este pícaro mundo, y en ese tiempo he tenido suficientes experiencias de carácter espeluznante entre las bestias. En mis viajes que he dado, he conocido multitud de pueblos y razas, adquiriendo lo que podría llamarse un grado de educación envidiable y que me parece más de lo que necesito para el resto de la vida.

En este particular me diferencio notablemente de otros individuos que se dedican a la misma profesión. Mencionaré aquí como ejemplo el del fenecido Martin Johnson, hombre que llevaba en el corazón las ansias perennes de la aventura y que nunca se sentía feliz si no era filmando escenas peligrosas en las selvas africanas o en las islas de los mares del sur. Martin me confesó en cierta ocasión que no le gustaba estar en los Estados Unidos, y que suspiraba por irse a sus tareas. Yo de mí puedo decir que estoy dispuesto a dimitir el cargo.

No vaya a creer el lector que me disgusta el oficio que me ha tocado desempeñar. Al contrario, me encanta, pero al mismo tiempo no dejo de comprender que esta actividad está rodeada de peligros. Libremente Dios de afirmar que cuando salimos a filmar cintas de aventuras—siempre estamos acechados y tenemos que estar constantemente defendiéndonos de los riesgos de la selva. La mayor parte del tiempo gozamos de la misma seguridad que cualquier persona común y corriente en un país civilizado, pues tomamos las precauciones debidas, a fin de impedir los accidentes que con frecuencia le suceden a los exploradores y aventureros. Pero como en todas partes se cuecen habas, nunca se puede evitar que ocurran percances de consecuencias graves para los participantes en esta clase de expediciones.

Por lo que a mí respecta, insisto en que el personal que me acompaña dedique sus esfuerzos totales a la producción de una buena película, y suelo proteger a los empleados de la manera más rigurosa. Empiezo por enseñarlos con el ejemplo, evitando exponerme a los peligros que se pueden evadir, para que ellos no sientan la necesidad de ir demasiado lejos. Pero como al fin y a la postre somos seres humanos, no siempre se puede conseguir que la gente obedezca las instrucciones que se le dan para su propio beneficio, y de ahí surgen, a veces, tragedias horribles.

DURANTE la reciente expedición que hice al territorio de Malaya, a tomar vistas para la compañía Paramount,



El actor Colin Tapley y el productor Clyde Elliott estudiando el mapa de la península malaya.

Episodios Selváticos

Por Clyde Elliott

Director de Películas de las Selvas

el ingeniero de sonido que me acompañaba, Zoltan Kegl, aprendió una lección inolvidable de una serpiente. Kegl es de nacionalidad húngara, tiene una estatura de más de seis pies y pesa unas 210 libras. Era hombre laborioso y seguía al pie de la letra los órdenes que se le daban. Sin embargo, se había acostumbrado tanto al peligro de la muerte en la época en que sirvió en el ejército húngaro como uno de los combatientes de la Guerra Mundial, que al llegar a Malaya no creyó posible que pudiera sufrir ningún daño, o si lo creyó, optó por conducirse como un hombre de probado valor en todas las circunstancias.

Esta bravura natural casi lo llevó al borde de la tumba en los instantes en que estábamos filmando una escena de ferrocarril. La escena de referencia tenía lugar en el tren nocturno que hacía la travesía entre Singapur y la sección norte de Malaya. Allí, el personaje principal de la obra debía internarse en la selva. Tapley y dos de sus compañeros estaban sentados en sus compartimientos, cerca del vagón del equipaje, donde, a la sazón, había una caja que contenía una serpiente boa. Al recorrer una curva, la caja cae al piso y se abre, dejando en libertad al extraño reptil.

Al notar que la serpiente está suelta, el encargado del vagón del equipaje corre hacia la plataforma, desde donde se lanza, cayendo, estropeado, en una cuneta. La boa se arrastra sigilosa hasta el coche de los pasajeros y hace recobrar el sentido a un individuo embriagado que viaja en el tren. En seguida ataca a un chino que forma parte de nuestra expedición. Al darse cuenta de la gravedad de la situación, Colin Tapley y los empleados lo libran del reptil y logran arrojar a éste del vagón.

Para filmar la escena, hubimos de construir duplicados de los vagones del equipaje y de los pasajeros. Al lado de cada puerta lateral de los vagones pusimos una ventana con barrotes de acero imitados.

Pero Kegl, que estaba acostumbrado a esquivar estos peligros y sabía defenderse en casos de emergencia, no creyó que la serpiente podría soltarse y en vez de seguir mis consejos se había situado dentro del vagón, tratando de tomar fotografías del reptil a través de la ventanilla.

No llegó a sacar las fotografías que interesaba. Mientras las cámaras cinegrafiaban, la caja cayó al piso y se abrió, dejando campo raso a la boa, que pesaba 250 lbs. El ominoso reptil levantó la cabeza a tres o cuatro pies del cuerpo y empezó a lanzar golpes a ciegas. De repente, notó a Kegl tratando de retratarla desde afuera del vagón.

De una sacudida desbarató las rejas metálicas de la ventanilla como si fueran un pedazo de papel. Afortunadamente, Kegl tuvo tiempo para levantar el brazo y protegerse el rostro en el instante en que la boa lo atacaba, clavando sus fauces tremendas en el antebrazo. Kegl cayó al piso ante la violenta acometida y la serpiente, rápida como el relámpago, se le enrolló en el cuerpo. Ahí Hoe y otros quince hombres que estaban cerca se aprestaron a salvarle la vida a Kegl. Hoe trataba de sujetarle la cabeza al reptil y los otros le sujetaban la cola para evitar que continuara enrollándose en el cuerpo del cinegrafista y apretándolo. Veinte minutos tardaron en librarlo de una muerte segura.

Las fauces de la boa laceraron el brazo del ingeniero hasta el hueso, produciéndole una herida horrorosa. Antes de que llegara al hospital había perdido dos cuartillos de sangre. Hubo que operarlo inmediatamente y cauterizarle las heridas por tres semanas consecutivas para evitar una infección de fatales consecuencias.

ALGO parecido le sucedió a otro ingeniero de sonido que me acompañó en la filmación de la obra Tigre Diabólico. Se llamaba Jack Dunn y poco le faltó para perecer en las garras de un leopardo, debido a su imprevisión y descuido.

El incidente tuvo lugar en las selvas de la Malaya. Los nativos que formaban parte de nuestro grupo descubrieron un charco donde había un enorme caimán. Situamos las cámaras en puntos estratégicos con la idea de tomar fotos de las fieras que vinieran a tomar agua, y nos protegimos detrás de una empalizada de 12 pies de alto; apostando centinelas armados para evitar que otras

fieras de aquella región nos atacaran por las espaldas.

Tres días esperamos inútilmente, hasta que por fin apareció un leopardo negro. Caminó lentamente hacia el charco, pero de repente hizo una pausa al oír el ruido de las cámaras cinematográficas. Miró en nuestra dirección y de un salto cayó cerca de un árbol, por el que trepó rápidamente, reposando en una rama que quedaba como a 15 pies de altura.

El ingeniero encargado del sonido, tomó una piedra y la lanzó al leopardo, dándole en la cabeza. En un abrir y cerrar de ojos, la fiera saltó por sobre nuestra empalizada, cayendo sobre Dunn, que había tratado de correr. El golpe que recibió en el hombro derecho, lo derribó al suelo. Inmediatamente le hundió los colmillos en el cuerpo y comenzó a darle zarpazos en la cabeza. En el momento crítico, uno de nuestros nativos se acercó a tres pies de la fiera, y apuntando su rifle, le disparó un tiro por detrás de la oreja, matándola instantáneamente.

Fué necesario abrirle las fauces al leopardo muerto para librar a Dunn, pues las había unido como pinzas en la carne de su víctima. En seguida se tomaron las precauciones necesarias para curar a Dunn, pero siempre sufrió los horrores de una infección. Finalmente, se repuso de las heridas, y hace dos años murió de pulmonía, aunque dudo mucho que se restableciera del sacudimiento nervioso experimentado con motivo del salvaje ataque del leopardo.

Además de estos percances, he sufrido bastante tratando de protegerme yo y de proteger a mis compañeros contra las enfermedades tropicales. Tengo un amigo que se enfermó de malaria hace cuatro años y tuvo que retirarse del servicio activo el resto de su vida.

Será por eso que al regresar de mi último viaje de nueve meses a las selvas de la Malaya, me siento con deseos de tomar unas prolongadas vacaciones. Quizás al retirarme venga a mi memoria el recuerdo de los tranquilos Sakki, que viven en una tierra de abundancia y de relativa quietud; la belleza de la luna en el corazón de la selva, y los intensos momentos de emoción que experimenta el aventurero cuando se enfrenta a un leopardo enfurecido o a una boa en plan de guerra.

Por supuesto, me quedaré quieto hasta que me toquen de nuevo la cuerda del corazón que domina la vida de los espíritus inquietos. No siempre puede uno sustraerse al influjo poderoso del instinto arraigado en el alma a través de toda existencia. Los que nos hemos dedicado a la selva acabamos por pertenecerle por entero, su sombrío misterio nos atrae y nos fascina, ella puede arrebatarnos, cuando quiera, del seno de la civilización.

Conozco casos de exploradores que solo se sienten felices entregados a la tarea de buscar lugares desconocidos. El destino de tales personas es viajar, continuar en una eterna ruta abriéndole nuevas orientaciones a la ciencia. De modo que aun cuando he decidido retirarme a descansar por algún tiempo, no estoy muy seguro de poder llevar a cabo mi propósito. ¡Las fieras me aguardan ansiosas, y no conviene hacerlas esperar!



El actor Tapley con Suratna Asmara, una actriz nativa de Java



Un tigre blanco cinegrafiado y capturado por la expedición de Elliott.

SEIS OPINIONES SOBRE LA MUJER IDEAL

Por **CLAUDIO SANTIAGO**

Nueva York.

CONTINUA la controversia en torno a las características y cualidades de la mujer. La reciente disquisición de Gertrude Atherton, talentosa novelista norteamericana, en su obra titulada *¿Pueden las Mujeres Ser Caballeros?*, plantea el problema de la cultura femenina en un plano radical: como batalla entre los sexos, en la que se dirimen cuestiones de trascendencia psicológica y social.

Gertrude Atherton posee la acuciosa observación y el instinto humano necesarios para poder analizar un asunto de esta índole sin caer en el dogma; por eso escribe con tanta amenidad y provoca a sus lectores la curiosidad fecunda del que quiere aprender las cosas fijándose en las enseñanzas objetivas de la experiencia.

Interrogada por un hombre inteligente sobre diversos aspectos del "problema femenino", empezó por dilucidar tres cuestiones importantes: primera, ¿por qué hay mujeres que mientan por mentir?; segunda, ¿por qué hay algunas mujeres que no tienen los instintos de la caballería?; tercera, ¿por qué las mujeres se odian entre sí de una manera tan intensa?

El interrogador, naturalmente, hizo estas preguntas presuponiendo que ellas representan la realidad; es decir, aceptando que las tres encierran una afirmación verdadera e indiscutible. Miss Atherton las contestó como una mujer inteligente, sin subterfugios ni espejismos. Creó que en eso de mentir, los hombres son tan audaces como las mujeres, y que ambos suelen apartarse de la verdad, unas veces inspirados por la gentileza y otras por motivos egoístas. Hasta se dan cosas en que los seres humanos mientan simultáneamente inspirados por el altruismo de la generosidad y por el egoísmo de la propia conveniencia. En tales circunstancias, podría más bien decirse que estamos actuando con prudencia y ejerciendo el tacto que a menudo nos sirve de madero salvador en las más difíciles situaciones de la vida.

Del tema de la caballería se puede hablar en términos más concretos. En cierto sentido, el caballero es un individuo que se rige por cánones aristocráticos, dictados en la mayor parte de los casos por las costumbres sociales de cada época. De modo que el concepto de la caballería cambia con la misma rapidez con que cambian las actitudes de la sociedad humana ante determinados hechos. No se trata, pues, de algo que emana de los instintos, sino de un procedimiento para abordar las situaciones de acuerdo con el código aceptado de antemano.

Si la caballería fuese una virtud instintiva, podría ser cultivada con igual éxito por la mujer que por el hombre; pero no lo es. A las mujeres, con raras excepciones, les parecerá ridícula la idea de dirimir una controversia personal por medio de un duelo, y de que no andan muy alejadas de la verdad tenemos la prueba en el hecho de que ya ni los hombres creen en ese método espectacular para solucionar sus conflictos. El instinto del hombre se aleja, en cierto modo, cada vez más de los antiguos códigos del honor, y quizás haya degenerado en los tiempos que corremos en el arrebatado personal y la violencia instigada por el odio.

En cuanto a la hostilidad que solemos ver manifestada entre las mujeres, hay que admitir que es un fenómeno que no se da con tanta frecuencia entre los hombres. Infinitas de personas no llamarían odio a eso, sino posiblemente antipatía o desconfianza. En ambos casos, sería un estado de ánimo profundamente arraigado en el alma femenina y que obedece a ciertos impulsos que sólo las propias mujeres pueden comprender.

GERTRUDE ATHERTON es una feminista de gran amplitud de miras y aborda el problema de los sexos con la valentía característica de la mujer yanqui. Aunque defiende a sus iguales, no deja de conceder a los hombres lo que justiciamente merecen, y tal vez un poco más. Opina que las diferencias principales entre el hombre y la mujer son de orden físico, y que por tanto no afectan la mente y el carácter humanos con la intensidad que suponemos.

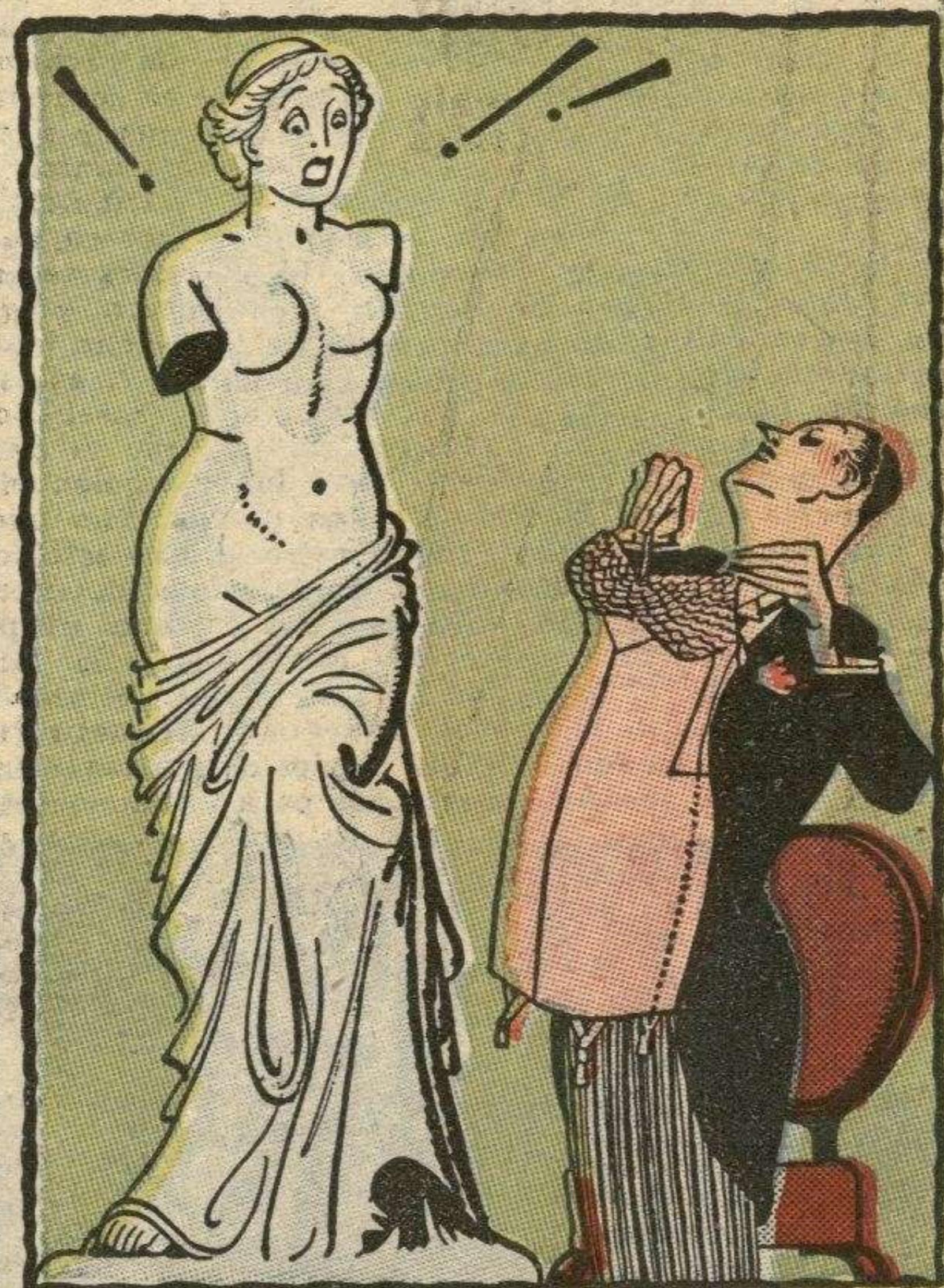
El hombre ha sido el factor dominante en la historia, pero la mujer ha tenido también numerosas oportunidades para ejercer una influencia decisiva en los destinos humanos. Lo ideal sería equilibrar esta influencia a los fines de aportar mayores beneficios a la civilización, cosa muy distinta a la lucha entablada desde hace tiempo entre varones y hembras por determinar el rumbo de la especie. Gracias a Dios que a fin de cuentas el promedio de las normas que prevalecen en el mundo son medianamente decentes, y que la mujer puede ufanarse con razón de haber contribuido poderosamente en la realización de este progreso.

Expuestas por una dama cultivada y diestra en el arte de la prosa moderna, estas ideas resultan brillantes y convencen a cualquiera, especialmente a las mujeres. Miss Atherton sabe presentar la información y los materiales de que dispone en un estilo ameno y sencillo. Lo único que le falta es situarse en una posición de absoluta neutralidad para estudiar lo que los hombres creen de las mujeres y cuál tipo femenino consideran aceptable dentro de las circunstancias, actuales.

Importa los defectos que tengan. La explicación del fenómeno es que los hombres no saben lo que quieren ni acaban de comprender del todo a sus adorables tormentos.

Los hombres alegan que odian el colorete en los labios, porque es una cursilería y además les mancha las solapas de la chaqueta, y no obstante continúan enamorándose de muchachitas que se pintan hasta más no poder. Insisten en que les desagradan las uñas pintadas, pero siempre se les ve haciéndole la corte a las chicas que más se las pintan. Aborrecen los tacones altos, pero no vacilan en inclinarse ante las majestuosas damas que aspiran a convertirse en rasca-cielos a juzgar por el calzado que usan.

Para adivinar el destino de un hombre y lo que le depara el futuro en su cabaña rodeada de flores, habría que empezar por saber exactamente lo que constituye su suprema aspiración. Es de dudarse que esté buscando mujeres de cuerpo perfecto, porque casi siempre se enamora precisamente de las imperfecciones. Por millares se cuentan los



La Venus de Milo parecerá un tipo ideal, pero está pidiendo a gritos la faja o el corset para aligerar su cuerpo...

PAULINE GORDON, diseñadora de vestidos y conocida estilista de Nueva York, sugiere algunos de los aspectos confusos de la controversia. Meses atrás; Miss Gordon se atrevió a declarar públicamente que había trabajado con cientos de modelos femeninos en sus talleres, pero que nunca había podido descubrir una muchacha de cuerpo perfecto.

Sin embargo, dice que ha descubierto muchísimas mujeres que llaman poderosamente la atención de los hombres, no

individuos a quienes les encantan las mujeres gruesas y de formas voluminosas. Aquellos a quienes les cae bien una silueta, están, inevitablemente, dominados por la eficacia del cosetaje, ya que la mujer es lo que hacen las apariencias, y éstas dependen de la técnica que las damas usan en el vestir.

Miss Gordon afirma que la esbeltez y las curvas perfectas no convencen a los hombres. La inteligencia aplicada al arreglo de la figura es lo que los subyuga. Lo cual no quiere decir que las mujeres elegantes y de cuerpo delicado, como es el caso de la Duquesa de Windsor, no puedan hacer admirables con-



Los hombres abominan del colorete y los artificios, pero siguen enamorándose de las mujeres pintadas...

quistas. Consiguen triunfar en un círculo limitado de gente selecta; en cambio, entre el promedio de la humanidad no existe hombre alguno que sea capaz de resistir las tentaciones y hechizos de Mae West.

"Esto nos trae a un punto esencial del tema, —comenta Miss Gordon— y es que a los hombres de 40 años en adelante les gustan las mujeres gordas. Hacé 40 a 50 años, el prototipo ideal de la belleza femenina hubiera sido la actriz Lillian Russell, que desplazaba sus 148 libras. Si nos remontamos al pasado lejano, la Venus de Milo es un ejemplo clásico del concepto supremo de la hermosura entre los hombres, y sin embargo ese modelo está pidiendo a gritos que

le pongan la faja o el corset. Los gustos cambian con el rodar de los años, pero no en lo fundamental.

"Hoy día—continúa nuestra disertadora— el hombre exige en la mujer condiciones imposibles de armonizar. La quiere llena de sofisticación y de ternura a la vez. La quiere inteligente y al mismo tiempo pretende que crea todo lo que él le dice. La quiere soñadora, romántica, y simultáneamente espera que revele virtudes prácticas y una gran dosis de sentido común. La quiere tonta, pero protesta si se deja enganar de alguien que no sea él. Le encanta que le diga estupideces siempre que sean elogios para él. Acepta que lo manden y lo dominen, siempre que no se lo den a entender. Le gustaría que fuese una mujer valiente, pero le satisface que salga gritando en presencia de un ratoncito, porque así él puede hacer el papel de héroe y demostrarle que le sobra el valor para protegerla de los peligros de la vida. En resumen: que el hombre exige en la mujer ideal todo lo que no puede darle ninguna mujer"

DEJEMOS aquí a Pauline Gordon y escuchemos las opiniones del renombrado artista dibujante James Montgomery Flagg.

"Yo estimo—dice— que cada hombre aspira a encontrar algo diferente. La belleza física pura a mí me deja frío, a pesar de que he pintado a millares de mujeres y debo apreciar en lo que vale la perfección física. Pero es que la belleza espiritual supera a la física y la realza dotándola de delicadeza en la línea y el colorido. La seriedad, la bondad, el valor, el humorismo, el fervor, son cualidades inherentes de la belleza espiritual. A la pasión yo la llamaría vitalidad femenina, porque es algo que, cuando se manifiesta de una manera auténtica y no vulgar, se asemeja a una llamarada en absoluto reposo. A mí no me interesa, ni como hombre ni como artista, la mujer que carece de esta cualidad, por clásico que sea su tipo de belleza.

"Para ser precisos, —continúa Montgomery Flagg— diríamos que mi tipo ideal de mujer es alto y de hombros anchos. Su cara debe tener la simetría de una urna griega. Su cabello es denso y ondeado, y dá lo mismo que sea oscuro o rubio. Sus pestañas son densas y largas. Deberá tener la nariz breve, recta y un poco entornada en la punta. La boca debe ser ancha, y de labios gruesos. Sus ojos deben poseer un hechizo tan grande que haga palpitar el corazón con una sola mirada. Pero aún esa criatura perfecta no debe conformarse meramente con los referidos atributos físicos. Por eso las que los poseen en alguna medida, y por añadidura se valen de los recursos de la pintura y el maquillaje, acaban por convertir la belleza en un absurdo".

A estas ideas, agrega el Profesor F. Fraser Bond, de la escuela de periodismo de la Universidad de Columbia, las siguientes:

"Lo que yo busco en la mujer es la honestidad. Claro que no voy tampoco a dejar de apreciar un rostro bello y una silueta de líneas admirables; pero en lo fundamental, me seducen antes que nada la franqueza y la tendencia a decir la verdad. Es más: creo que están equivocadas las mujeres que opinan que el atributo de la honestidad no es igual en el varón que en la hembra".

El Dr. Louis E. Bisch, famoso psiquiatra y autor de la obra *Esté Contigo de Ser Neurótico*, asegura que a los hombres les encantan las mujeres anticuadas y que abominan de la sofisticación femenina. Dice que sus pacientes le han enseñado que el hombre prefiere todavía a la mujer que es buena esposa y sabe dirigir un hogar y criar a los niños. Está convencido de que el hombre sabe apreciar la castidad, a pesar de lo raro que se va haciendo esta virtud en los tiempos que corremos.

Faith Baldwin, novelista de las más populares de la actualidad, está de acuerdo con las opiniones del Dr. Bisch. "Los hombres —dice— quieren una mujercita que sea la madre perfecta de sus hijos, una ama de casa científica, una buena enfermera, una buena lavandera y una buena cocinera. Exigen, además, que sea una buena costurera, que sepa escuchar, que sepa comprender, que tenga devoción, que posea las cualidades de la esposa a la usanza antigua y que sea moderna a la vez. Pero como no siempre se encuentran todas estas cosas reunidas en una mujer, de ahí surgen las diferencias entre el concepto ideal del matrimonio y lo que el matrimonio es en la realidad".

PREVALECE entre las mujeres la creencia de que para ser bella, como lo son las luminarias del cine, se necesita gastar muchísimo dinero.

Aunque no discutimos la ventaja que nos llevan las artistas con los medios que tienen a su disposición, sabemos de casos en que la inteligencia ha sido suficiente para conseguir lo que tal vez ni con dinero puede lograrse. Conocemos específicamente a una chica que ganaba quince dólares a la semana, y que se arreglaba con tanto gusto y competencia, que al fin llamó la atención de uno de los directores de repartos de cine.

Esta muchacha se llama Ellen Drew y ahora trabaja en su segunda película. Hace tres años se dedicaba a vender dulces en el Bulevar de Hollywood. Desde que la descubrieron hasta que hizo su debut, estuvo tomando cursos de estudio en la escuela de artes dramáticas de la compañía Paramount. Las lectoras deben recordarla como la muchacha que se disputan Bing Crosby y Fred MacMurray en la película "Sing You Sinners". Como quiera que la trama de esta cinta se relaciona con las dificultades financieras de los personajes, el ropero de Ellen Drew resultó ser muy parecido al que había tenido toda la vida. "Excepción hecha de un modelo, todos los vestidos que uso en esta obra—dice Ellen—han costado de \$6.95 a \$15. El vestido especial para funciones formales costó \$29.50, que no es una cantidad exorbitante para la generalidad de las mujeres".

En el instante en que nos estaba contando sus experiencias con las cosas elegantes, la muchacha estaba personificando una criatura de los arrabales de París; tenía el cabello desaliñado, las uñas bastante abandonadas, y vestía unos harapos miserables.

Antes de entrar en el cine, Ellen vestía con la insignificante cantidad de tres dólares semanales, y se presentaba bien, porque compraba con discernimiento y aprovechando las bagatelas. Dicen que las obreras de los Estados Unidos son, comparativamente, más elegantes que las mujeres de sociedad, habida cuenta del poco dinero de que disponen para ropa. La explicación de este fenómeno es que la muchacha que vive de su trabajo está obligada a invertir su plata cuidadosamente y a sacarle el mayor

Presupuesto Nivelado Por Martha Janes

Galanuras del VESTIR

partido posible. Esta parroquiana no puede permitir que otra persona le venda mercancías; debe comprarlas ella ejerciendo su mejor criterio, y sin pasar desapercibidos ciertos aspectos fundamentales, como la calidad duradera de

los materiales y los efectos de la prenda de vestir, de manera pueda usarla con frecuencia sin llamar mucho la atención.

MISS DREW opina que lo peor de las ropas baratas es que no visten bien a ninguna persona. Generalmente, estas ropas son imitaciones de modelos costosos, pero su corte y costura no han sido realizados con la maestría de aquellos, y de ahí que se necesite arreglarlos por medio de alteraciones inteligentes. Ellen dice: "Estimo que toda muchacha de recursos limitados debe tener conocimientos de costura. Cuando yo estudiaba en la alta es-

He aquí algunas de las elegancias de Ellen Drew, que aprendió a vestir bien cuando ganaba \$15 semanales. Abajo, un vestido de uso diario; izquierda, modelo formal de tafetán; derecha, falda sport y chaquetilla.



Labios Juveniles

Sin aspecto de Pintura



Porque Tangee les presta vivacidad y frescura juvenil

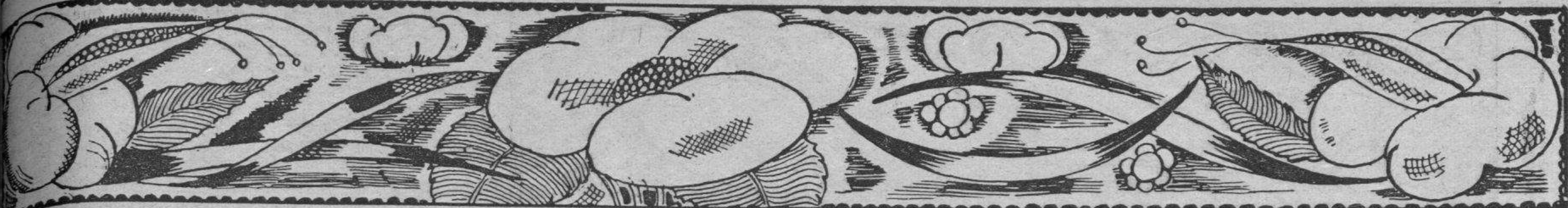
Observe cómo la magia en el cambio de tono de Tangee pone en sus labios la frescura de juventud y viveza. De anaranjado que es en la barrita, Tangee cambia en sus labios a un tono rosado encantador. Además, su base de "cold cream" mantiene los labios frescos y suaves. Tangee es permanente.

Para obtener armonía perfecta en su maquillaje, use Colorete y Polvo facial Tangee, que también se adaptan al tono natural de su rostro.

Si prefiere color más vivo, para la noche, pida Tangee Theatrical.

El Lápiz de Más Fama
TANGEE
EVITA ASPECTO PINTORREADO





cediendo al amor de la familia, el grito de la sangre, el viejo realista se admiraba de escuchar con agrado y con simpatía al soldado republicano, y de admirar casi tanto como al joven general del puente de Arago y de Marengo.

Marcelo fué el primero que interrumpió el curso de su narración para presentarse en tono respetuoso:

—¿Sabéis algo de él, querido tío?

—No, hijo mío; ese es el gran disgusto que tengo, y cuento contigo para que me hagas algunos pasos a fin de averiguar si es posible su paradero; ya hablaremos de esto más despacio.

El reloj señalaba las once, y ya había pasado mucho tiempo que no se habían acordado tan tarde en aquella casa, tan tranquila y silenciosa como un convento. Delfina se había dormido, pero su madre escuchaba con suma atención al joven militar... ¡Qué cortas se hicieron aquellas horas!

Marcelo volvió al siguiente día, y fue así todos los días. El cariño que desde pequeño había profesado a su tío parecía haberse aumentado durante su separación, y aunque tío y sobrino representaran los dos principios opuestos, el antiguo y el nuevo, el del deber y el de la fuerza, el amor recordaba a lo pasado y las aspiraciones condicionadas por lo venidero, no obstante los corazones de aquellos dos hombres se entendían a pesar del desacuerdo que reinaba entre sus espíritus. Pasaron los primeros días. Vincent no admitía ya tanto al brillante general que había hecho a su sobrino teniente condecorado; las creencias y las tradiciones de su vida volvieron a revivir, y a menudo las conversaciones entre tío y sobrino se cambiaban en discusiones, si bien muy amistosas, sumamente acaloradas.

Delfina no tomaba parte en estas conversaciones; escuchábalas con mucha atención, pero no decía ni una sola palabra; Marcelo, lleno de presunción juvenil, hijo de sus obras y orgulloso de su combate sin contemplación a la jerarquía, la distinción de clases, los bienes del clero. Vincent, echando a un lado los derechos de la nobleza y el orgullo para rechazar el ataque de sus comentarios históricos, rendía a lo pasado que ha civilizado a Francia, el tributo que les es debido, y tomando a su vez la ofensiva, pintaba la Revolución como él la había visto, entregando más hermoso reino después del de los cielos al populacho más vil que ha existido jamás, torrente fangoso que destruyó en su corriente a millares de nobles y que no dejó en sus orillas otra cosa que ruinas y desolación. Pero a aquellos nombres execrables de Robespierre, Couthon, Marat, Lebon, Sneider, Carrier, etc., el joven oficial contestaba leyendo otros escritos en aquel estandar.

te glorioso que cubrió como con un velo brillante las desgracias y los crímenes de la patria. Si se le citaban los tiranos, él citaba a los héroes; si se le hablaba de ruinas, y de desastres, él apelaba al porvenir que debía repararlos, y su entusiasmo de joven le hacía casi elocuente. Algunas veces, cuando conocía que en el ardor de la discusión había hablado más de lo que hubiera sido conveniente en presencia de la marquesa, se dirigía a ésta, y la decía entristecido:

—Disimulad, señora! ¡Si todos los nobles se hubiesen parecido a vuestra digna familia, el pueblo los hubiera bendecido y amado! ¡Pero los demás!...

—Tú no entiendes una palabra de esto, sobrino; tú los juzgas por los discursos de los demagogos; ¡esto es como si el lobo fuese juez de las ovejas!

Y la discusión volvía a entablarse de nuevo con más calor que antes. Delfina, a todo esto, se admiraba de que los ataques furibundos que dirigía aquel joven a la clase a que ella pertenecía no la ofendieran; los argumentos de Vincent la dejaban fría; no siempre le daba la razón, y algunas veces se sentía inclinada a aplaudir las palabras de Marcelo y sonreírse con él pensando en el porvenir de gloria y de poder que profetizaba a la Francia y a los tenientes del poderoso capitán, cuyo genio, según decía el guerrero en medio de su entusiasmo belicoso, había de reparar todos los males que habían llovido sobre aquel desdichado reino. Delfina iba volviéndose de día en día más triste y silenciosa; la dulzura de su carácter sufrió también cierta alteración, hasta el extremo de reñir un día ásperamente a su hija porque la dijo:

—Mamá: ¡yo no soy muy amiga de M. Marcelo, porque habla mal de los sacerdotes y de los pobres nobles!

Carlota se echó a llorar al ver la actitud con que se la reñía, y la marquesa de Neuville fué a encerrarse en su cuartito, donde pasó también todo el día llorando, y sin querer salir en toda la tarde.

Instado vivamente por Vincent, Marcelo dió una multitud de pasos e hizo una porción de visitas al ministro de Negocios Extranjeros con el fin de averiguar al paradero del marqués, pasos y visitas que no produjeron ningún resultado.

—La señora de Neuville se ha quedado viuda le dijo al fin, Marcelo a su tío.

—No lo creo —contestó éste—; no hay nada que lo pruebe suficientemente; ¿no estamos viendo llegar todos los días una porción de emigrados que vienen de América, del interior de Rusia, de las Indias, y que seguramente no habían podido decir a sus parientes en dónde se habían refugiado? No; el señor marqués no ha muerto; mi corazón me lo

dice, y mi corazón no me engaña jamás! —Eso no pasa de ser una ilusión, mi buen tío! ¡Haceos cargo de la edad que tenía!

—¡Vaya una edad!... ¡Sesenta años! Su padre vivió ochenta y cuatro, y su abuelo ochenta y nueve; sin más que consultar los libros de apuntes de la familia y los epitafios de los sepulcros se ve que los Neuville son de buena fibra; te digo que volverá.

Marcelo meneó la cabeza y aquella discusión terminó como todas las demás, es decir, sin que ni el tío ni el sobrino quedaran convencidos.

CAPITULO IX

En el balcón.

Vincent era naturalmente poco observador; Durval no veía a Delfina sino unos cuantos minutos al día; Carlota era demasiado niña y demasiado respetuosa con todo el mundo, y especialmente con su mamá; pero si en aquella reducida sociedad hubiese habido un individuo que se fijase en las cosas, habría notado el cambio que se había verificado en la marquesa de Neuville, que se aburría mucho menos que antes. Durante el día tenía ratos en que estaba ora animada ora triste; pero por la noche, cuando su anciano amigo y protector hablaba con su sobrino siempre se la veía, o pensativa, o melancólica.

Muy raras veces tomaba parte en la conversación; pero un ojo perspicaz que hubiese penetrado en su interior hubiese descubierto allí cierta especie de desec de agrandar y como una mano misteriosa que atendía a que exteriormente se notase cierta elegancia desconocida hasta entonces en aquella modesta habitación. Las flores, que son el lujo de los pobres, adornaban la chimenea, la mesa y las ventanas; Delfina se vestía con más esmero que antes; sus hermosos cabellos, ocultos poco antes bajo una papalina estaban peinados a la antigua; su pobre traje, arreglado con cierta elegancia, y sobre todo con un gusto exquisito, y especialmente su hermosísimo rostro, parecía haber adquirido en aquellos tristes y pacíficos días un carácter más dulce y un encanto melancólico preferible al brillo de los veinte años. Delfina trabajaba por lo regular al lado de la ventana, resguardada de los rayos del sol por una cortina ligera y por el follaje nuevo de las flores que cultivaba en un balconcito, del que hacía bien poco caso durante los primeros meses de su estancia en París. Carlota trabajaba sentada en un taburete a los pies de su mamá. En lo interior del cuarto conversaban tío y sobrino y los nuevos e imprevistos acontecimientos que se verificaban diariamente daban amplia materia a sus conversaciones. Marcelo tenía casi siempre fija la vista en la marquesa, pero ésta no miraba casi nunca al brillante oficial; se contentaba con

oírle, y, al marcharse, le saludaba con bastante frialdad; pero por la mañana, la palidez de las mejillas de Delfina y los colorados que tenía los ojos, revelaban suficientemente que había pasado la noche desvelada y llorando.

Cuatro meses hacía que Marcelo y Delfina se veían diariamente y aún no se habían hablado sin testigos ni una sola vez, cuando un domingo después de comer, se presentó nuestro joven militar en casa de su tío un poco antes de la hora en que acostumbraba hacerlo. Vincent había ido a la iglesia con Carlota, y después a dar una vueltecita. Delfina sentada al lado del balcón, estaba tan pensativa como de costumbre. El perfume de las rosas y de los heliotropos embalsamaba el aire y de entre aquellas flores se destacaba la linda persona de la marquesa vestida de blanco, y semejante a una estatua de alabastro. El militar, al verla sola, se turbó un poco; pero de pronto, como quien toma un partido decisivo se fué hacia el sitio en donde estaba Delfina, la saludó con mucha finura, y se sentó a su lado; aquel hombre estaba conmovido y le temblaba la voz.

—Caballero —le dijo la marquesa—: vuestro tío ha salido de casa con mi Carlota con el objeto de dar un paseito.

—¿Me permitís que le aguarde, señora?

Delfina contestó afirmativamente con la cabeza.

—Deseo verle—prosiguió diciendo Marcelo— porque tengo que darle una noticia poco agradable para mí, y seguramente nada placentera para él: mi regimiento va de guarnición a Lyon.

Delfina palideció y fijó en el militar una mirada triste; toda su alma, todos sus pensamientos se pintaron, contra la voluntad de la marquesa, en sus ojos.

—¡Os vais! —dijo, por fin—. ¡Vais lejos de París! ¡Y yo!

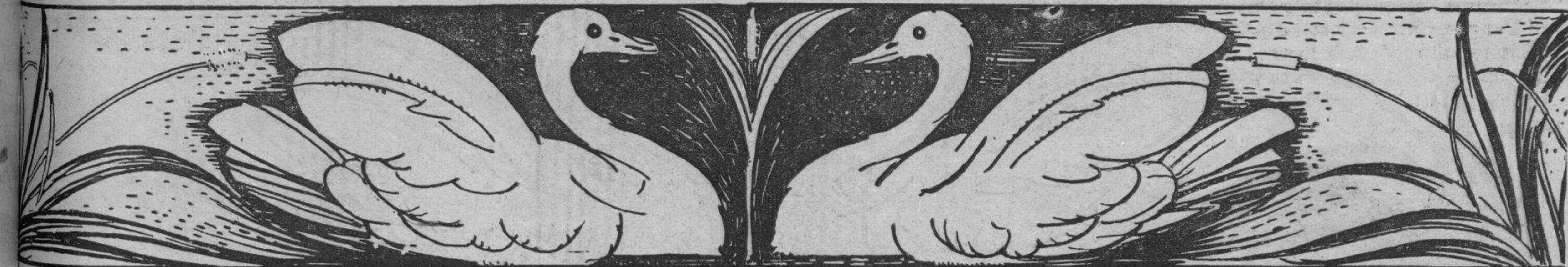
—Si queréis—dijo Marcelo al oír estas imprudentes palabras pronunciadas por la madre de Carlota sin conciencia de lo que decía si queréis, Delfina no nos separaremos nunca, puesto que sois libre, en razón de haber quedado viuda, la revolución me ha dado una vez bendición, ha derrocado las barreras que me separaban de vos; puesto que os daos una posición tan brillante como la que habéis perdido, por poco que dure la guerra... Además, os amo... ¡Os amo tan de veras!... Habladme: ¿consentís en ser mi esposa?

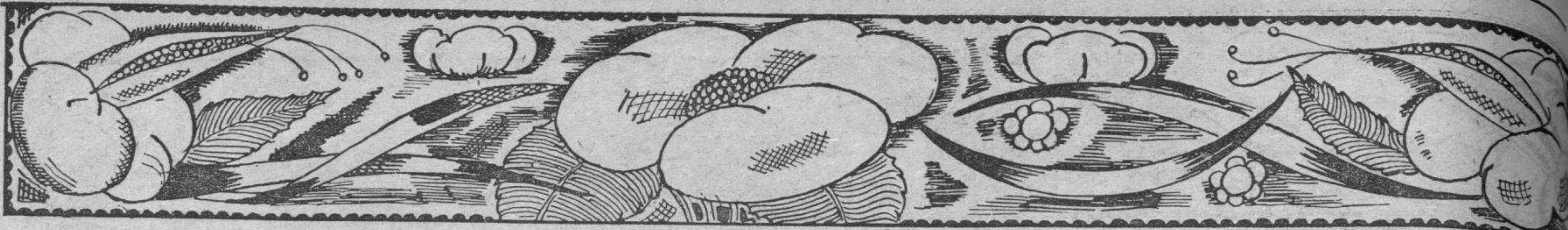
Delfina se puso tan colorada como pájaro se mueve puesto minutos antes, y volvió la cabeza.

—¡No me desecháis!..., ¡Puedo esperar!...

—¿Soy acaso libre? —dijo Delfina a media voz—. ¡El marqués!... ¡El padre de Carlota!... ¡Oh, Marcelo! ¡Cuán culpable soy! ¡He llorado tanto su ausencia y he aquí que ahora tiemblo de volverle a ver!

—No le veréis jamás —contestó Marcelo—; el marqués ha sucumbido. Para





nosotros dos se abre una vida nueva; yo no he amado aún a nadie; voz me elevaréis a vuestra altura permitiéndome amaros; yo sabré hacer glorioso mi nombre para que os lo llevéis con orgullo; yo crearé una fortuna para vuestra hija, y seré con ella un padre tier. no... Vos creéis en Dios; ¡pues bien!, Dios quiere que yo continúe la obra que ha empezado mi tío; él os ha salvado la vida y yo elevaré y protegeré a vuestra hija... ¡Dad vuestro consentimiento!

—Es imposible —contestó la marquesa.

—¡Imposible! Pues ¿no sois libre? Las preocupaciones que nos separaban, ¿no han sido abolidas para siempre? Además, vos me amáis. Delfina; lo conozco en la alegría que siento en mi corazón que no puede engañarse tratándose de vos. ¿No es verdad que me amáis? ¿No es verdad que no queréis que me aleje de vos ni que vaya a buscar la muerte en el campo de batalla para libertarme de una vida que sin vos me sería insoportable? Mirad; si pudieseis leer en el fondo de mi alma, ¿qué daríais satisfecha.

—Y Carlota, ¿no podrá echarme en cara algún día...?

—¿Qué?... ¿El que la haya yo devuelto la categoría que tenía en la sociedad? El haber reparado todos los agravios que la ha hecho la fortuna?... ¡Si supieseis cuánto la querré!

Al oír estas últimas palabras, Delfina fijó la vista en Marcelo; en los ojos de éste se leían, como en un libro, la lealtad la hombría de bien y de cariño con que hacía su proposición, íntimamente convencido de la muerte del marqués. Una dulce sonrisa fué la primera esperanza que dió Delfina a Marcelo.

—¿Conque seréis mía? —preguntó éste.

—¿Y vuestro tío? —preguntó con timidez la marquesa, sin contestar directamente a lo que la había preguntado Marcelo.

—¡Mi tío tendrá a gran dicha el poder llamaros sobrina a boca llena!

Delfina meneó la cabeza para indicar su incredulidad sobre este punto.

—No le conocéis —dijo al fin—. Vuestro tío se opondrá a nuestra unión en nombre de aquél..., del que ya no existe... ¡Ay de mí!..., yo ultrajo su memoria; yo parezco insensible a su muerte e ingrata a lo mucho que ha hecho por mí, pero... ¡os ruego que os marchéis Marcelo! Si id en buena hora a Lyon..., id; y por mucho que me cueste el decíroslo..., sabed... ¡que yo también os quiero!

CAPITULO X

La vuelta.

Un «schooner» inglés, aprovechándose de la paz de Amiens, que acababa de firmarse, había dejado en el puer-

to de Bolonia algunos pasajeros la mayor parte franceses, que saltaban de gozo al volverse a ver en su patria. Entre estos hombres se hallaba uno de edad avanzada a quien parecía no serle desconocida la ciudad, y que, después de haber cenado y dormido en una mala posada, se ajustó con un calesero, y en un birlocho marchó hacia lo interior del país.

Esto pasaba en un día de octubre, poco después de amanecer; pero la claridad del nuevo sol estaba como velada por una niebla blanca que prometía que el día había de ser hermosísimo. El rocío cubría la hierba de los prados y bien pronto una lluvia finísima, producida por las gotas de agua que caían de los árboles, mojó el delantal de cuero del dueño del carruaje; aquel hombre se levantó el cuello del chaquetón después de haberse sacudido las orejas como lo hacen los perros cuando las tienen mojadas; pero el anciano no tomó ninguna precaución que pudiera preservarle del frío húmedo de la mañana.

Echada hacia delante y con la cabeza fuera del capote del carruaje, miraba con avidez el país, los bosques amarillentos cual se ven en otoño, los prados

cubiertos con una especie de gasa que los hacía parecer de pura plata, las tierras de labor en donde los labradores abrían hondos surcos con las rejas de sus arados para preparar la sementera, las chimeneas de las casas de campo echando humo, las iglesias cerradas y abandonadas y sus puertas invadidas por los espinos y las zarzas. El camino, aunque ancho y llano, parecía muy malo, y los saltos que daba el carruaje, a causa de los muchos baches que en él había sacaban a menudo al viajero de su embelesamiento y hacían decir al conductor, no sin grandes muestras de impaciencia:

—¡Maldito camino!... ¡Cuando yo

pienso que en otros tiempos era mejor de la provincial!

—¿Pues que es lo que le falta?

—Le falta que lo compongan se echa a perder; le falta que y nada más. Con los caminos que con los caballos; si yo no sé, si no le limpio y le doy los que debo darle, se le doblarán en cuanto emprenda la marcha me servirá para nada; lo mismo de con los caminos: en no se ponen intransitables. ¡Ya diez años que no han echado ni un guijarro.

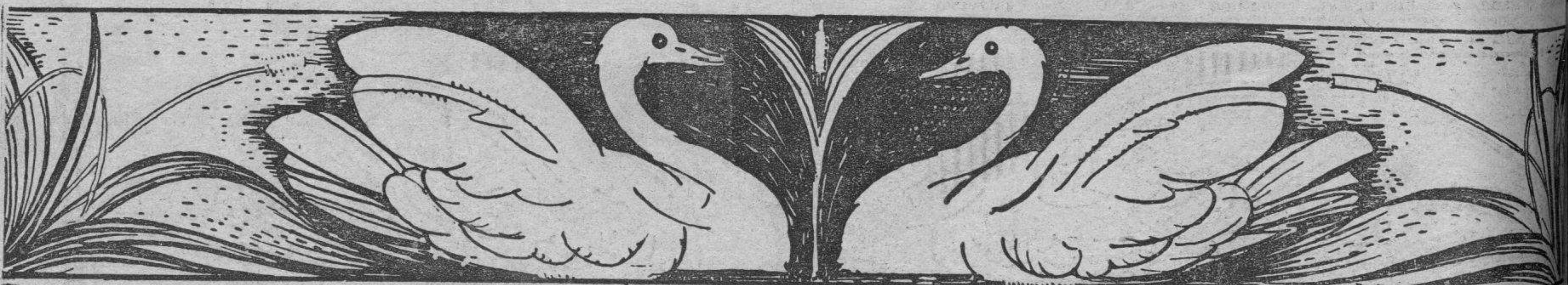
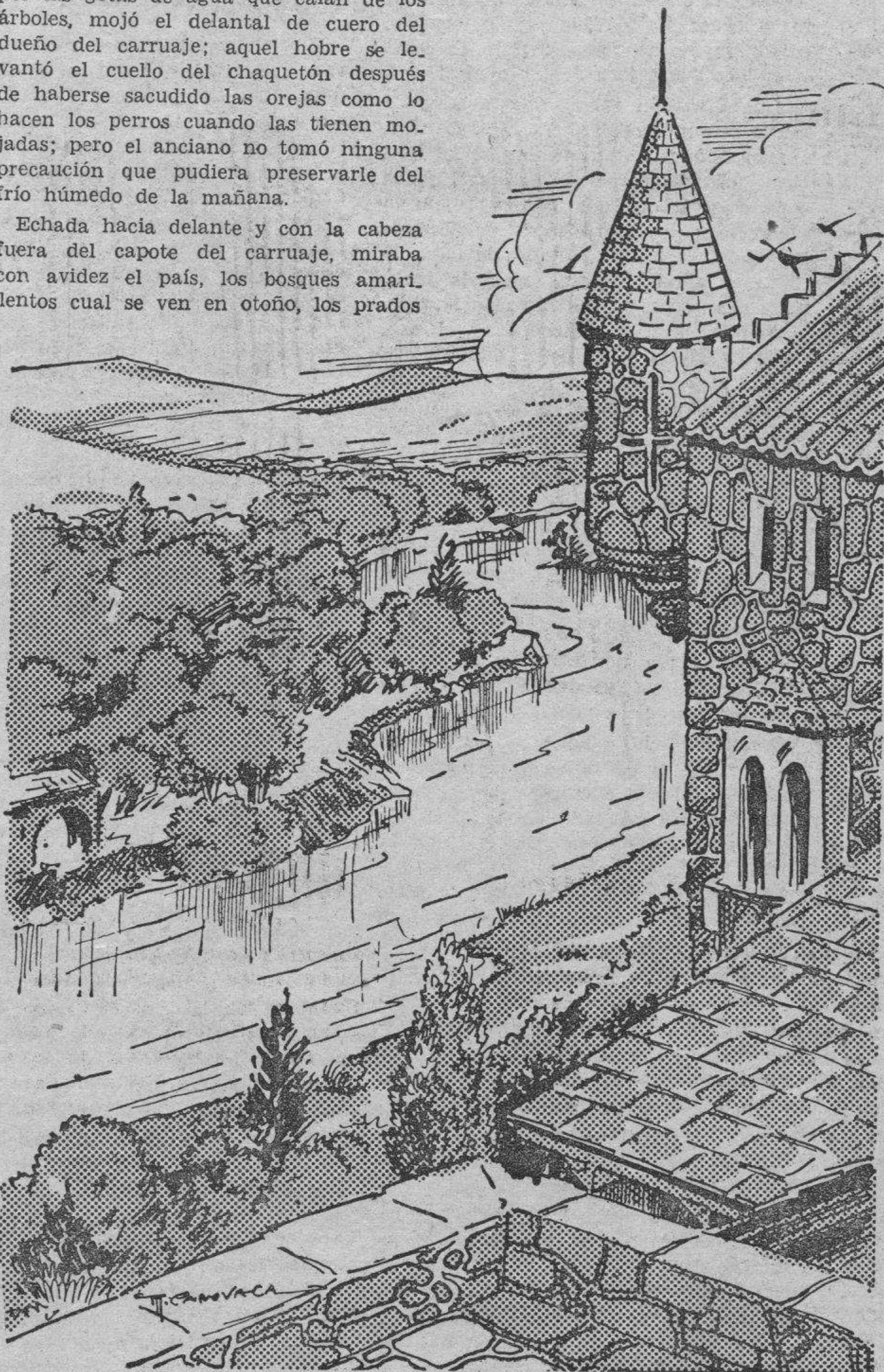
—Desde que empezó la Revolución como gustéis. ¡La Revolución! ahí una cosa que no me hace gracia!

—¿De veras?

—Y tan de veras; aquí, donde yo era cochero de M. de Breteuil, la casa estaba yo bien mantenida, pagada, y casi no tenía nada que correr más que de prisa, y yo me en la calle; entonces me vine a Marqués; aquí he comprado un rocín y este carrujillo, que me confesionario, y me gano la vida puedo... Pero ¡qué diferencia en la vida de ahora y la de antes! ¡Cambiado todo! Este mismo campo estaba tan llano como la palma en mano, y ahora es un verdadero campo de cabezas; en otros tiempos iba yo él con toda seguridad, lo mismo que de noche; ahora está plagado de ladrones, que a lo mejor os coguen llevados al bosque, después de haber bado, y os tuestan como a un pollo no me acuerdo como se llama, pero ya vida oí leer en casa de mi abuelo muchos años; en cuanto anocheció se atreve nadie a salir de su casa, estamos peor que en los tiempos de taud el lobo sin cola... ¿Que cuando se guillotina a las gentes quedaba tiempo para componer los minos... ¡Gallardo!... ¡Aupa!... hemos salido de este mal paso! Gallardo!... Pero esto no es nada, bueno está en una revuelta que trataremos ahora, en donde hay un che que puede servir de caballo a mi jamego.

—En efecto, toda está muy mala no es hoy la primera vez que por este camino, y veo que faltan muchas casas y otros edificios que conocía por estas cercanías

—¡Toma!... ¡Pues una friolera falta!... En primer lugar, el castillo de Mesnil; luego, el San Nicolás después, la antigua de la Brog... en donde contaban que había dormido una noche que de Francia; todo esto ha ido a



castillo ha sido derribado, el priora. convertido en granja y la torre en ruina, porque la han quitado las murallas que sujetaban una piedra a la otra. ¡Esto es lo que ha pasado!...

Gallardo!... aquí, detrás de este bosquecillo, había nada...?

Estaba el castillo de Etigny que era tan bonito como Versalles! Ya no quedaba piedra sobre piedra de él. La bandera ha pasado por aquí, y por donde pasa no queda nada; miento que se han asesinado miles de escudos en los bolsillos de los bribones que la forman. El viajero suspiró y se recostó en lo que quedaba del carruaje sin volver a hablar. El silencio le imitó. En su palabra, en cuyo silencio le imitó todo el cuidado de éste en el camino; el vehículo apenas era suficiente para evitar los malos pasos de un camino plagado del camino. Al momento hicieron alto los viajeros en una posada, cuya dueña les refirió las historias de robos, de asesinatos, de otra porción de hazañas que se hacían a cabo por tantos bribones que recorrían el país; la misma posada en que esto sucedía tenía todas las características de una ladronera, y los viajeros habían salido de ella.

El marqués prosiguió su camino por el bosque de Crecy y cerca de la noche llegó a un pueblo poco distante de la abadía de Dommastia, en una sola posada, baja de techo y ofrecía un mal asilo para pasar la noche. El marqués pagó la cena al dueño de quien iba a separarse, y desahogado de haber comido él un poco de pan y bebido un vaso de sidra, se retiró a su cuarto en donde descansó pocas horas, pues en cuanto asomó el alba por el horizonte se levantó, pagó el gasto que había hecho, y emprendió su marcha por unos caminos que conocía perfectamente.

A la hora del mediodía llegó a un pueblo grande cuyas casas, irregularmente distribuidas, formaban una calle larga, rodeada por setos de hojaranzos por encima y por vergeles. El viajero no siguió aquel camino ordinario, sino que se internó por unas sendas que serpenteaban por entre las tierras de labor, hasta que por fin llegó a un gran cerro, que sin duda había sido un paraje en otra época, o más bien un pedregal de terreno que se internaba en el bosque inmediato. Todavía se veían allí en pie dos grandes pilares de piedra de granito; pero la verja que los unía había desaparecido, así como los escudos de armas que la coronaban en otros tiempos; sobre el césped, mojado por el rocío, yacía aún un pedazo de escudo de granito, sobre el cual estaba esculpida una cimera de frente, emblema de guerra en el lenguaje heráldico. El viajero tropezó en aquel noble resto, volvió la cabeza a otro lado, y siguió adelan-



te; por todas partes llegaba a sus oídos el ruido del hacha; todo el suelo estaba cubierto de troncos de árboles y de montones de ramaje que conservaban todavía las hojas; los gigantes de la selva yacían allí derribados por la mano del hombre; lo mismo las encinas seculares, entre las cuales se contaban algunas que habían presenciado los sacrificios de los druidas, que los hermosos olmos en donde las parleras aves habían hecho sus nidos; lo mismo los magníficos álamos cuyas soberbias copas se veían agitarse en otros tiempos a merced del viento que el rústico y modesto pino en cuya cima se guarecía la traviesa y enredadora ardilla; chicos y grandes, gigantes o pigmeos, todos aquellos árboles eran víctimas de la destrucción universal; to-

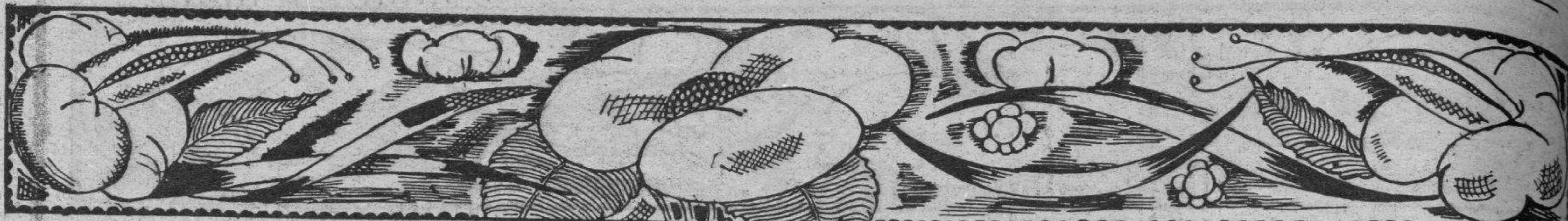
dos habían sufrido la misma suerte. Los pájaros habían huido de aquellos sitios, y únicamente se veían cernerse en los aires, bajo un cielo gris cubierto de nubes opacas, bandadas inmensas de inmundos cuervos, que esperaban hallar donde saciar su voracidad en aquellos sitios en donde la caza no podía hallar asilo en sus guaridas acostumbradas.

El viajero volvió a suspirar pero no se detuvo: buscó y encontró entre aquellos troncos el camino que se proponía seguir; y al cabo de veinte minutos de una marcha rápida, vió delante de sí otros dos pilares semejantes a los primeros. Aquí existía aún un resto de verja, aunque mutilada, porque unas manos brutales habían arrancado de ella los florones y los emblemas que la adorna-

ban y que habían sido hechos a martillo. Esta verja daba a un terreno que llamaremos «indefinible», porque aún existían allí algunos trozos de parque y de jardín, pero las flores que los habían adornado antes no habían vuelto a ser cuidadas por nadie, y apenas se veía alguna que otra escabiosa símbolo de luto, entre las hierbas y las ortigas, cuyo desarrollo era prodigioso. Los edificios, mutilados también, hacían más triste aquel suelo desmantelado. La torre alta del castillo y sus esbeltas torrecillas habían desaparecido; el terrado adornado antiguamente con una balaustrada y con una multitud de jarrones, y cubierto en la primavera de naranjos y de granados, servía ahora de gallinero; las palomas bebían el agua de las lluvias en una urna de mármol desportillada; los pollos piaban y picoteaban sobre los ladrillos de jaspe de Italia del piso; el cuarto bajo de la antigua mansión señorial servía de granja, y por sus ventanas, que estaban abiertas, no se veía sino una vasta pieza, que había sido salón y se había convertido en cocina; los sillares estaban colgados en su sitio ordinario, bajo una magnífica chimenea de mármol de Carrara; y el suelo, aunque muy deteriorado por los zuecos de los aldeanos, era todavía de mosaico precioso; la pieza contigua, que había sido comedor en otros tiempos, grande imponente y de construcción muy antigua, se había visto, a causa de sus bóvedas, convertida en lechería; un gabinete octógono precioso decorado con trofeos y amorillos, servía para guardar los granos que se destinaban para semillas, y del techo, magníficamente esculpido, colgaban las ristras de ajos y de cebollas que habían de servir para igual objeto y para el gasto de la casa. El tomillo seco, las malvas y las raíces de regaliz, formando una especie de guirnalda, ocupaban todo el largo de aquellas elegantes paredes. Delante de la entrada principal la incuria de los labriegos había amontonado una gran porción de estiércol, a donde iban a buscar las gallinas algo que comer; oíase allí el mugido del ganado vacuno y el sordo gruñido de los cerdos que venían de pacer; una cascada de la granja que no se parecía seguramente a una pastora de Florián, sacaba agua de un pozo; la voz chillona del ama de la casa refía a unos chicos llorones, y desde el fondo de la cuadra se oía salir otra voz, la del amo, que hablaba con bastante calor en un lenguaje que no era, por cierto, el de la buena sociedad.

El viajero se hizo cargo con una sola mirada de aquel espectáculo y de pronto sintió cierta opresión en el corazón, de suerte que se le doblaron las rodillas, y para no caer en el suelo tuvo que agarrarse a un pilar que estaba inmediato. Su rostro, arrugado y pálido, estaba cubierto de lágrimas; la mu- chacha, que había llenado ya de agua





los cubos le miró al pasar a su lado, y al verle en aquel estado, dejó su carga en tierra, y corrió asustada hacia la cuadra, gritando al mismo tiempo:

—¡Nostramo, nostramo, aquí hay un hombre que llora como un niño! ¡Venid, venid a socorrerle!

XI

Un amigo antiguo.

El granjero acudió a la llamada, y fué corriendo a donde estaba el viajero, sin que éste, absorto en sus meditaciones y sumido en el más profundo dolor, le echase de ver. El labriego le miró

exclamar en un tono tan compasivo como respetuoso:

—¡Señor marqués!

M. de Neuville levantó la cabeza y miró al que le interpelaba, con semblante afligido e irritado a la vez:

—¿No me conocéis, señor marqués? —dijo el aldeano con esa insistencia y con ese aplomo propio de los campesinos—. Yo os he conocido en seguida; vos me habéis dado el premio del tiro a las palomas; por cierto que aún conservo la escopeta de que me serví en aquella ocasión. Esto era el año... el año..., sí..., el 87; ya ha llovido bastante desde entonces, pero yo no he deja-

del molino una tarde que había bebido mucho. Por cierto que, a pesar de haber comprado tantas y tan buenas tierras por un pedazo de pan, no ha dejado sino deudas; y como que había heredado alguna cosilla de mi tía la mesonera de Prevent he comprado esta posesión, y, sin que sea vanidad, puedo decir que la he mejorado mucho.

El marqués dirigió una mirada a guisa de protesta sobre el profanado palacio de sus mayores; el citado granjero comprendió lo que aquella mirada significaba.

—Todo eso, señor marqués, no soy yo quien lo ha hecho; ha sido Cristóbal;

de mis antiguos criados, ya que no puedo preguntar por ninguno de mis muertos. Mi mayordomo Vincent ha muerto, seguramente.

—Perdonad señor marqués; está cascado, eso sí, pero vive, y habita en el país; vive en la antigua casa de vuestra guarda, en el fondo del parque.

—¿Tampoco existe el parque? —No, señor; lo ha comprado un vecedor del ejército, un carroz-pañero como los llamamos en este país; ahora está vendiendo los árboles ¡que árboles!... ¡Qué árboles tan soberbios! Ya lo convertirlo todo en tierra de labor.

—Hace seiscientos años que ese labriego que estaba en poder de mi familia... —¿Qué queréis, señor? —contestó el labriego dando vueltas a su gorro de algodón, que se había quitado desde el principio—. ¿Qué queréis? La fortuna es así: tan pronto viene como se marcha.

—¿Y vive Vincent? —Le hallaréis en donde os he dicho; ¿queréis que os acompañe uno de mis mozos?

—Gracias, Ferraz; conozco perfectamente el camino.

—Servidor vuestro, señor marqués.

El marqués prosiguió su viaje por medio del bosque, antes tan hermoso y sombrío, y en el momento de que ya nos habíamos convertido en un campo raso; los árboles yacían esparcidos por el suelo semejantes a aquellos guerreros que, activos, fieros y amados por la mañana, yacen por la noche inertes en un vasto campo de batalla.

M. de Neuville cortó en diagonal, a medida que iba internándose en el que había sido bosque, le parecía salir de entre aquellos troncos, extendidos por el suelo, los recuerdos de ciertas escenas de que había sido teatro aquel terreno cuando él era muy joven.

Aquí, en esta espesura, venía a estudiar la lección cuando era niño y a recoger hermosas flores silvestres para su madre, que gustaba mucho de ellas; ¡su madre!... ¡Cuánto tiempo hacía que había desaparecido! Allí, en esa encrucijada en donde estaban los árboles más viejos de la selva, y cerca de aquella gran piedra que se conservaba todavía de pie en el mismo sitio, le había dado su padre la primera lección de caza; un poco más arriba había muerto un lobo en día de invierno, y le parecía ver correr todavía al feroz animal por encima de la nieve; a su regreso de los primeros viajes que había hecho por mar había saboreado el encanto de los bosques paternos; bajo aquellas sombrías bóvedas, y en presencia de las encinas y de las hayas de la Galia, hallaba manzanas de la India. Más adelante, cuando la vejez llamaba ya a sus puertas, había acompañado a su joven esposa, bajo aquellas bóvedas de verdor, y, ebrio de felicidad, la había dado cuenta de los proyectos que había formado para que nada le faltara después de su muerte. Su hija, su querida Carlota, había jugado en aquellas largas tardes; allí la había visto cien veces sentada sobre la hierba deshojando margaritas, y también revolcándose sobre el musgo cuando empezaba a andar, dando al mismo tiempo esos gritos que los padres tienen toda su vida en los oídos. El bosque no existía; su amo volvía al país natal despojado de todos los bienes que había hecho el encanto de su vida; un solo amigo le quedaba; ¿cómo le encontraría?... ¿Qué nuevas noticias le daría?... ¿Vivían aún las niñas casadas personas para quienes había vivido él hasta entonces?

CONTINUARA



detenidamente; vió un rostro noble que aunque arrugado por los años y sumamente demacrado, conservaba aún bastante la pureza de sus facciones: unos cabellos blancos, que no necesitaban ya polvos para estarlo una estatura próspera y un aire militar; finalmente, un hombre que, aunque mal vestido, respiraba dignidad por todas partes; todas estas cosas reunidas, y ciertos recuerdos que se despertaron de pronto en el labriego, le hicieron quitarse el gorro y

do por esto de reconocerlos en seguida.

—¿Y quién sois vos?

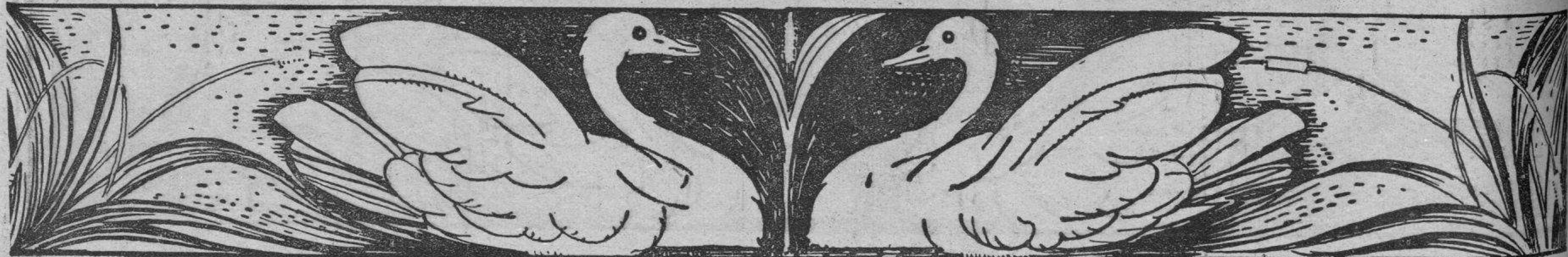
—Amable Ferraz, el hijo de vuestro arrendatario del cercado de los bueyes; ¿me conocéis ahora, señor marqués?

—¿Y sois vos, Ferraz, vos el hijo de un arrendado mío, el que habéis comprado mis bienes?

—Perdonad, señor marqués; yo no he comprado nada a la nación; yo no he comprado nada hasta la muerte de Cristóbal, que murió ahogado en la presa

éste ha derribado las torres, a vendido los muebles, los espejos, las colgaduras, y todo lo que ha sacado ha ido a parar a la taberna y a otros sitios peores, porque la granja se hallaba en un estado que daba compasión cuando yo la he adquirido; ahora ya puede verla cualquiera; no falta nada en ella. ¿Queréis tomaros la molestia de entrar, señor marqués, y echaréis un traguito y comeréis un bocadito?

—Gracias —contestó el marqués—; no puedo detenerme; así es que no quiero sino que me digáis una cosa: ¿existen aún por estas inmediaciones alguno



Viejas postales descoloridas

El P. VIÑES



el P. Viñes, relación que la isla entera leía rindiéndole al sabio sacerdote la admira-
ción más sincera.

Uno de los hombres más populares y queridos de Cuba, en su tiempo, fué sin duda el Rdo. P. Viñes de la Compañía de Jesús, sabio meteorologista al que la ciencia debe muchos e importantes descubrimientos y el pueblo de la isla no menos sabias y oportunas advertencias. Nació en Poboleda, villa de la provincia de Tarragona, el 19 de septiembre de 1837. Antes del P. Viñes los ciclones caían sobre los infelices moradores de Cuba como cae encima al conñado transeúnte, sin esperarlo, al pasar un pedrusco que le cuesta la vida. Después de los estudios meteorológicos del P. Viñes, el dicho transeúnte sabía donde se encontraba el pedrusco próximo a caer; y oportunamente se desviaba del peligro. Murinos; labradores; hacendados; conductores, todos cuantos podían sufrir inesperadamente los estragos de los ciclones, vivían pendientes de las observaciones y avisos del P. Viñes.

Desde el mes de marzo del 1870 en que desembarcó en la Habana para hacerse cargo del Observatorio de Belén, hasta el 23 de julio de 1893 en que ocurrió su sentida muerte, teniendo 56 años, el sabio meteorologista no cesó un día en el estudio de esos terribles huracanes que le han costado a Cuba tantas fortunas, lágrimas y vidas. A los pocos meses de su llegada a la Habana tuvo lugar el horrible ciclón de octubre de 1870 que descargó su mayor furia sobre la ciudad de Matanzas; y ante cuyas fatales consecuencias es de creer que el sabio sacerdote se hiciese el firme propósito de estudiar las leyes de esos meteoros, en Cuba tan frecuentes, para evitar en lo posible sus desastres.

Un testigo presencial narra algunos detalles del que desde entonces se le llamó en Matanzas el temporal del «70», encerrándose en ese solo título toda una pesadilla de infortunios y dolores. «De cinco a seis de la mañana del día 8—dice el testigo—presencé escenas espantosas que sólo recordarlas ahora me horroriza y ha estremecer. Sobre las aguas del río San Juan, cuya altura cubría la mayor parte de los techos de los almacenes, y cuya corriente llevaba una velocidad espantosa, pasaba ante nuestra vista techos cargados de familias enteras; maderas conduciendo personas y balsas en las que multitud de infelices buscaban el último medio de salvación, todos arrastrados vertiginosamente hacia la bahía. Más de cien hombres con los brazos cruzados los contemplábamos estremeciéndonos de horror, sin poder intentar si quiera un medio para salvar la vida de los que iban a perecer; de momento en momento pasaban aquellas avalanchas de seres vivientes, impulsados por las aguas a una muerte segura; y un grito de horror se escapaba de los labios de todos. Por más que nuestros brazos se extendían, nada lográbamos; viendo las manos de los infelices que diciéndonos

adiós se sepultaban bajo las olas».

Muchos recuerdan aún cómo oían rugir el huracán por entre las rendijas de las puertas ese pavoroso mugir del viento que una vez que se oye ya no se olvida nunca; y cómo al otro día, en una triste mañana gris veían desfilar por las calles de la entristecida ciudad las carretas cargadas de ahogados recogidos en los ríos San Juan y Yumurí.

Cada ciudad de Cuba ha tenido un terrible ciclón histórico cuyo solo recuerdo le hiela la sangre en las venas. Pinar del Río, el suyo del año 38; Matanzas, el del 70, toda la isla de punta a cabo el de 1875; los terremotos de San Cristóbal y Candelaria del 22 y el 23 de enero de 1880; Camagüey su horripilante tragedia del 9 de noviembre y Santa Cruz del Sur su ras de mar de la misma fecha 1933, que la borró del mapa; llevándose más de tres mil de sus habitantes; y la Habana, entre otros con el ciclón del veinte de octubre de 1926 con sus miles de heridos; su más de 500 o 600 muertos y sus cincuenta millones de pérdidas materiales en toda la provincia: las diez y veinte minutos de aquella mañana fué una hora histórica para la capital de la isla; tal parecía que en aquel fatídico momento la ciudad iba a ser arrastrada de cuajo por la furia del meteoros; el viento era una ciega masa sólida que amenazaba llevarse de encuentro cuanto se le pusiera por delante. El postalista tiene que agradecerle al Ser Supremo la vida de su nietecito de un año, Claudito, el cual dormía en su cochecito de mimbre en la sala de la casa en que vivía—Lealtad esquina a Malecón—y de la que fue sacado providencialmente dos minutos antes de venirse abajo el gran tabique que dividía la sala del primer cuarto: el pesado y enorme montón de ladrillos cayó en el mismo sitio en que se hallaba—destruyendo—el cochecito del niño...

El P. Viñes sentó la ley fundamental de los ciclones al estudiar la formación y dirección de los cirrus, el «lenguaje de las nubes», como le llama a eso el no menos sabio meteorologista P. Gutiérrez Lanza. Siguiendo los principios establecidos por el P. Viñes los observadores de estaciones fijas podrán espiar los movimientos de un ciclón, por muchos días en un radio de varios centenares de millas a la redonda; pero mil veces más precioso para el navegante que surca estos procelosos mares antillanos, que puede ver al enemigo cara a cara, diciéndose—¡ahí está!—y al día siguiente—«por aquel rumbo se va el ciclón; que lleve buen viaje».

Como en aquel entonces no existían ni la telegrafía sin hilos ni el radio, ya puede suponerse la importancia que tenía el descubrimiento del P. Viñes. Faquinetto, un humilde caramelero de Guanabacoa, aficionado a la ciencia meteorológica, se pasaba las tardes, en la época de los ciclones, observando el movimiento de

aquellos blandos y siniestros gallardetes en la loma de la Cruz y otros lugares altos y estratégicos de la Villa de Pepe Antonio, llevando a cabo fieles e interesantes observaciones que al día siguiente publicaban muy complacidos los principales periódicos de la capital. Después que pasaba el ciclón, Faquinetto seguía vendiendo tranquilamente sus caramelos, los que llevaba enganchados con arte a un largo palo que descansaba en uno de sus hombros, pregonando con su débil vocecilla de pronunciado acento italiano: —¡De piña, goma y guanábana! ¡Caramelos!

Muchos ciclones de gran importancia, así atmosféricos como políticos, se han desencadenado sobre nuestro suelo, desde el año 1868 hasta el presente 1938, en que nos encontramos; y si de todos y cada uno fuéramos a ocuparnos, aun someramente, se necesitarían algunos volúmenes para contener tan nutrida como interesante colección de «Viejas Postales Descoloridas»; así que vamos a contraernos—por su importancia histórica—al ciclón que asoló a nuestra capital la noche del 17 de octubre de 1906, que por poco arrasa con la población entera y que no obstante su empuje, quedó, después de todo, muy por debajo del otro ciclón que estuvo soplando durante los meses de agosto y septiembre del propio año, y que a poco más se lleva la torre del Morro con nuestra enseña nacional y todo; lo que nada de exagerado tendría, habiendo arrasado ya de antemano en esos dos terribles meses, que no se borrarán tan fácilmente de nuestra memoria, con el primer gobierno de la República, o sea su Presidente Estrada Palma; el cuerpo de secretarios de despacho; el Senado; el Congreso y los gobernadores de las seis provincias. En el campo no quedó incólume ni un bohío ni un platanal; y menos un caballo en mano de sus respectivos y verdaderos dueños. Tan rozagantes y briosos que estaban todos; y cuando el general americano Mr. Fuston ordenó que cada «alzado» se quedase con el caballo que le había tocado en suerte, todos aparecieron con el rabo mocho.

¡Qué ciclón, amigos! Empezó con un rientecito platanero que se desató en Palmira y luego se corrió a Cienfuegos, causando la muerte del joven y fogoso patriota Enrique Villuendas y la de varios miembros del servicio de seguridad—esto último, lo más lógico en un período azaroso en que nadie estaba seguro—después fué creciendo en intensidad en Ranchuelo; dió sus coletazos en Vueltas, donde una chispa—eléctrica o política, que eso no se supo nunca—redujo a cenizas la casa—ayuntamiento del pueblo, corriéndose el influjo de la candela hasta el cuartel de la Rural de la villa de Guanabacoa; y de allí se desató como una furia del Averno azotando a las provincias de la Habana y Pinar del Río, en las que Loinaz del Castillo y Pino Guerra se distinguieron como ciclonistas de primera fuerza: excusado es decir cómo quedaron esos campos y esos pueblos y esas ciudades; y en fin, toda la isla, bajo el embate del iracundo meteoros que estuvo soplando sin parar un momento hasta que arribaron a nuestras costas, primero, el crucero americano Denver y unos días más tarde el Des Moines, donde venían los afamados meteorólogos Mr. Taft y Mr. Bacon, que lograron calmar la tempestad. Mister Taft era un hombre al que le hacían mucha gracia las cosas de los cubanos y por eso siempre se estaba sonriendo; Mister Bacon era un calmado que no dejaba nunca su sangre fría y que decía a todo: —Paciencia... mucha paciencia... De manera, amigos, que la tonadilla chanliponesca viene ya desde Mr. Bacon.

Pero no es ese el ciclón de que quería aguantar las rachas, abrió las manos dando credenciales y emprendiendo obras públicas poco estudiadas, y en no contadas ocasiones, de muy dudosa necesidad o

A PENAS se aproximan los meses de septiembre y ocu-
rren manifestaciones ciclónicas a «poner miedo en el ánimo», viene a la memoria de los descoloritubres, y empiezan las pruitas que pasan de los sesenta el recuerdo del P. Viñes: tal ha sucedido en estos años con motivo de la perturbación que amenazó a la provincia de Pinar del Río, y que, afortunadamente, no tuvo mayores consecuencias, desvaneciéndose como las neblinas en las aguas del golfo así en el agua—al chocar con otra «perturbación» que se encontró en el camino de mayor fuerza que la suya. ¡Y poco nos encantaba en aquella fecha a los muchachos de catorce a quince años aparición del meteoros: «Correr el ciclón» era una de las diversiones más entretenidas, aun para los que pasábamos de aquella edad y tocábamos con los veinte. Recuerda el postalista con un estremecimiento de regocijo—se que nos revive la columna vertebral a la sola evocación de algún intenso recuerdo del lejano—recuerda el postalista el día que le sorprendió en el café de Alameda, en compañía de sus amigos Catalá y Pichardo, desde cuyos portales vimos como el furioso meteoros arrancaba de los árboles del Parque Central, como si fueran manojos de hierba, y traía a los coches con caballo y todo de una a otra acera, cual movidos por una poderosa grúa invisible...

Desde el momento en que el P. Viñes daba la señal de peligro, ya iban de casa en casa, transmitiendo el aviso que recibían de recibir los alcaldes de barrio por conducto del Gobernador de la provincia o del Mayor de la Ciudad, las ordenes del orden público y los guardias municipales—a los que se les llamaba «cuestionados»—recomendando al vecindario que estuviese atento al peligro; a lo que inmediatamente seguía el ruido de los martillos clavando a la vez trancas transversales a las puertas y abarrotando los postigos. Si era de noche, la cosa revestía mayor misterio; y para mucha curiosidad atractivo viéndose en la calle a los serenos de farol y lanza ir de casa en casa ofreciéndose para lo que se les pidiese lugar, y oyéndose en las esquinas el toque de alarma que esparcían por los ámbitos de la ciudad los bombas municipales y del comercio al toque de sus estridentes clarines. Como entonces apenas existía el teléfono, y los serenos que había no se prodigaban en las casas particulares, los vecinos se asomaban a las ventanas para inquirir noticias de los transeúntes y se oían diálogos como éstos:

—Guardia—preguntaba uno—¿Usted cree que pase por la Habana?

—En el Morro ya han puesto la bola negra—contestaba el guardia.

—Vecino—el vecino era el sereno—¿Qué dice el P. Viñes?—preguntaba otro.

—Dice—respondía el vecino con su marcado acento gallego; y defendiéndose de las primeras ráfagas del huracán con la esclavina de su capote de hule—dice que ya está soplando por Guanajay.

Por lo general solía verse a estos serenos, hijos de pie, apoyados en sus lanzas, a la puerta de las carbonerías del barrio, en íntima conversación con los señores de ella; motivando esta amistad el ser ambos, sereno y carbonero, oriundos de algunas de las cuatro provincias que componen la noble y pintoresca región gallega.

La falta de fuentes de información contribuía a que se dieran como ciertos cuantiosos infundios y exageraciones se contaban del huracán de que estaba pendiente todo el mundo, achacándose al P. Viñes noticias y datos alarmantes en que ni siquiera había pensado el ilustre meteorologista. Siempre se decía que el ciclón que se esperaba iba a ser más fuerte que el del «año 40», al que se le tenía, hasta entonces, por el «coco de los ciclones». La aproximación del meteoros se advertía por el escandaloso vuelo sobre las azoteas de las tejas y los cines de aquellos techos y cocinas de tenderete, construidos a la buena de Dios y gracias a la tolerancia y despreocupación de aquellos municipios. Al día siguiente aparecía en el DIARIO DE LA MARINA, «El Triunfo», «La Voz de Cuba», «La Discusión» de Márquez Sterling y demás periódicos de importancia, la trayectoria del ciclón; descrita minuciosamente por

EL ETERNO PLEITO ENTRE GORDAS Y FLACAS

Por ROBERTO BUKUER

POR qué las mujeres han hecho un ideal de la esbeltez? ¿Por qué millones de ellas se someten a dieta, se mueren de hambre y se niegan a la mitad de los placeres de la vida, a fin de alcanzar una esbelta figura con una cintura delicada y otros detalles de conjunto que realcen la armonía de su cuerpo?

Presentaremos las imágenes de aquellas mujeres de la historia que han sido más notoriamente atrayentes para los hombres, durante los últimos tres mil años.

Helena de Troya era tan hermosa que a los diez años fué raptada por dos amantes, que luego murieron por ella; sus treinta admiradores principescos formaron una liga y juraron solemnemente defender su honor; su rostro hizo «zarpas mil barcos» e iniciarse la guerra de Troya. Esta hermosa mujer era, según la autoridad de Pablo Wisona, «una mujer bajita y un tanto robusta, del tipo clásico griego».

Cleopatra, amante de César y de Marco Antonio y una de las mujeres más fatalmente fascinadoras de la historia, resulta que fué, de acuerdo con la fotografía suya que se logra reuniendo, como hizo Goringe, muchas monedas que llevan su efigie, una muchachita gorda del tipo de Clara Bow, de cuello corto y con papada.

Catalina la Grande, cuyos amantes formaban una lista más larga que un directorio ruso de teléfonos, era sumamente gorda.

Madame Du Barry, amante de Luis XV, lo suficientemente encantadora para extraer de los bolsillos reales 35 millones

de libras en cinco años, fué, según Evelyn, cronista de la corte, «una simple campesina, agradable y robusta».

María Antonieta tenía que cabalgar una bestia especial. Madame de Maintenon y madame de la Vallière, según el duque de Saint-Simón, «tenían que ser exprimidas dentro de cualquier traje».

Jorge Sand, que fué tan amiga de Emiliano de Seze, Chopin, Jules Sandeau, Próspero Merimée y particularmente de Alfredo de Musset, gustaba tanto de la cocina substanciosa que se hartaba de ella y les permitía a sus tejidos grasos caer donde pudieran.

Ahora pasaremos revista a los tres ejemplos más famosos del siglo XX:

Mata Hari, cuyo «adorable cuerpo color ámbar danzaba para la delicia de tantos», pesaba, según los registros de la policía francesa, 133 libras, o sea, 69 kilos, 600 gramos.

Magda Lupescu, la pelirroja y rolliza favorita del rey Carol de Rumania, que disfrutó de notoriedad periodística durante veinte años, sumó al trono, en 1933 sus 164 libras—74 kgs, 200 grs.—última cifra que conocemos.

Y nuestra propia Mae West. No es gorda, pero sí suficientemente amplia; revolución individual contra las «estacas con faldas» que han dominado la escena americana a partir de la guerra mundial.

El ideal griego y romano era una mu-

jer del tipo de Juno, alta, de pecho lleno, amplias caderas y robusta proporción. Las dimensiones de cualquiera de las siete Venus podrían sorprendernos, y en el «gran camafeo de París», que es el más grande y el más antiguo descubierto hasta ahora, las mujeres son todas grandes anchas y fuertes; jóvenes y vigorosamente hermosas, con los pies rotundamente plantados en la tierra. En resumen, «una brazada», como lo admite Ovidio.

Recordemos también a Julia, la mujer de Tiberio, que «amaba tanto la compañía de los jóvenes elegantes». La estatua de tamaño natural de esta hermosísima hija de los Césares mide treinta y una pulgadas en la cintura. ¿Y Antonia? Ni siquiera un reportero podría llamarla delgada: en realidad era resueltamente gorda. Y sin embargo, estas dos fueron las más famosas bellezas de la antigua Roma, la envidia y la desesperación de todas las flacas que hubiera a una distancia de una caloría del Coliseo.

En dondequiera que la vida se ha disfrutado y vivido plenamente, nos enseña la historia, las mujeres han sido gordas y saludables. Durante millares de años circularon libremente en un paraíso sin cinturones, hasta que la moda de las virtudes cristianas del ascetismo y la esterilidad convirtieron a las mujeres de la Edad Media en simples sacos de hue-

sos y pellejo—criaturas pálidas y carilargas, que iban a cambiar pleto la forma de la anatomía. Estas muchachas medioevales, figuras de chicos, esbeltas, y en todo, «blancas, mortalmente pálidas». Edad de la Caballería es notable por gran falta de interés que muestran los jóvenes por las muchachas—Langdon-Davies—. Entonces las eran apenas más importantes que los ballos, excepto como títulos vivos de piedad sobre las tierras».

He aquí uno de los hechos trágicos y absolutamente olvidados de la Edad de Oro del rey Arturo y de los balleros de la Tabla Redonda. La sa caballería, que las mujeres traían a cuento cuando refinos no se dirigía a sus damas, sino a los caballos. Chausser y Malory pueden firmar. Cuando sir Beldin regresó a su hogar y no halló en la cina del castillo más que un montón de zanahorias, ¿adivinan ustedes a las dió?

En la canción de la gestación «Mort de Garin», Blancaflor va a su marido, el rey Pepino, y le ayude a los de Lorena. «El rey rha, monta en ira, le pega en la con el puño cerrado; cuatro gotas gre caen de su rostro y la dama «Gracias, señor. Cuando quieras otro puñetazo».

Esto ocurría en la edad de la ría. Y Blancaflor era una dama da, pálida. Respondía al tipo que gran, después de muchos sacrificios dietas más austeras.

conveniencia—dijo un historiador.

La furia del ciclón de aquel día, o mejor, de aquella noche del 17 de octubre del 1906, alcanzó tal empuje, que el vendaval arrojó sobre los arrecifes del Malecón y montó sobre el muro de éste, una goleta de gran tamaño en cuya proa entre las sombras de la noche algunos creyeron leer el nombre de Cuba, en una alucinación muy lógica, teniéndose en cuenta lo que acababa de suceder. Pero luego, cuando amaneció y vino la clara luz de la mañana, se pudo ver que decía «Elvira», nombre que en aquellos momentos podría resultar simbólico, si se traía hablaros, precisamente, el postalista. El año 1906 fué de prueba para los cubanos. Fué como un entretenimiento que nos puso en condiciones de soportar con valor y estoicismo los ciclones que nos tenía reservado el 1930, y las demás fechas que le siguieron. Como si no hubieran llenado la medida los pasados males, un violento huracán empezó a azotar la isla el 17 de octubre del 1906 por la tarde, complaciéndose en descargar sobre nuestra amada Habana sus más desencadenados zurriagazos. Fué enorme, como en el otro, la destrucción de siembras y arbolados. El viento sopló en la capital con tal violencia, que se rompieron los cables de la luz eléctrica y se destrozaron todos los faroles, quedando la ciudad completamente a oscuras. En el Surgidero de Batabanó el suceso adquirió importancia catastrófica; el mar inundó la población y los barcos fueron a dar en medio de las calles; en el teatro Alhambra se estrenó una revista de los Robreños titulada «El Ciclón», con preciosas decoraciones de Miguel Arias. Se perdieron no pocas vidas y los daños materiales llegaron a algunos millones de pesos. Mister Magoon—el segundo meteorólogo vigilante que dejaron Taft y Bacon cuando se fueron—pudo darse cuenta de que era para tomarlas en serio las cosas de Cuba cuando se les hinchaba las narices—ya en forma revolucionaria o ciclónica—y para tener contento a los muchachos y a la memoria «El Estudiante de Salaman-



LOS ANCIANOS, LOS NIÑOS ANEMICOS
LAS JOVENES QUE FATIGA LA
FORMACION ENCUENTRAN EN EL

QUINIUM
LABARRAQUE

El más poderoso regenerador, aprobado por la Academia de Medicina de Paris como el más poderoso de los tónicos y el más energético de los febrífugos. Preparado con vino añejo de Málaga, se recomienda a los febriles, a los debilitados, a los fatigados, a los convalecientes, a los ancianos, a los niños anemiados.

DE VENTA EN TODAS LAS BUENAS FARMACIAS
Depósito: MAISON FRERE 19 Rue Jacob, Paris (60)



ca», de Espronceda.

Murió de amor la desdichada Elvira,
Cándida rosa que agostó el dolor...

Quítese el acento y queda Agosto.

Pero volvamos al ilustre e inolvidable P. Viñes. El día 23 de julio de 1893 bajó a la tumba llorado por todos los habitantes de Cuba, para quienes su nombre se había convertido en una cosa sagrada. «Lo dice el P. Viñes». «Lo asegura el P. Viñes». «Lo avisa el P. Viñes», era enunciar una verdad incontrastable; y como nunca se equivocó, y como sus adverten-

cias salvaron a infinitos marineros y labradores de muchas desgracias, fué una cosa altamente conmovedora ver cómo su sarcófago era conducido en hombros de labradores y marineros un buen trecho de su última jornada, hasta depositarlo en la modesta carroza fúnebre que lo condujo al cementerio, en medio de un inmenso acompañamiento conmovido que se descubría ante los restos del creador de la ciencia de los ciclones y del luchador invicto—como dice el P. Gutiérrez Lanza—«contra sus asaltos, en defensa del

pueblo de Cuba y de la navegación de estos procelosos mares.

El P. Viñes fué una gloria de la patria de Jesús; la Habana recibió con cariño su nombre, como el del goiti, que le sucedió en su puesto el del P. Gutiérrez Lanza, que actualmente el Observatorio de Batabanó.

Y también un cariñoso recuerdo el P. José Antonio Laburu, aque- rto y sabio investigador que estudió riciones del alma, desde el día de la vida.

LA VIDA INTIMA de las grandes figuras

ENRIQUE IV

si no consentía, haría de mí la mujer más miserable del reino. Para evitar las iras de mi hermano y la indignación de mi madre, tuve que obedecer. En verdad, nunca sentí el menor afecto por el rey de Navarra. Mi intención era casarme con otro príncipe—se refiere al duque de Guisa—. El duque de Anjou

carla en ellas. Margarita nunca sintió amor por él, y, según d-Aubigné, ella confesaba que su marido era un hombre sucio, piojoso y queapestaba. (M. C. Merki-Confesion de Sancy).

El bearnés no se ocultaba de tener aventuras, y en una ocasión en que su amante La Fosseuse dió a luz; para evitar el escándalo, Margarita la ayudó en el trance y se encargó de hacer esconder al recién nacido.

Era tan conocida de todos la vida que había llevado Margarita antes de casarse, que, con motivo de la boda, su hermano, el rey Carlos IX, dijo:

—Al darle por esposa a mi hermana Margot, se la entrego a todos los hugonotes del reino.

Esto, aparentemente, parecía significar que era la intermediaria para suavizar las relaciones de católicos y protestantes, pero también podía tomarse en otro sentido. Cuando, ya decidida la completa separación entre los dos esposos, y siendo Enrique rey de Francia, la desterró al castillo de Usson, la puso bajo la guardia del caballero Canillac, del que a poco había hecho su amante. Allí siguió llevando una vida escandalosa, haciéndose llevar un cierto número de camellos, con los que organizaba grandes paseos. Se celebraban orgías en tal forma que en sus cuentas había el pago



de una partida de 500 toneles de vinos finos.

EL REY GALAN

Por su parte, Enrique no perdía el tiempo. Gozó del amor en todos los sitios y de todas las maneras, lo que hizo que también se le llamase el «caballero trivial de Francia».

Se ha sacado una cuenta de las amantes de Enrique IV, y suman la friolera de 56, sin contar las aventuras del mo-

mento, que no se incluyen en esta estadística. (Lescure. Les amours de Henri IV).

Para Enrique IV no existían categorías en cuestión de faldas, y lo mismo apreciaba una dama de calidad que la de más baja estofa, con tal de que su lindo físico compensase la diferencia de clases. También las abandonaba con la misma naturalidad, fuesen duquesas o campesinas. La hija del jardinero del castillo de Nérac tuvo su hora de gustar al monarca, y, al verse abandonada, se suicidó. (Jules Andrieu. Un amour d-Henri IV).

Ni las madres abadesas le intimidaban. Durante el sitio de París, se enamoró locamente de la abadesa de Montmartre, y no cejó en su empeño hasta hacerla su amante. (Memoires Historiques et Secrets).

No disponía de un «Parque de Ciervas», como Luis XV, pero tenía sus proveedores, que sólo en su beneficio hacían una verdadera trata de blancas. La misma Catalina de Médicis, para retenerlo en París, le proporcionaba aventuras con sus damas de honor. Dejó gran número de bastardos, pero reconoció los menos, pues, según decía:

—La vergüenza de tener demasiados le impedía reconocerlos todos.

Esto no fué impedimento para que tuviera un sinnúmero de ellos con una carbonera, a la que ennobleció, para ennoblecer la descendencia. (Andrieu. Un amour d-Henri IV.)

UN PASO MAS HACIA LA CORONA DE FRANCIA

Con la muerte de Carlos IX, subió al trono Enrique III, estallando la guerra civil, que se llamó de los «tres Enriques», por intervenir en ella directamente Enrique III, Enrique de Guisa y Enrique de Navarra, que fué quien llevó todo el peso de la campaña y que terminó con la victoria de Coutras, el 20 de octubre de 1587.

En 1588, Enrique III, que odiaba tanto como temía a «los poderosos Guisa», hizo asesinar alevosamente a Francisco y se deshizo bien pronto del cardenal de Lorena. Perseguido por el odio común, fué a refugiarse bajo la protección de Enrique de Navarra. Los dos príncipes pusieron sitio a París en 1589.

Al anochecer del 31 de julio de 1589, La Guesle, procurador general del Parlamento de París, en compañía de su hermano, regresaba de la aldea de Vannes a Saint Cloud para reunirse con Enrique III, que se hallaba en el castillo de Jerónimo de Gondry. En el camino se encontraron con un monje que, escoltado por dos soldados, se encaminaba en la misma dirección. Al informarse La Guesle, supo que el monje era portador de noticias de la mayor urgencia para el rey, a quien se las transmi-

durante varios días llevó un puñal con intención de matarlo. A pesar mío, la amistad conyugal nunca fué lo que requería el deber». (Colbert, Biblioteque Nationale).

Se pretende que el desacuerdo entre ambos esposos se originó porque Margarita se empeñaba en quererle acostar con antifaz. Era costumbre, en esos tiempos, que las señoras usasen antifaces, llamados «loup», para preservarse de las inclemencias del tiempo. Diana de Poitiers, de la que Brantome elogiaba su hermosura incomparable cuando ya tenía 70 años, seguía siempre las carcerías a caballo con un antifaz y no salía nunca a la calle más que de esta forma. (Saint Olive-Varietés literaires).

GALANTERIAS DE MARGARITA

Margarita nació en Saint Germain-en-Laye el 14 de mayo de 1552. Desde muy joven dió muestras de su refinada coquetería, que el ambiente viciado de la corte no hacía más que aumentar.

Antes de casarse con Enrique, ya había sido la querida del duque de Guisa, de Aumale, de la Mole y tantos otros, pero, como todas las mujeres, tuvo en su vida su ideal, y éste fué el duque de Guisa, al que, cuando fué desterrada al castillo de Usson, recuerda los amores de sus años púberes y lo reclama.

Desde los primeros días de su boda, Enrique, no sólo abandonó a su esposa, sino que no se privaba de tomarla de confidente de sus galanterías, e incluso en más de una ocasión llegó a compli-

ENRIQUE IV, llamado, por su vida política, «el Grande», y, por su vida privada, el «Rey Galán», nació el 14 de diciembre de 1552, y murió asesinado en París el 30 de mayo de 1610.

hijo de Antonio de Borbón, duque de Vendome, y de Juana de Albret, jefe de la rama menor de la casa de Borbón, descendía de Roberto de Borbón, sexto hijo de San Luis, y de Clermont, a sus hijos los derechos a la corona de Francia. Juana de Albret era hija de Enrique II, rey de Navarra, y Margarita de Angulema, hermana de Francisco I.

En 1555, Juana, por muerte de su padre, subió al trono de Navarra y dió por esposo el título de rey. La muerte de Antonio de Borbón, en 1562, colocó a Enrique bajo la exclusiva tutela de su madre, la cual, como calvinista convencida, dio a su hijo maestros que inculcaban en su tierno corazón las doctrinas de la reinante herejía.

Al morir el príncipe Condé en Jarnac (marzo de 1569), el príncipe Enrique fué aclamado por el ejército como el salvador de la causa protestante. Se reanu-



la campaña y, a pesar de las derrotas que sufrieron los hugonotes, la paz de Saint Germain-en-Laye, pactada el 18 de agosto de 1570, les favoreció visiblemente, y fué seguida de inmediato por un contrato de casamiento entre Enrique de Navarra y Margarita de Valois, hermana del rey Carlos IX.

Entonces cuando tomó parte en las campañas del duque de Anjou, y, desde ese momento, demostró su exagerada sensibilidad, que fué el escándalo de su vida.

El mismo historiador P. Loriquet, en su historia de Francia, al hablar de Enrique IV tuvo siempre una opinión desorbitada por el vino y las mujeres.

SU BODA CON MARGARITA

Poco de haberse firmado el compromiso entre Enrique y Margarita, murió Juana de Albret; y nuestro príncipe la sucedió en la corona de Navarra, con el consentimiento de Enrique IV. Después de una oposición por parte, tanto de los católicos como de los protestantes, se celebró la boda con gran pompa el 18 de agosto de 1572.

Margarita nunca sintió amor por su esposo. Ya antes de casarse, se opuso con todas sus fuerzas a que se llevase a cabo su matrimonio. Ella misma lo relata en sus «Memorias»:

Supliqué llorando a lágrima viva a mi hermano, el rey, que no me obligara a casarme; se indignó y juró que,

tía el presidente del Parlamento, M. de Harlay, por lo que le ofrecieron que montase en la grupa de uno de los caballos y lo llevaron a Saint Cloud. El monje cenó y durmió en el castillo, y a la mañana siguiente fué llevado a presencia de Enrique III, de quien solicitó que le concediese una audiencia a solas por la importancia de lo que tenían que tratar; el rey dió orden a Bellegarde y Du Hallier de que se retirasen; y el monje, en cuanto quedaron solos, simulando buscar unos papeles, extrajo de entre sus ropas un filoso puñal y se lo clavó al rey en el bajo vientre:

—¡Soy un hombre muerto!—exclamó Enrique, pero con toda energía se arrancó el puñal y, golpeando con él violentamente en la cabeza al asesino, lo hizo caer al suelo.

A los gritos acudió La Guesle espada en mano y, enloquecido al ver la escena, clavó su arma repetidas veces en el cuerpo del monje, a quien remataron los demás caballeros que acudieron a prestar auxilio, dando así fin al que luego pasó a la historia con el nombre de padre Clement. En el primer momento se creyó que, habiéndose deslizado el arma entre los intestinos, la herida no tendría importancia, pero, por la noche, aparecieron síntomas alarmantes, y, dándose cuenta el rey de que era llegado su último momento, ordenó que se presentase de inmediato Enrique de Navarra, que se hallaba al frente de sus tropas en la colina de Meudon. Seguido de sus principales capitanes, acudió el bearnés, quien, al ver al rey moribundo, se arrojó a sus pies, besando las heladas manos.

—Hermano — dijo el moribundo: cuando Dios haya hecho de mí lo que sea su voluntad, esta corona será tuya. —Y, volviéndose a los príncipes y señores que rodeaban su lecho de muerte, añadió: —Este es vuestro rey, y para que permacezcáis unidos en la lucha común, os pido como amigo y ordeno como rey que le juréis obediencia y fidelidad.

Príncipes, grandes señores y capitanes, levantando la mano, prestaron juramento. Enrique III dejó de existir a las tres de la madrugada.

PARIS BIEN VALE UNA MISA

Aunque con motivo de su boda con Margarita había tenido que abjurar del protestantismo, al poderse evadir de París y trasladarse de nuevo a Navarra protestó de esa renuncia, alegando que le había sido arrancada a la fuerza. En este estado de cosas, al morir Enrique III, Enrique de Navarra tenía de su parte a los protestantes, a los llamados políticos, en su mayoría anglicanos, y a gran número de católicos que le instaban para que aceptase definitivamente la religión católica.

Al mismo tiempo, el papa Sixto V lo había excomulgado, y el papa entonces reinante, Gregorio XIV, los Guisa y los católicos, que veían que no se decidía a convertirse, formaron el llamado «tiers parti», que apoyaba a Carlos de Borbón, príncipe de Conti, caso de que Enrique no quisiera convertirse. Cediendo a los consejos de su amigo y ministro De Rosny, más tarde duque de Sully, se decidió a abrazar públicamente la religión católica, pronunciando la conocida frase de:

—París bien vale una misa.

VALENTIA Y ANECDOTAS

La valentía de Enrique rayaba en la

temeridad. Antes del combate de Ivry, al arengar a sus soldados, les dijo:

—Conservad las líneas, y si os extraiviáis y perdéis de vista las banderas e insignias, buscad el penacho blanco de mi sombrero, que siempre lo habéis de encontrar en el camino del honor y de la victoria.

Estando una vez con un grupo de cortesanos, atinó a pasar el gran Crillon, y, al verlo, el rey, señalándolo, dijo:

—Ved al hombre más valiente de mi reino.

A lo que éste replicó:

—No es cierto, porque lo sois vos, señor.

SUS AMORES CON GABRIELA

D-ESTREES

Gabriela d-Estrées nació en 1571 y era hija de Antonio d-Estrées y de Francisca Babou de la Bourdaisière. Al hablar de Gabriela Basomprières en sus «Memorias», dice:

—Esta mujer obtuvo más celebridad de la que se merecía, pues a los 16 años ya fué prostituida por su propia madre, que se la entregó al rey Enrique III, quien pagó por este favor seis mil escudos. Montigny, encargado de entregar esta suma, se guardó, por su trabajo, dos mil. Enrique III se cansó en breve de Gabriela, y su madre la entregó a Zamet, rico financiero, y luego a otros cortesanos. Más tarde pasó a los brazos del duque de Longueville, a los de Brunet, Stenay y, finalmente, a los del duque de Bellegarde, quien fué el que se la entregó a Enrique IV.

Gabriela era una mujer muy blanca y rubia; sus cabellos, como el oro, eran muy finos y ondulados en sus bordes; frente hermosa, entrecejo ancho y noble (como se decía en aquel entonces), nariz recta y regular, boca chiquita, sonriente y purpurina, semblante atractivo y tierno, con mucho encanto en el conjunto. Ojos azules de expresión viva, dulce y clara. Muy mujer en sus gustos, en sus ambiciones y hasta en sus defectos. Carácter simpático y gracioso, tenía un aire muy natural, nada afectado. (Saint Beuve).

Se asegura que Gabriela estaba enamorada de Bellegarde, y que en un principio no quería aceptar a Enrique; pero, por complacer a su amante, transigió, llegando a adquirir un dominio absoluto sobre el monarca; y si éste no llegó a casarse con ella, fué, por una parte, por las repetidas intervenciones de Sully, y, por otra, porque Margarita se negó rotundamente a concederle el divorcio, alegando que ella no cedía su puesto a «una cualquiera», cosa que demostró, pues cuando el rey quiso casarse con María Mancini, Margarita accedió de inmediato a divorciarse.

El rey tuvo con Gabriela dos hijos varones y una niña. El mayor se llamó César, duque de Vendome, y nació en 1594, en el castillo de Coucy; el segundo se llamó Alejandro, caballero de Vendome; y la niña, Catalina Enriqueta, casó con Carlos de Lorena.

A pesar de ser la amante de Enrique, continuó manteniendo relaciones con el duque de Bellegarde, y se cuenta que, queriendo malquistarla con el rey, su enemigo, el mariscal de Baslin, aseguró al monarca que continuaba siendo la amante de Bellegarde y que se lo demostraría. En efecto, una noche, en Fontainebleau, el mariscal hizo levantar al rey y lo condujo a las habitaciones de



Gabriela, pero, una vez llegados ante la puerta, Enrique, con toda bonhomía, le dijo:

—¡No le demos este disgusto! (Basomprière-Memoires nouveaux.)

El poderío de Gabriela llegó a no tener límites y el derroche de joyas, con las que se exhibía en todo momento, le creó grandes enemistades al rey, pues en los principios de sus relaciones el país atravesaba una situación de miseria espantosa y resultaba una burla hacia el pueblo ver que su soberano derrochaba con una mujer cantidades exorbitantes.

MUERTE DE GABRIELA

El jueves santo, 8 de abril de 1599, hallándose en los últimos tiempos de un embarazo, fué víctima de un ataque que los historiadores han dado en llamar de apoplejía; al día siguiente dió a luz un niño muerto y, después de treinta y dos horas de convulsiones horribles, expiró. En aquel entonces se dejó suponer que había sido envenenada por el gran duque de Toscana, tío de María de Médicis, con quien se estaba tramitando la boda de Enrique IV. (Simondi-Histoire des français).

ENRIQUETA D-ENTRANGUES

Catalina Enriqueta de Balzac d-Entragues, marquesa de Verneuil, nació en París en 1579, y fué la sucesora de Gabriela en los amores de Enrique IV. Siendo el rey ya viejo, fué de visita al castillo de Males-Herbes, residencia del conde de Entragues, padre de Enriqueta, y con este motivo la conoció. Hacia dos meses que había muerto Gabriela y el soberano se enamoró perdidamente de Enriqueta. Esta era morena, talle de avispa, mirada dura e imperativa, labios delgados e irónicos; tiene poco de muchacha; madura por la intriga, cortesana por instinto, practica en su edad temprana el arte de excitar y provocar los deseos de los demás sin complacerlos. Su carácter, como su físico, son la antítesis de los de Gabriela d-Estrées, y sin duda por esto el «rey galán» se deja seducir por el contraste, y desde el primer momento enloquece por ella.

Enrique no puede perderla de vista; cuando va a París, la sigue, y al regresar

sar a Blois, regresa con ella; este viaje sus deseos lo dominan; se encuentra por casualidad la señora de La Chartre, acompañada sus dos hijas, y se detiene a decir a la más linda. Pero es una aventura pasajera; ya no es su voluntad y se apresura a recomendar a Enriqueta que, siguiendo su tendencia a ofrecer, pero nada consigue la resistencia de la hermosa, que corre a la llave suprema, y abre: el oro, y se establece un mundo en el que la señorita reparo en decir:

—¡Por lo menos, cien mil escudos de lo que el duque de Toscana como dote de su sobrina María Médicis.

Enrique, febril, se los pide, quien se los niega y tiene el valor de añadir:

—La conquista no vale tanto. El rey insiste y, poniéndose en no, exige de Sully la entrega de la cantidad; éste no encuentra remedio que obedecer.

Dándose cuenta Enriqueta de la gravedad de la situación, exige una promesa escrita de casamiento en caso de que dentro de un año el sucesor varón. El rey firma y se la entregó a Enriqueta, se la entregó a Sully, su gran consejero, quien, para no hacer pedazos, la hace pedazos. Pero ella se cierra en su habitación, la reforma y monta a caballo para ir a Enriqueta, junto con los cien escudos. Y la altiva dama, por sus propósitos, accede sin reparo a la boda. A los pocos días Enriqueta queda embarazada y, transcurridos siete meses, el soberano se encuentra en un estado de debilidad; ha firmado un compromiso con su amante, si el soberano casarse con su amante, por otra parte, y ha ultimado, por otra parte, la boda con María de Médicis.

La situación es grave, pero se resuelve súbitamente una tempestad alarma a Enriqueta de tal manera que se produce el aborto y da a luz un niño muerto.

PREPARATIVOS DE BODA CON MARIA DE MEDICIS

El rey debe acudir a Lyon, donde esperan los emisarios de María de Médicis para ultimar los preparativos de la boda y fijar la fecha de la boda. Se dirige a Lyon, pero se detiene en Moulins, donde pierde más de un día entre los brazos de Margarita de Bourdaisière, y, al llegar a su destino, escribe una carta a María de Médicis, entregándola a sus representantes, entre otras cosas, le dice:

—Espero verla cuanto antes, pero esta razón no soy más que una excusa para vuestra linda boca miles de veces.

Parecería estar enamorado, pero, bargo, escribe también a la marquesa de Verneuil, diciéndole que puede reunirse con él, cosa que ésta se niega a perder un minuto y se presenta donde el preboste de los condes, y otros funcionarios le da el permiso que darian a una soberana.

MARIA DE MEDICIS

Es de una hermosura castiza, boca chiquita y gruesa, ojos pequeños, nariz ancha y alta. Mucha dulzura en la expresión de su cara, cuyo color es dondeado, como el de todas las mujeres de su familia. Es una mujer que no tiene ningún parecido con su anteriormente han tenido en su vida de Enrique IV.

TIEMPO SE BURLA DE LOS METEOROLOGOS

Por el Dr. FRANK THONE

Desde las más remotas edades, el tiempo ha sido sinónimo de versatilidad. «Cambiante como el tiempo», «salvaje como el tiempo», «cierto como una lluvia de verano», son expresiones que reflejan el sentimiento popular de que todas las cosas del tiempo son caprichosas e impredecibles. En este último, la ciencia se ha desahogado. La Oficina Meteorológica de los Estados Unidos y las de otros países con sus centenares de miembros y sus miles de cooperadores voluntarios sostienen el estado del tiempo, al menos un cierto grado de exactitud. Hemos hecho chistes sobre los errores meteorológicos. Estos se deben a las frecuentes fallas de las predicciones. Aunque, como dicen los meteorólogos, no son ellos quienes fallan, a un lado, lo cierto es que en el medio siglo de existencia la Oficina Meteorológica de los Estados Unidos sostiene que el tiempo es predecible. Los éxitos presentes en los pronósticos no van más allá de las 36 horas.



participación, pero se realizan diligentes y constantes esfuerzos para hacerlos adelantados de 48 horas. El ideal, sin embargo, es realizarlos acertadamente dos semanas de anticipación.

significaría un beneficio traducido en millones de dólares anualmente. Los agricultores podrían realizar con eficiencia planes para las plantaciones y las cosechas; los comerciantes, para los su- permercados y la venta; los promotores de espectáculos y reuniones, sin las desagradables contingencias de un cambio atmosférico.

¿Hay alguna esperanza de satisfacer el anhelo de saber? ¿Será posible efectuar pronósticos sobre bases científicas, un pronóstico de muchos días de anticipación?

Hay numerosos meteorólogos calificados que se muestran escépticos en ese sentido. Frente a estos pesimistas hombres de ciencia, trabajan otros que confían en el éxito de sus investigaciones y experiencias. Algunos de ellos se han dedicado a esas tareas durante años, pero hasta hace muy poco tiempo no se concertaron los esfuerzos individuales en una gran obra común. En la comprensión de que sólo en esa forma resulta factible un resultado de éxito, dos organizaciones del gobierno de los Estados Unidos, la Oficina Meteorológica y la Unión Smithsonian, colaboran en esas investigaciones.

Todas las ideas y métodos sugeridos son analizados. Se espera que muchos —la mayoría— deberán ser descartados. Pero si uno de los métodos resulta válido, los esfuerzos demandados por su búsqueda hallarán la adecuada compensación.

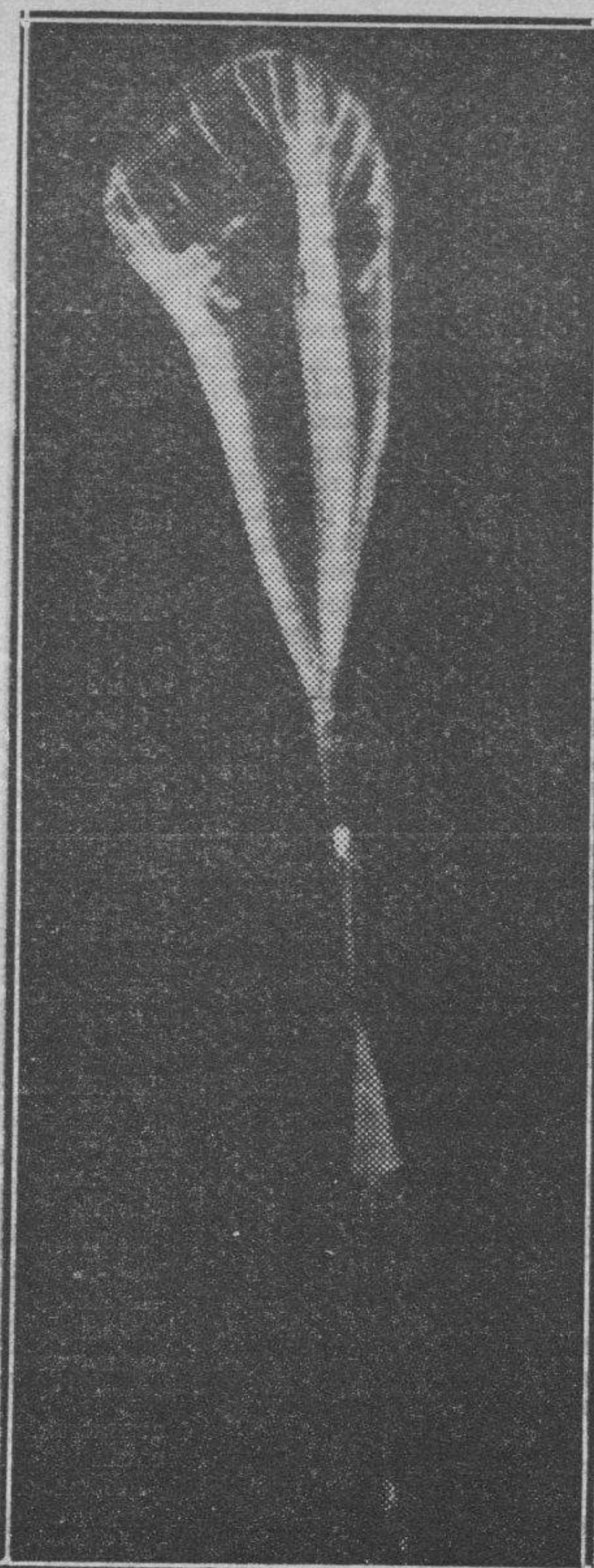
El hombre más interesado en estos asuntos es, posiblemente, Henry A. Wallace, secretario de Agricultura de los Estados Unidos. Agricultor él mismo, tiene una especial preocupación en conocer las condiciones atmosféricas. Hombre de ciencia, abriga la convicción de que las continuas indagaciones y experiencias conducirán a buen resultado.

Henry A. Wallace es eficaz y hábilmente secundado en sus trabajos por el jefe de la Oficina Meteorológica, Willis R. Gregg. Algunos de los colegas de Gregg emplean buena parte de su tiempo en el estudio de los factores que intervienen en el tiempo, y la organización ofrece facilidades para coordinar los distintos informes y extraer las consecuencias. Al mismo tiempo, el doctor Charles G. Abbot ha conseguido del Congreso un aporte de doscientos mil dólares, para continuar sus estudios relativos a las variaciones de la radiación solar y a su posible conexión con los cambios del tiempo en la tierra.

Este constituye uno de los siete aspectos del asunto, que se halla actualmente en exploración. Los otros seis son: Radiación ultravioleta, estudio de los ciclos del tiempo, correlación de los estudios del tiempo, correlación de las posiciones planetarias, correlación de las temperaturas de los océanos y estudio de las masas de aire.

El doctor Abbott cree que la atmósfera terrestre es mucho más sensible que nosotros mismos a las variaciones de la radiación solar. «Ciertos cambios de tiempo —dice— siguen regularmente a un aumento o disminución de la radiación solar.

Los instrumentos sensibles para medir



Este globo de celofán lleva hasta la estratosfera distintos y delicados instrumentos de registro.

las radiaciones se hallan colocados en las cimas de montañas desiertas. Durante tres años, la Institución Smithsonian ha tenido a su cargo tres observatorios de esa naturaleza: uno en el monte Table, en California; otro en Montezuma, en Chile, y el tercero en el Monte Santa Catalina, en el Sinaí. En uno de los picos cercanos a este último, tal vez en el mismo Monte Santa Catalina, Moisés recibió las Tablas de la Ley.

Los prolongados estudios efectuados por el doctor Abbott le han permitido establecer que los rayos ultravioleta invisibles varían con mayor intensidad que los visibles, pero aún no es conocido el grado en que estos cambios influyen en las condiciones atmosféricas.

Los estudios de los ciclos del tiempo, una de las series de las investigaciones de la Oficina Meteorológica, se hallan basados en la creencia de que el tiempo, como la historia, se repite.

Lo referente a la correlación de estudios se hace en base al hecho de que el tiempo no se produce en piezas separadas, como los mosaicos de un patio, sino en una permanente continuidad, como las pinceladas de un cuadro.

Ha sido asegurado, especialmente por los hombres de ciencia británicos establecidos en la India y Australia, que existen conexiones entre los estados climáticos de ambos países. Los miembros de la Oficina Meteorológica de los Estados Unidos realizan también proliferas investigaciones sobre el asunto, para lo cual disponen de una gran cantidad de datos.

Los planetas se hallan tan alejados de la Tierra, que una relación entre sus posiciones y el tiempo en el globo terráqueo parece a primera vista fantástica. Sin embargo, cuando Henry A. Wallace y su colega Larry Page realizaron hace algunos años un estudio estadístico, hallaron una aparente correlación entre el tiempo y la posición de los planetas mayores, especialmente de Júpiter. Cuando Júpiter, la Tierra y el Sol se hallan casi en una misma línea recta en el espacio, prevalecen ciertas condiciones; cuando Júpiter está en el lado opuesto del sol, el tiempo cambia fundamentalmente.

En las últimas semanas, el doctor Fernando Sanford, de Palo Alto, California, ha establecido que tres planetas, Mercurio, Venus y la Tierra, sufren la influencia de las manchas solares. El doctor Sanford sugiere que el efecto de repulsión de las manchas solares debe ser causado por descargas eléctricas en el Sol y los planetas.

Las correlaciones de las temperaturas oceánicas figuran también en los libros de estudio. Los trabajos de esta naturaleza fueron iniciados en los Estados Unidos por el señor George E. McEwen, de la Institución de Oceanografía Scripps, la cual ha realizado excelentes pronósticos en el sur de California, basándose en las temperaturas del océano Pacífico. La Oficina Meteorológica efectúa estudios de la misma índole en el Gulf Stream y en el mar Caribe.

La actividad final de la Oficina se refiere a las masas de aire. Para estudios de esta clase posee una estación en Fairbanks, Alaska, donde un avión asciende diariamente a grandes alturas, transportando bajo sus alas delicados instrumentos de registro.

De esta suerte, los hombres de ciencia tratan de encuadrar en normas la versatilidad del tiempo. Pero, indudablemente, la eficacia absoluta en tal sentido se producirá cuando se inventen medios para cumplir artificialmente las predicciones. Y, al paso en que anda el mundo, eso resultará, sin duda, factible.

presentada la boda civil por poderes, a Francia con toda pompa.

de Médicis, a su llegada a Lyon una carta del rey, en la que le

«Hoy, día 2 de diciembre, me pongo en camino, y espero estar a vuestro lado

II.

El día 13 aparece el soberano y entra a hacerse anunciar. María comprende la actitud de los presentes, que es el de levantar y se dirige a sus habitaciones, a donde la sigue Enrique.

Entrar en la cámara, quiere inclinarse ante el rey, quien se lo impide.

Abandónala y besándola. Media hora después el soberano se retira para cenar, y el conde de Nemours comparece, y en presencia de Enrique IV le dice:

«Señor, el rey está sin lecho, y ruega a su majestad que tenga a bien concederle hospitalidad.

ENRIQUE MANTIENE LAS DISTANCIAS

En un momento de abandono, Enrique IV anunció al rey la promesa de ser

presentada a la reina. Obligado a cumplir la palabra, Enrique, llegado el momento, hace la presentación en los siguientes términos:

—Esta señorita es mi amante, y desde hoy será una obediente y sumisa servidora de Su Majestad.

María de Médicis permanece erguida, mientras Enriqueta se inclina ligeramente ante ella, pero el rey, apoyándole la mano en la cabeza, la obliga a doblar la rodilla y casi rozar con sus labios el borde del vestido de la soberana. (Dépêches des ambassadeurs venitiens.—Bibliothèque Nationale).

MUERTE DE ENRIQUE IV

El 14 de mayo de 1610, un hombre envuelto en una capa y con un sombrero de largas alas sigue con paso de lobo al soberano. Este hombre es Francisco Ravalliac.

Sigue a Enrique en la misa, pero no puede aproximarse; espera en el puente del Louvre, pero tampoco tiene oportunidad. En esa época la calle de la Ferronerie era una de las más estrechas

de París. La carroza en la que iba el rey penetra en la calle en el momento en que dos carretas, una conduciendo heno y la otra vino cierran el camino. ¿Era casualidad? ¿Fue un complot premeditado? Mejor parecería esto último.

Ravalliac se desliza entre la carroza y la pared. No hay ni un espacio que le detenga. Enrique IV tiene puesto su brazo derecho por encima del hombro de d-Epernon, al que ha entregado un papel para que lo lea, teniendo, de esta forma, el cuerpo completamente descubierto.

El asesino se lanza, pone un pie en uno de los radios de la rueda, y para darse mayor ímpetu, agarra con la mano izquierda uno de los montantes de la carroza, mientras con la derecha apuña- la al rey.

Al primer golpe, Enrique exclama:

—Estoy herido, pero no es nada.

Apenas puede terminar la frase. Con la velocidad de un rayo, una segunda puñalada le atraviesa el pulmón. La sangre le sale a borbotones por la boca; junta las manos, levanta los ojos al cielo

y cae muerto entre los brazos de d-Epernon.

Todos pierden la cabeza, y Ravalliac permanece inmóvil con el puñal en la mano. D-Epernon se lo arranca. Saint Michel, un gentilhomme, desenvaina la espada para matarlo; d-Epernon se interpone.

¿FUE PREMEDITADO?

Se asegura que el asesinato fué premeditado en casa de Mlle. Tillet, querida de d-Epernon, y que éste y la marquesa de Verneuil fueron los que indujeron a Ravalliac para que cometiese el crimen.

Los motivos se fundan en que la marquesa pensaba casarse con el duque de Guisa, hacer de éste un regente, de su hijo un rey y de d-Epernon un condestable.

Enrique IV fué uno de los reyes más queridos por sus súbditos, y su gestión como soberano, tanto en la política interior como exterior, dió motivo a que con razón se le haya llamado «Grande», pero esto sería tan largo de detallar como conocido es de todos por la historia.

FUERA DE TODA LEY

Este es el quinto de una serie de interesantísimos episodios escritos por la afamada exploradora y novelista Rosita Forbes. En él describe uno de esos casos incomprensibles para nuestros humanos conocimientos. Un Buda legado a su amante inglés por una muerta nativa de las regiones asiáticas, emanaba durante la noche y en donde quiera que estuviera, el olor de la datura, la flor de muerte de las regiones del Este, con que lo había adornado una suicida cuando tomó su trágica determinación.

POR ROSITA FORBES

V

EL SECRETO DEL IDOLO

PARA mí Bangkok, la capital de Siam, es el lugar más bello del mundo. Por supuesto, el encanto se quiebra cuando una se aproxima lo suficiente para ver que las pagodas están hechas de pedacitos de cristales de colores. Por otra parte, cuando una pasa entre filas de pájaros gigantescos y dorados, bajo techos de los que cuelgan millares de campanas; cuando se observan los sacerdotes de sotanas amarillas leyendo sus breviarios junto a los minaretes llenos de joyas; cuando se ve la famosa esmeralda de Buda en su trono del templo de Jade, en medio de diosas de enormes proporciones, uno pierde la cabeza un poco y se pregunta si no es todo aquello un sueño, producto de las bebidas del país.

El mismo día que llegamos, acudimos al bazar chino, lleno de todas las especias concebibles. En mitad del gentío medio desnudo, tomó posesión de nosotros la fiera delicia del regateo, y apenas si nos dimos cuenta de que se nos había unido un amigable secretario de la Legación.

Eran cerca de las tres cuando aquella avidez por los cachivaches pintados, fué vencida por el hambre. El secretario, bien afeitado, pulcramente peinado y correcto en todos los detalles, nos invitó a almorzar en un restaurante chino. Comimos aletas de tiburón, hongos y huevos de pájaros que habían estado enterrados en el limo. El mantel parecía un campo de batalla después de que habíamos permanecido en él durante más de una hora. Y una triple alianza había sido cimentada también.

Después de eso viajamos por el país juntos, el secretario siempre immaculado en el gris pálido que combinaba con sus ojos, mi compañera (a quien llamaremos Angela) y yo, con blusas y faldos que, siento decirlo, a veces se separaban en la cintura.

Pasamos días en la selva, entre templos olvidados, y noches explorando los nidos de opio y las casas de juego de la ciudad maldita. Pero una noche el secretario y yo nos sentamos en el jardín de la Legación lleno de luz de luna, y él trató de hablarme a mí sola, en lugar de seguir una conversación general.

Me había dado cuenta de que detrás de su reserva, que no era natural, debía haber una historia interesante; pero no podía llegar hasta ella.

El secretario era bien parecido. Siam nos había embujado a todos. La escena era suficientemente espectacular como para justificar cualquier aventura, y yo me sentía lo bastante atraída como para ser consciente de la hora, el lugar y el hombre. Pero era imposible. Y no fuimos más allá de un mutuo sentimiento de frustración.

Al día siguiente Angela y yo partimos de Bangkok para la Conchinchina.

Nuestra partida no estuvo exenta de humor, porque nuestros amigos insistieron en obsequiarnos con los más curiosos regalos. Un comerciante quería darnos galones y más galones de agua filtrada, como precaución contra las enfermedades que nos acechaban en los bosques de Cambodia. La Legación francesa nos ofreció los servicios del simpático vicecónsul que nos entretuvo con la relación de sus humorísticos «affairs» del corazón, hasta que la partida del tren lo envió corriendo al andén.

En el último momento, el amigable secretario apareció también con algo envuelto en algodón rojo. Se trataba de un objeto grande y pesado.

—Creía que tendría que tenerlo toda mi vida—dijo el diplomático.—Pero quiero regalárselo a usted, que lo apreciará grandemente. Puede ser que algún día le dé una explicación acerca «de él».

—¿Quién es él?—inquirí.

El coolie, que había depositado su carga, reverentemente, mirando al Este, levantó entonces la cubierta y quedó a la vista un enorme Buda, sentado en un trono esmeralda.

No había tiempo para discutir, de manera que la imagen salió con nosotras a través del Asia y demoró considerablemente nuestro progreso, porque donde quiera que estábamos de prisa, nuestros coolies insistían en que habíamos de decirle sus rezos a su Alteza el Lord Buda.

—Se trata de un rollo de alfombra—le oía decir a Angela explicando en las aduanas lo que era aquello.

Pero antes de que retornáramos a la civilización, nos habíamos dado cuenta de que ocurría algo extraño con el Buda.

Ahora, para comprender el resto de esta historia, debe usted permitir que su imaginación corra. Olvídense del vapor y de la electricidad, de los policías y de la superioridad de la raza blanca. Todo eso sobra por los caminos asiáticos. Además, un aeroplano o un ascensor sería tan extraordinario en los bancos del río Siam, como son ordinarios los aparecidos y fantasmas.

Aquella extraña cosa comenzó en Pailiu, donde nos quedamos con el residente francés en una pequeña, blanca casa con una gran bandera republicana.

Se nos trató con hospitalidad gala y creo que hasta se nos dio la única cama que había en la casa. Pero pasamos una noche mala, porque Angela, quien había extendido el colchón y una almohada en el suelo, dejándome el bastidor y aun almohadón, tuvo una pesadilla en la que imaginó que se estaba ahogando.

Despertada por sus alaridos, me di cuenta de que había algo que me deprimía, algo que lo sentía en mi pecho como si fuera un gran peso.

—Qué olor más extraordinario—dijo Angela cuando se dió cuenta que estaba batallando con una frazada y no con un salvavidas.

Entonces me di cuenta también de que el aire estaba lleno del olor de datura, la flor de muerte del Este.

—Debe haber muchas de esas flores fuera—sugerí. El olor era tan fuerte que la cabeza nos vacilaba.

—No puedo resistirlo—dijo Angela dirigiéndose a la ventana.

Buda, en su trono, parecía mirar también hacia el jardín, pero aunque las estrellas brillaban, no pudimos distinguir ninguna planta que nos diera la impresión de ser la peligrosa flor del Este.

Durante el resto de la noche, dormimos a intermitencias. La última vez que me desperté, el olor había desaparecido y la luz del nuevo día luchaba por entrar por la ventana. Poco después, salimos al jardín. No había una sola datura a la vista, y nuestro anfitrión nos explicó, con alguna sorpresa, que esas flores no se daban en todo el distrito.

Mientras empacábamos nuestras cosas, nos decíamos a cada otra con alarma:

—Estábamos soñando.

Yo incluío añadió con firmeza:

—El olor era parte de tu pesadilla que de alguna manera me comunicaste a mí.

Angela se mostró de acuerdo.

Algunos días más tarde, surgió una tormenta mientras nos encontrábamos a



F-6

15 millas de la villa donde nos habíamos propuesto pernoctar; de manera que tuvimos que acampar en una vieja y medio desmoronada cabaña. Era una noche oscura y bastante fría. Como la lluvia continuaba cayendo con fuerza, determinamos que los caballos compartieran con nosotros el espacio de la cabaña, de manera que nos acostamos a dormir todos juntos.

En mitad de aquella noche molesta e inconfortable, una vez más me di cuenta del olor a datura. Surgía de nuevo, atontador, y parecía afectar a todos los seres vivientes a su alrededor. Emanaba del Buda, de manera misteriosa, y los coolies estaban aterrorizados, porque creían que era un signo de muerte. Cuando al día siguiente Angela y su caballo desaparecieron en un pantano, tuvimos que usar de toda clase de recursos para hacerlos acudir al rescate, pues temían el hado de la extraña flor.

Sin embargo, llegamos a la Costa del Pacífico, y una vez a bordo del correo imaginamos que el Buda se comportaría con más naturalidad, ya que por entonces estábamos convencidas de que de él surgía aquel perfume que nos robaba el sentido.

—Probablemente se trata de algo que tiene en la madera—dijo Angela examinando el trono esmeralda.—Tal vez el calor excesivo lo hace oler de ese modo.

Bajo la influencia de los deportes de cubierta, de los radiogramas y de un cinema portátil que llevaba alguien, nos volvimos muy modernas y excépticas. Y tras de cruzar América sin incidente, llegamos a sentirnos un poco avergonzadas de nuestra susceptibilidad.

Pero en medio del Atlántico volvimos a recibir el golpe. Al retornar a nuestro camarote, una noche ya tarde, encontramos a varios sirvientes caminando de

un lado para otro en el corredor, vistiendo unos polvos olorosos, y ellos dijo:

—No sé de dónde diablos viene el olor terrible.

Angela y yo nos miramos angustiadas, dándonos cuenta de que el olor se refería al camarero era el de la flor de muerte.

—o—

Por entonces yo tenía un apartamento en Curson Street. En él entré en un gabinete de laca y me senté hacia el Este. Al principio me sentí un poco adormecida cuando oía el dulce perfume, pero tras de algunas horas de experiencias, me fui acostumbrando a él y apenas si me acordaba de haberlo oído cuando regresé a retornar conmigo del teatro, expresamente.

—Dios mío, qué olor! Usted debe haberse con ese perfume!

El fenómeno sólo ocurría por las noches, y tras un año o dos pasó raramente que pensé que realmente era cosa de la madera.

—Se está yendo el olor—le dije a Angela.—El misterio desaparece.

Entonces, una noche, al retornar un «party», me encontré al amigable secretario sentado frente a mí. Estaba todavía superlativamente elegante y atildado, pero lucía atontado.

—No puedo
jarte ir—
—Eres parte
mi. Nos per
necemos
toda la vida

COMO LES GUSTA A LAS MUJERES ENGAÑARSE A SI MISMAS

POR KATHLEEN NORRIS



No hay ilusión mayor que la que una mujer se forja cuando vuelve a casarse para «dar a sus hijos un padre». Milagro será si no llegan a considerar a su madre como la mayor enemiga que han tenido en sus vidas.

No hay ilusión mayor que la que una mujer se forja cuando vuelve a casarse para «dar a sus hijos un padre». Se lo dice así a su madre, se lo dice a sus hijos, se lo dice a sí misma. A veces su madre lo cree; hay veces que hasta ella lo cree; pero los hijos no lo creen jamás. Ellos saben mejor.

Llega ese nuevo hombre en su vida, y si son pequeños, se les enseña que deben llamarlo papa. Y de cuando en cuando dicen cosas horribles acerca de su padre verdadero. Que bebía, que trataba mal a su encantadora mamá; que no pagaba sus cuentas, que todo el mundo le decía a ella que era una locura que siguiera con él. En una palabra que era «imposible».

No les parece así a los niños cuando pasan temporadas con él. Lo encuentran muy agradable y patéticamente interesado en agradarles. En todo caso les parece muchísimo mejor que el padrastro. Entretanto la madre está entregada al papel de recién casada que hace poderosos por agrandar al hombre de quien está enamorada. Cuando esta tarea está en conflicto con sus deberes de madre, son estos los que hay que sacrificar. Y si Pedrito se porta mal, suele decir «este va a ser de la misma mala madera que su padre». No puede perder a Benjamín su nuevo marido; primero porque le gusta y luego porque en los días de su distanciamiento con Pedro, su primer marido, sus amigas la alentaban a divorciarse y casarse con Benjamín con la secreta esperanza de que éste no se casara con ella después de todo. Ahora que se

ha casado y lleva dos años de vida con él, tiene que demostrar a sus «amistades» que puede retenerlo y ser feliz a pesar de su divorcio.

Los conflictos entre Pedrito y Benjamín arrecian. Ella los explica porque ella tenía muy consentido a Pedrito; precisamente por eso «se necesitaba un hombre en la casa». Benjamín y Pedrito se quieren fundamentalmente, asegura, pero el niño es mimado y Benjamín no ha tenido nunca antes niños en torno. Cuando su nuevo marido dice de Pedrito «este va a ser igual de terrible que su padre», ella no puede objetar porque ella misma proclamó a sus hijos el fracaso de su padre como jefe del hogar.

Finalmente Pedrito es enviado un colegio de interno. Y una noche que Julita está enferma, ha de quedar en manos de una enfermera, porque su madre no dejaría jamás a su marido ir solo al baile. Julita se siente entonces sola en la vida, sin madre, sin padre, sin hermano. Ahí tenemos ya a los dos niños con el corazón apretado por una secreta angustia, la vida desbarajustada a la edad en que más necesitan ambiente amable y acogida cordial. Nunca serán en verdad «jóvenes» y jamás tendrán confianza en nadie.

Así, pues, jóvenes divorciados, cásenles ustedes si quieren; pero no pretendan que ese acto es otra cosa que completo egoísmo. Ningún hombre ama a los hijos de otro a menos que ese esté muerto u olvidado. Yo conozco tres casos en que la madre «dió un padre a sus hijos», los

tres terminaron en tragedia y divorcio, dejando a la madre sin recursos y sola con sus hijos frente al mundo hostil. En otro caso, el niño trató de matar a su padrastro cuando éste le pegaba a su madre. El niño fué a una Casa Correccional y la madre quedó a merced del bruto de su segundo marido. Sé de otro caso igual en que dos niños entregados al cuidado de sirvientes bebedores perecieron en un incendio de la casa mientras la madre bailaba en un cabaret con el padrastro.

Todos cometemos errores; hay veces que el divorcio se hace necesario, no muchas. Cuando ocurre, madres, necesitan ustedes de toda su fuerza de voluntad para resistir a la tentación de dar otro padre a sus hijos. Creo que en noventa casos de cien la madre debe y puede resistir si ama de verdad a sus hijos. Si

no lo hace, pierda toda esperanza de felicidad para sus hijos; crecerán con el corazón duro, desengañados en la infancia, cínicos y amargados.

Y no hay tragedia mayor que esa en que los hijos se dan cuenta de que su madre ha sido el instrumento de que se sirvió el destino para tronchar sus vidas en flor. Milagro será si no llegan a considerar a su madre como la mayor enemiga que han tenido en sus vidas. Y para qué hablar del caso en que vengan hijos del segundo matrimonio. Los conflictos entre los del primero y segundo vienen precisamente cuando el padrastro ha dejado de ser el enamorado galán y muestra signos de seguir los pasos del primer marido. Entonces la tragedia es completa y sin remedio para la madre y para los hijos.

sin salud ni explicación de su presencia me preguntó:

—¿Por qué usa ese terrible perfume, y cómo lo puede soportar?

Yo estornudé violentamente, aunque no estaba segura de que estuviera oliendo algo. Sin embargo, no quería que él se diera cuenta de las cuitas por que me había hecho pasar el misterio. De manera que le respondí sin darle importancia a la cosa:

—¿Se refiere al olor de la datura? Viene del Buda.

—¿Dios mío! —dijo el hombre tornándose de repente joven, miserable y atemorizado. Marchó hacia el gabinete y dobló la cabeza en los brazos sobre él. —Creía que sería distinto en Inglaterra—dijo. —¿Pero le ha dado el olor a usted también?

—A menudo —le contesté. Y después de un período de silencio: —Cuénteme acerca del misterio.

La historia quedó interrumpida a veces debido a la emoción del hombre, pero aquí está una breve recopilación de ella, según me la dijo hace años en un pequeño y oscuro «sitting-room» del que colgaban lobelinos de dragones pintados.

El amigable secretario no había estado siempre en el servicio diplomático, en el cual tanto César como su mujer deben estar por encima de todo reproche. Previamente había tenido un puesto administrativo de poca importancia, que lo llevó a lo más intrincado de los bosques Burmeses. Allí se había enamorado de una muchacha pequeña y aceitunada, con quien se había casado según los ritos de los suyos. Desde entonces habían sido inseparables y se sentían muy felices.

Cuando se le incorporó al Consulado en Siam, llevó a la muchacha con él y la puso a vivir en una casa que parecía de muñecas, llena de cortinas y de flores encarnadas. Todavía eran dichosos, pero la ambición del hombre había sido despertada. Era el mejor lingüista del país y poseía también otras condiciones que lo hacían apto para una carrera brillante.

Y ocurrió lo inevitable: los superiores del secretario descubrieron el secreto de la casa de muñecas y le dijeron a su propietario que debía abandonar a la linda nativa o dimitir del servicio. Los oficiales se mostraban paternales, pero

también decididos. Los conocimientos locales del secretario, por otra parte, lo hacían ideal para el puesto, de manera que repitieron una y otra vez:

—Retorne la muchacha a los suyos. Después de todo es lo más natural.

El hombre rehusó en principio, pero se le dió una quincena para que tomara una determinación. Entonces llevó a la muchacha al interior y acampados junto a un río rodeado de bosques llenos de olores y de sonidos, le confió su dilema.

—No puedo dejarte ir—le dijo. —Eres parte de mí. Nos pertenecemos para toda la vida.

Ella lo escuchó en silencio.

—Pero tal vez puedas retornar a tu villa por un poco de tiempo—le sugirió el hombre; y su miseria se debió hacer aparente, porque la ambición ya había hecho presa en él.

—Justamente por un poco de tiempo. La prueba no afectará nuestro amor.

La muchacha seguía sin decir nada. Lucía como una pequeña estatua arrodillada ante el Buda, que era su posesión más preciada y que la había acompañado a donde quiera que había ido.

El la tomó en sus brazos para confortarla...

Tal vez aquella noche ella permaneció arrodillada ante la imagen más tiempo que de costumbre; pero cuando al fin, con la fidelidad de un animal se acostó en el colchón a su lado, el hombre creyó que todo iba perfectamente.

Muy temprano el secretario fué despertado por aquel fuerte e inconfundible olor a datura. Sorprendido miró alrededor de la tienda de campaña. Estaba vacía. Y el trono escarlata del Buda había sido coronado con flores de muerte. Buscaron a la muchacha y ya cerca de la noche encontraron su cuerpo flotando en el río. Apretado, en una mano, tenía un objeto que el hombre le había dado años atrás, cuando celebraron su boda en otro bosque.

—Eso es todo—dijo el amigable secretario.

Le había tomado una hora el hacer la relación de su historia, y a mí, mientras miraba a la chimenea, me parecía ver una figura pequeña y aceitunada arrodillada frente al Buda. Pero aquello, por supuesto, era obra de mi imaginación.

CARTAS DE BUENOS AIRES

INTIMIDADES GENEROSAS DE LOS ENTREVISTADOS LO QUE ME DIJERON Y LO QUE NO ME DIJERON

POR MANUEL GARCIA HERNANDEZ

Especial para el DIARIO DE LA MARINA

TODOS sabemos que de nuestros entrevistados siempre reservamos «algo», que muchas veces es un pedido piadoso, que el mismo nos hace, y otras, una espontánea iniciativa del que recoge sus palabras a fin de quitarle los rasgos inconvenientes.

Casi no hay un diplomático, que después de ser entrevistado por un periodista, no diga a cada rato:

«Pero esto es exclusivamente para usted». «No vaya a publicar esto que acabo de decirle».

Nuestros entrevistados se nos presentan así, con el «attrezzo», de su papel teatral. Cuando se deslizan frases incisivas, que ha pronunciado en el calor de la entrevista, las que luego publicadas ofrecen indeseable verdad, surgen las rectificaciones. En tal caso, el que quiere rectificar se modifica así mismo. Hay en todo el periodismo una especie de «podadera», para algunos que llenen sus jardines de yuyos y mangas de regar para otros que tardan en dar flores y que están invadidos por cardos espinosos o sordo de Aleppo...

Cualquier periodista teatral, se habrá visto en el trance misericordioso de la artista que le dice:

«Diga usted por mí lo que quiera»...

Los artistas, lo que es natural, están habituados al apuntador, y no saben hablar si alguien no los convierte en personajes de comedia. Es la tarea del fabulista, casi siempre, aunque se distinguen en que éste pone palabras en la garganta de los irracionales, y el cronista en la voz de los confiados interlocutores.

Pero lo interesante de las entrevistas, es aquello que «no» se dice por fortuitas circunstancias, o lo que se ha suprimido por idénticas razones o ha testado el equilibrista editor. El estrado diplomático, que apenas empezamos a asestarlo con preguntas, que a él le parecen escabrosas, y al periodista de una ingenuidad conventual, nos dice azorado:

«¿No sería lo mismo que se las contestara por escrito?»

Así entonces podrá viajar como uno de esos deslizadores a flor de agua, sin que la débil nave logre ir más allá de la superficie...

En una importante revista metropolitana, tuve una vez una sección fija, que duró bastante tiempo, que se titulaba así: «Aquí habla la gente de teatro y dice por semana lo que quiera». Está en la colección de «Atlántida», lo que no dijeron la mayor parte de los artistas, y que me lo confiaban a mí con la socorrida invitación:

«Diga usted por mí lo que quiera...»

Otros decían algo más de lo que debían. Yo recogía todo lo que me contaban y no me decían, dándole únicamente las formas periodísticas exigidas por la dirección de aquel popular semanario.

Un autor teatral me hizo unas declaraciones que luego quiso desmentir desde las columnas del diario «Crítica», porque lo que dije «no» lo quiso decir. Estábamos con el noble autor recientemente fallecido, don Alberto Novión, y al que cité como testigo en mi réplica energética en el mismo diario.

En esa publicación teatral escuché de los labios de los artistas palabras de las más variadas tintas. Algunos me decían: «yo creo en la existencia vigorosa y triun-

fante del teatro argentino»; y otros «el teatro argentino no existe».

Claudio Martínez Paiva, me dijo: «De todo ese público que hoy aplaude las revistas y los sainetes, sale constantemente el espectador hastiado, que busca en la emoción del verdadero teatro el estado de tranquilidad que necesita su espíritu».

Julio Sánchez Gardel: «A pesar de los defectos de improvisación, en lo que se refiere a los elencos contruados para hacer giras artísticas por países extranjeros, creo que hacen una obra de argentinitud».

Alberto Vacarezza: «Yo me sonrío cuando nuestros profundos literatos acusan a nuestro teatro de no tener observación. ¿A qué llamarán observación? ¿Acaso a esa tirada ininteligibles para el público, o a esa develación de una tesis ambigua y oscura? No, señores literatos profundos: el teatro es sinceridad, espontaneidad, es eso que ustedes no entienden: sencillez». Otro artista, Faust Rocha, me dijo una verdad fisiológica: «Opino que el teatro para ser verdadero, para hacer arte en él, deberíamos prescindir del sueldo. El artista, para ser artista, no debería tener estómago, como dijo Benavente». El doctor Carlos S. Damel: «Nuestro teatro se desprestigia porque tenemos demasiado primeros actores malos, porque no hay ninguna primera actriz, interpretando comedias, y si muchas haciendo de maniquies». Y así todos hablaron: Antonio D. Podestá, Camila Quiroga, Enrique Borrás, Blanca Podestá, José González Castillo, Miguel Mastronianni Parravicini, Casaux, Saldías, García Velloso, Carlos Goicochea, María Luisa Notar, Olinda Bozán, Pearina Delessi, Matilde Rivera, Enrique de Rosas, y todos, todos, hablaron o los hice hablar, unos diciendo lo que sentían y otros escondiendo sus verdaderos deseos de despojarse del traje de la «attrezeria», para recuperarse como verdaderas figuras humanas.

Paseábamos una noche con el doctor Ingenieros. Aquel hombre era de una jovialidad exquisita, de una juventud espiritual admirable. Europa y América, le habían consagrado los más justos elogios a su labor científica. América tenía en Ingenieros, una verdadera fuerza fisiológica. El viejo mundo tuvo que distraerse más de una vez con el poderoso cerebro del psiquiatra, con el brillante filósofo, con el erudito escritor que había en el gran maestro.

Había regresado de un viaje por Europa y México. Escribía admirables artículos en un importante diario porteño, y la dirección, por esas cobardías propias de esas empresas, le quiso fijar normas a Ingenieros.

Este me dijo, deteniéndose en la Avenida de Mayo:

«No permitiré que ninguno me modifique lo que debo escribir. No colaboraré más con ese diario...»

Y así fué.

Raquel Sáenz, una linda criatura, tan linda como el mejor de sus versos, no desentona con su libro «La almohada de los sueños».

Le digo:

«¿Usted debe ser muy dormilona!»

«¿Cómo lo sabe?»—me contesta la madre.

«Por eso de «La almohada de los sueños...»

«Pues adiviné—me dice la poetisa—; Pues es lo mejor que se hacer!»

Le digo a Juan de Dios Filiberto:

«¿Usted cree amigo Feliberto que el tango debe ser triste?»

«No puede ser de otra manera—me contesta—Nuestro ambiente, ya lo conoce usted, es de una tristeza recóndita. Nuestros suburbios, nuestros barrios, están devorados por una tristeza que no se puede disimular. Y si nuestros tangos analizan esa vida, ¿pueden ser de otra manera? Yo me alejo del tango milonguero, que lleva en sí un elemento de corrupción, y sólo sirve para agitar las amarguras de nuestros cabarets. No podemos negar los argentinos que somos sentimentales, y eso es lo que lleva al tango».

Le pregunto a Gómez Carrillo:

«Usted, que ha recorrido tantas ciudades, que se ha perdido por tantos caminos del mundo, ¿conserva alguna impresión fuerte, algo que no podría olvidar?»

«La pregunta que le hago no le inmuta. Se pasa la mano derecha por su melena blanca, y me responde:

«Sí, cuando naufragamos cerca de Colombia. Iba en el vapor el poeta José Asunción Silva. Fuimos de los poco sobrevivientes, pero al poeta le costó quedarse loco, lo que, sin duda alguna, determinó más tarde su lamentable suicidio».

Este público, que no sabe perder su buen humor, había dicho el doctor Leopoldo Longhi:

«Pero doctor ¿cómo es posible que lleve usted a Colón a las «orgiastas»? Eso no qued. bien para nuestro primer coliseo. Va a convertir nuestra primera sala de espectáculos líricos, en un escenario de bataclán... Esas «orgiastas» no están bien doctor...»

Y el doctor Longhi, que también sabe reír, no ha querido de más explicar que las «orgiastas» son las devotas de una religión.

Las «bacantes» trajeron otro lío poco helénico. Confundían «vacantes» palabra que suena mucho en los oídos presupuestivos, con las «bacantes» de la famosa tragedia griega.

«Creo que haré teatro—me dice Alfonsina Storni.—Acción. más arte. sin que la una destruya al otro. Espero que mi obra, en la que he puesto algo más que el alma, defina qué cosa debe ser el teatro».

Yo, que la escucho, no me inmuta. Esta mujer llegará al teatro para pedirle al tinglado, la emoción que es necesaria para hacerla transmitir al público. En esa obra, la mujer que escribe, es acaso la mujer que ama.

Don Joaquín de Vedia, me dice con malhumor, casi negándose a ser reporteador:

«Estoy cansado y harto de esa mentira que se llama «Joaquín de Vedia», y no quiero colaborar con ella. Yo no puedo asentir a la creación de una reputación cuya insustancialidad me consta muy personal y eficazmente. No digo, pues, nada. No quiero saber nada con reportajes ni con reporteros. Nada con periodistas. Mi único ideal es fundar un periódico contra el periodismo. Si usted me promete no hablar ni una sola palabra ni de teatro ni de periódicos, me comprometo a conversar largo y tendido».

Está demás decir que el reportaje salió, y que don Joaquín de Vedia, me estrechó la mano y me dijo:

«No sé si echarlo a rodar por las escaleras o abrazarlo»



Don Arturo Alessandri, Presidente de la República de Chile.



Alfonsina Storni.

«Por lo pronto, don Joaquín—le digo—convideme con café, y después me tira a la calle...»

No me tiró a la calle, me habló de todo con ese acento incisivo y sabroso, fuimos amigos...

Después de haber cenado en un restaurant céntrico, con el gran violinista gallego, Manolo Quiroga, pidió un piz al mozo, y en el menú me hizo una caricatura. Luego fuimos al cine Florida. Apenas entramos a la sala, noto que Quiroga se siente contrariado y le pregunto:

«¿Se siente mal?»

«No—me contesta».

Pero sigo notando que a pesar de su negativa, algo le ocurre. En un instante lo noto nuevamente que hacen un mohín de desagrado, y entonces le digo más persuasivamente:

«Si se siente mal, será mejor que salgamos...»

«Sí,—me contesta con desgano—Yo no puedo soportar a ese asesino que toca el órgano. ¿No ve usted cómo rompe las notas...?»

Salimos a la calle. Hace un gesto como de poder respirar así mejor.

No le quise decir que se trata del mejor violinista que tiene el país...

Le pregunto al maestro Tulio Serafini director del teatro Colón:

«Maestro, ¿no ha escrito ninguna obra?»

«No, no he tenido tiempo. Hubiera hecho dos cosas malas, y por eso he preferido dirigir siempre».

«¿Y si usted llegara a componer algún día, qué tendencia o escuela habría de seguir?»

«Nada más que la de la sinceridad, el sentimiento. Cuando un arte es...»

pero, es casi seguro que está cerca del triunfo...

El doctor Tulio M. Cestero, ministro de Santo Domingo, a una pregunta que le hago, me responde:

—Estamos en plena agitación de escuelas y tendencias. Este movimiento es común hoy en toda la América. Nuestra juventud lucha y se afana por aumentar el prestigio de las letras dominicanas. Ya tenemos pruebas evidentes de nuestro progreso intelectual. También estamos haciendo mucho por la instrucción pública.

—¿Por qué no dice algo de usted? El público querrá saber lo que hace usted como escritor...

—Puede decir que nunca he hecho versos... No porque no me agraden. Es que nunca he podido hacerlos. Hace años que empecé a escribir mi «César Borja».

Si alguna vez me hubiera prevenido de la sordera de Manuel Gálvez, posiblemente no hubiera intentado entrevistarlo. Es de una de esas sorderas insistentes, que hay que gritar al oído, accionando y hasta haciendo señas. Pero Gálvez se complace en disminuir su a tonía hablando por él y por los que le escuchan.

Con razón me dijo después Hugo Wats: —Gálvez siempre tiene la razón. Cuando no quiere escuchar lo que no le conviene, saca la trompetilla, y habla, habla sin cesar...

A una pregunta que le hago al doctor Sargana, entonces ministro de Instrucción Pública, me dice:

—Tratamos de apoyar toda idea que entrañe cultura pública. Hemos creado el Conservatorio Nacional. Un famoso crítico musical italiano me escribía una carta, aconsejándome el tipo de conservatorio que necesitábamos, y tuvimos que señalarle que ese era el que ya habíamos implantado. La adquisición del teatro Cervantes para la Comedia Argentina, apoya a las claras tendencias del Poder Ejecutivo de amparar toda idea de cultura. Es que tenemos en el presidente Alvear, un verdadero artista, de vasta cultura intelectual, que no deja de concurrir a las diversas exposiciones de arte, y que sabe premiar los esfuerzos de los artistas. En música, en pintura, en escultura, en literatura, ya tenemos figura definida y el movimiento de la juventud es sencillamente maravilloso...

—En pintura—le observo—tienen un Quinquela Martín.

Apoyando mis palabras, me contesta:

—En cultura poseemos un Riganelli, que es todo un carácter, como lo es Quinquela Martín.

Néstor Carbonell, es ya para mí, un viejo amigo, y en su mano cálida y en su espíritu proverbialmente abierto, encuentro al viajero que saludara cuatro años antes.

—Ya había preguntado por usted—me dice animadamente y con esa gentileza propia de él—Quería saludarle...

—Yo le agradezco su gentileza.

El entonces ministro de Cuba, me conduce a una sala donde charlaba con sus amigos. Uno es el doctor Vilaró, y el otro, el escritor Julio Llanos.

Después de mi presentación, así se anima la charla.

El doctor Carbonell evoca recuerdos de Cuba. Recuerda insensiblemente su recuerdo de la primera vez que estuvo en Buenos Aires, y me dice:

—¿Recuerda, que en aquella ocasión estábamos con el doctor Ingenieros? No se imagina usted la pena que me causó la muerte de aquel grande hombre, grande en el pensamiento y en la vida. Ingenieros, era una fuerza poderosa. Pero en los últimos años, al vivir amargado, se recluyó en sí mismo.

—El doctor Ingenieros—dice el escritor Llanos—era uno de esos espíritus que parecen prever que han de vivir muy poco, y se apuran para aprovechar de la vida, todas las cosas y de los implusos de todas las sensaciones. El doctor Ingenieros llevó una vida desahogada, inquieta, bebiendo en todas las fuentes que podía, para apagar su enorme sed incalculable...

Don José López Silva, me dice, mien-

tras estamos de codos en una mesa de un café de la Avenida de Mayo:

—Cuando estrené «La Revoltosa» estaba el maestro Saint Saens en el teatro y dijo: «España no sabe lo que tiene con el maestro Chapí. Es un gran músico que conoce el alma de su pueblo... «Era cierto. El maestro Chapí era un hombre «aparte», como Benavente en literatura. Con las obras que el público le rechazó, cualquier músico podría tener hoy la gloria y la fortuna...

Chapí era un hombre de vastísima cultura. Supo vivir como un pachá y murió debiendo treinta mil duros, después de haber ganado el dinero a montones... Su gran fecundidad le hizo atraerse el odio y el encono de Bretón. Este tuvo sesenta obras todas gritadas por el público.

Hay una frase muy sugerente del maestro Chapí refiriéndose al maestro Bretón.

Una noche dijo: «El autor que menos se ha equivocado es Bretón: no se ha equivocado sino la vez que estrenó «La verbena de la Paloma»...

Habló tanto del maestro Chapí porque su vida estuvo ligada a la mía durante muchos años. Viajamos juntos cerca de siete años, estrenando nuestras obras por toda España. Recuerdo perfectamente que en una temporada en que nada le escribiera yo, me dijo un día: «Me voy a Fuenterrabía a veranear y quisiera llevar algo tuyo». Al poco tiempo le envié el primer cuadro de una zarzuela y me escribió:

«Es precioso. Mándame el resto».

Transcurren cinco meses sin tener contestación de mi nuevo envío. Hasta que un día se me aparece un muchacho con un rollo en la mano. El maestro Chapí me decía en una carta: «Te devuelvo el libreto. No quiero que vayamos juntos al fracaso: «Fué la primera vez que lloré...

De nada valían los cien mil duros que había ganado conmigo. Lo que más amargó al maestro, fué que al poco tiempo, aquella obra con música de Quinto Valverde, tenía los más ruidosos y sonoros triunfos... Aquella obra que había rechazado el maestro Chapí, era: «Sangre moza...»

Le pregunto a don Jacinto Benavente, mientras sale de su boca el humo del cigarro:

—¿Qué opinión tiene formada del teatro argentino?

—Si es para el diario, diga que es regular, y si para usted, que es mala. Aunque no me importa que usted lo diga...

—¿Qué autores nacionales le parecen mejores?

—Martínez Cuitiño, y el teatro poético de Belisario Roldán.

—¿Y los actores argentinos?

—Son buenos en general.

—¿Qué concepto le merece la cultura en general?

—Esto está mercantilizado. No se piensa sino en el auto y en el dinero. Es de notar que la primera vez que estuve aquí, había más cultura que ahora. Desde que se pagan los trabajos literarios, esto está mercantilizado y empobrecido intelectualmente.

—¿Existe la crítica teatral?

—No, de ninguna manera. Los críticos son gacetilleros y malos. Cometan errores elementales y hasta materiales, cuánto más de concepto. A eso se debe el poder de incultura que se ha desarrollado en el teatro argentino.

—¿Por qué en la noche del debut de su compañía, se mostró usted tan desalentado?

—Pues por las intrigas que desde España han urdido los esposos Guerrero-Mendoza, para hacer fracasar mi compañía. Se han combinado con el empresario Da Rosa, primero, para no darme teatro adecuado, y segundo, para intensificar una propaganda mal intencionada.

A los pocos días tuve que hablar con doña María Guerrero. La notable artista, blanca en canas, tejía en su camerita del teatro Cervantes.

—Hola doña María. ¡Siempre guapa!

—No. Diga; siempre resistiéndome a envejecer...!

—¿Es cierto eso de las intrigas que habla don Jacinto?



Juana de Ibarbourou, en el retiro de su blanca y riente casita.

—A Benavente, se le puede toterar todo. ¡Es tan grande!

Así me desarmó la gloriosa abuela del teatro español. Yo quería como cronista, seguir el escándalo que armó la «interview» con don Jacinto, el autor de «Los intereses creados».

Doña María Guerrero, supo anular en mí, el deseo de seguir el «Affaire», mientras los estambres de su cabellera se confundían con la lana que iba pasando por entre sus manos altamente gloriosas.

Acaba de llegar a Buenos Aires, el vigoroso pintor español Julio Romero de Torres. Venía con su hermano Enrique, delegado regio de Bellas Artes de Córdoba, y director del museo de pintura de dicha ciudad.

—¿Y usted es corresponsal del DIARIO DE LA MARINA de la Habana, que ha hecho hablar a Benavente cosas que han repudiado los diarios argentinos y españoles?—me preguntó entre sonriente y malicioso—

—Mire—le arguyo yo, casi desconcertado por la entrada que me hacía—yo no tengo la culpa de que el señor Benavente me haya hecho esas declaraciones acerca del teatro y la cultura argentina. Yo no soy nada más que un trasmisor de lo que se me ha revelado...

En eso llega Julio.

Antes de que me sea presentado, le examino de un vistazo. Es un hombre joven, de rostro simpático, de ademán decidido, franco en el mirar.

—Julio—le dice el hermano Enrique, sonriendo siempre con malicia, el señor es el corresponsal del DIARIO DE LA MARINA, el que ha tirado de la lengua a don Jacinto...

—Pero hombre—me dice el pintor andaluz, con su acento musical, mientras me aprieta la mano—por qué le hizo usted esas «preguntitas» a Benavente?

Hace rato que la esperaba, pues usted no estaba en el hotel—le digo a Maréa Barriento—Habrás ido a pasear ¿verdad?

—No—me dice tosiendo y llevándose muy coquetamente un pañuelo perfumado a la boca—. He tenido que ir al especialista. He pescado un resfriado muy molesto. Aunque no me duele la garganta, tengo que toser...

—¿Nervios?

—Así dice también el médico. Tengo que posponer mi debut... Pero creo que el mal sea pasajero. Nunca he tenido que suspender una función por un catarro...

Así dice la famosa cantante. Pero yo pienso que los años razonan de otra manera...

Mientras se realizaba el «vernissage» de la exposición de Ramón de Zubiaurre, somos muy pocos los que estamos en la sala Witcomb. El presidente Al-

vear se sirve de Bagaría, que era también de los invitados, para ir comentando las obras vascas de la magnífica exposición. Una vez terminado el examen, le dice Bagaría al doctor Alvear:

—Presidente ¿irá usted a mi exposición?

—No faltaba más! —le contesta Alvear—. Lo que sí, avíseme con tiempo. Los mandatarios debemos estar bien con los caricaturistas. Es una medida de buen gobierno...

Le pregunto a Julio F. Escobar:

—¿Por qué se inclina hoy el público a la revista?

—Yo creo que es un arte inferior en el cual se pueden hacer cosas agradables a la vista y al oído. Pero tiene la rara particularidad de que los autores no la hacen. Los verdaderos autores son: los maquinistas, la modista, el decorador y las pantorrillas de las coristas. El autor es el que pone menos propio y el único que cobra mucho dinero... Estos son industriales del teatro. El autor es para mí, el que trabaja con su cerebro y tinta, exclusivamente.

Una vez fui a visitar a don Clemente Onelli. Al sentirme dialogar con el portero de la administración del Zoo, asomó su cabeza y me miró a través de sus anteojos de gruesos cristales.

Al salir, me dijo:

—¿En qué puedo serle útil?

—En lo siguiente: un marino me asegura que debe decirse «Penguin» y yo sostengo que es «Pinguino». Y, como sé que usted es una verdadera autoridad en este debate, le suplico, señor Onelli, que me saque de dudas...

El famoso humorista, mirándome con sorpresa, me dijo:

—Vea; yo no sé si es «Penguin» o «Pinguino»; pero lo cierto es que más de una vez he tenido que comer huevos de este lindo animalito...

Una señora que está cerca de mí, dice, desilusionada:

Y para eso se nos hablaba tanto del Maharajá de Kapurtala!

Mejor es que se hubiera quedado!

Qué hacemos con un señor burgués que llega sin elefantes!

La gente curiosa que fué a recibirle se quedó boquiabierta al ver pasar a un señor sonriente y extraño. Nada de orientalismo exótico. Nada de elefantes blancos, ni de bayaderas. Un viajero cualquiera, de esos aburridos que toman un transatlántico y se deciden a recorrer el mundo, llevando en sus almas tristes, las tristezas de todos los caminos...

El esposo de la bailarina Anita Delgado, la artista del «Kursaal», ha traído su esplin de gran señor, dueño de una cuantiosa fortuna que no alcanza, sin embargo, para dar muerte al ocio secreto que consume su corazón de opulento nabab...

Lo tenemos a Einstein entre nosotros. Está a disposición de los periodistas. Un cronista diablo le pregunta:

—Maestro ¿usted está convencido de que los profesores de Buenos Aires le han entendido su teoría?

—Sí, estoy más que convencido. Me he encontrado con un ambiente de verdadera ciencia en esta ciudad magnífica. Hay organización en los estudios y los hombres se preocupan de aprender. Los profesores argentinos tienen una verdadera ductilidad para entender las cosas. Se puede decir que aquí he venido a discutir mi teoría. En todos los países me he encontrado con un grupo de hombres de ciencia que estaban al tanto de la teoría de la relatividad.

(Yo no quise decir que he visto a muchos profesores cabeceando, mientras Einstein, con la tiza en la mano, trazaba sobre el pizarrón ecuaciones inspiradas en el más allá).

—Nunca han dormido mejor los profesores en clases como esta vez —me dice al oído un redactor parlamentario—. Yo he visto quedarse dormido a un profesor que en clase es una ardilla...

No se puede negar que la teoría sirve para evitar los alcaloides!...

—Que hable Soussens! ¡Que hable Soussens!

—Antes de nada quiero beber cham-

pagne, que para eso he venido —dijo displicentemente— quien ya venía bajo el poder de la bebida.

Varias manos le alargaron sendas copas, y entonces el poeta dejó oír una charla salpicada de un humorismo vivaz y muy fino, con verdadero «sprit», de hombre de mundo, parándose arriba de una mesa, dijo el poeta:

—Viva Soussens y viva el champagne!...

Cierta vez que Soussens encontró a Lugones en la sala de redacción de «La Nación», le dijo en voz alta:

—¿Cuál es tu último cambio de opinión, Lugones?

El cantor de la espada, por un snobismo de pésima cursilería literaria, no se lo perdonó a Soussens.

Y a propósito de Lugones. Una revista popular porteña, «Atlántida», me había encargado un reportaje a este poeta con motivo del viaje que iba a emprender a Ginebra a la Liga de las Naciones. Jamás desde que entrevisto a hombres de toda estirpe he encontrado una mayor pedantería que en Lugones. Nada de lo que le preguntaba lo firmaba. Alternaba mi charla con una dama que en esos momentos estaba separada de nosotros en menesteres domésticos y la pedantería rayaba en su boca, pues el atrida le hablaba en francés...

En esos días había llegado a Buenos Aires el discutido escritor Vargas Vila, después de haber declarado en Barcelona, antes de embarcarse para esta capital a los corresponsales de «La Prensa» y «La Nación», lo siguiente:

—Pueden ustedes decir que seré el único escritor que no visitaré las redacciones de esos dos diarios. No los necesito: los puedo dar dinero y fama...

Entré en conversación con Lugones y le dije que estaba en Buenos Aires Vargas Vila. No era imposible ignorarlo, desde que todos los diarios, aún a los cuales les había decretado el vacío, se habían ocupado de él. Más aún, el diario «Crítica», con esa inquietud tan propia de ella, hizo una encuesta entre los escritores a cerca del valor de la obra del popular escritor colombiano.

Lugones, siempre con esos aires de suficiencia, me dijo asombrado:

—No me he enterado de que estuviera en Buenos Aires...

A los pocos días fui a entrevistar al autor de «Ibis», y, naturalmente, le referí la pequeñez de Lugones. Vargas Vila, con aquella su forma incisiva, me dijo:

—Dígale a ese mediocre que si yo quisiera lo haría célebre en París con una simple plumada mía...

Tatiana Pavlova, la artista rusa con alma italiana, desarrolla su labor al mismo tiempo que la compañía de Pirandello.

Frente a ella, tengo tiempo para mirar sus ojos que sugestionan y que ya tienen más de una leyenda y en donde vibra el temperamento de su alma esclava.

Es cierto que usted empezó en Italia a trabajar por primera vez en el teatro?

Para contestar a esta pregunta ha tomado el espejo de su «toilette», y se ha mirado la cara, especialmente los labios que no exceden de «rouge».

—¿Es usted muy femenina, verdad?

—Sí, yo me siento muy mujer... Aborrezco el sports. Contestando su pregunta —agrega, mientras hace un gesto con sus carnosos labios—. A los dieciséis años debuté en Rusia en mi carácter de dama joven de una compañía. He trabajado en el teatro dramático de Moscú.

—¿Qué teatro le agrada más?

—El alemán. Es fuerte, pasional, energético. Entre los autores, prefiero a Kaiser y Toller. También me gusta mucho Strindberg.

—Y en el teatro italiano ¿qué autor prefiere?

—Piermaria Rosso di San Secondo. Es muy superior a Pirandello, pues es universal y su obra la ven muchos públicos. Pirandello, más reservado y con menos personalidad, tiene que hacer vivir sus obras en su propia compañía...

—¿Ha hablado usted con D'Annunzio?

—Es un hombre interesante y conquistador de voluntades.

A los pocos días tuve que entrevistar a Pirandello. En el curso de la conversación le impuse al autor de los «Sei personaggi in cerca d'autore», de las opiniones de Tatiana Pavlova.

—No le haga caso —me dijo—. Es una... (Y dijo esa frase tan italiana que no puedo repetir por temor a la policía...)

Pirandello es autor de «Pirandello». Cuando le pregunto a dónde le puedo escribir cuando regrese a Italia, me contesta:

—Mi villa en Roma está en la calle Piemonte 147.

Pero luego, como buscando dentro de sí la respuesta y de sacarla de un caricia sensual a su barba de monje, me agrega:

—En Roma le he dicho!... ¡Pero cómo le digo en Roma! Si mi casa está en el mundo, en el que me muevo como un personaje que no tiene rumbo! Mi pobre mujer está loca! ¡Ya ve qué casa puedo tener! Tengo tres hijos...

El hombre se queda callado. Ha descubierto el secreto de sus dramas. Así es como llego a creer que Pirandello no es el mismo Pirandello que bajo un retrato de Bernard Shaw ha recibido gentilmente al cronista.

—La música autóctona —me dice Ana S. de Cabrera— creo que puede, muy bien, salvar algo el pasado de nuestros pueblos. Nada puede pintar más la vida indígena de América que ésta música que parece un largo sollozo primitivo... Es como el balbuceo de una raza que no sabe expresar de otra manera sus puros sentimientos.

La música, en tal sentido, es una fuerza racial que va hasta el fondo de la vida de cada país. Se dice que nuestra América es triste y monótona y no puede ser de otra manera; nuestros pueblos del norte son tristes, hundidos en una atonía casi mística y en donde se percibe un gran desaliento espiritual. Nuestras mismas danzas son reflejos de esa vida apacible en que asoma un alma puramente sentimental. Buscando la raíz de esas canciones populares es que descubrimos la riqueza folk-lórica de nuestros ambientes provincianos.

Como sé que don Gonzalo Bulnes, embajador de Chile, al llegar a Buenos Aires lo primero que hizo fué dirigirse a Palermo, le preguntó:

—¿Cómo lo ha encontrado?

—Magnífico. Palermo serena la frente de esta hermosa ciudad. Es para mí un rincón familiar, al que he ido a recordarlo o a revivir... Hoy he paseado por Florida y tiene esa calle una sonrisa verdaderamente femenina. Estas son las alegrías que podemos experimentar los viajeros y esas razones sentimentales del trato con los buenos amigos. Tengo aquí muchos y siempre han sido muy amables con mi familia y conmigo.

Ya lo vemos: un embajador que deja el tren que le trae a la ciudad y se dirige de inmediato a buscar la sonrisa de Palermo y el veneno sutil y embriagante de Florida...

Pareciera, más bien, que ha llegado un poeta y que ha buscado el alma del Rosedal para ofrecerle sus primeros versos.

Le pregunto a Anselmo Miguel Nieto: —¿Cuál es el pintor español que más ha comprendido a su país?

—Zuloaga, hombre, Zuloaga! —me contesta con énfasis—. Este es el que más ha penetrado en el alma de España, tanto que a las mujeres que fueron modelos para sus cuadros, Zuloaga las enseñó a ser modelos de españolas! Zuloaga es lo más grande que tiene el arte universal! España, entre sus pinceles, es la España fuerte, de carácter, la del Greco, Velázquez, Murillo, Zurbarán, Goya...

—Usted debe visitar a Juana de Ibarbourou —me dice el ministro de Relaciones Exteriores, doctor Juan Carlos Blanco—. Es lo más definido que tenemos en poesía. La señora de Ibarbourou es, además, una alta expresión de

belleza femenina. Tiene una sencillez encantadora, una dulce sensibilidad y una forma cariñosa para mostrar su espíritu exquisito. Notará usted que al principio sólo se hallará ante una mujer hermosa. Luego se le transformará en algo excepcional y la figura de la escritora llegará insensiblemente a apoderarse de sus sentidos...

Así lo compruebo. La casita de Juana de Ibarbourou es de oro. Es un rincón que parece vibrar musicalmente. Finalmente alhajada con gusto, encanta su hogar, el que lo llena con sus sentimientos de madre, con su sensibilidad de esposa.

—Todo lo que usted ve —me dice una dama que está de visita— está hecho por Juana. Estos bordados, estas cortinas tejidas, son obras de sus manos... La autora de «Lenguas de diamantes», de «Cántaro fresco», de «Raíz salvaje», es, antes que nada, reina de su cordial «home».

Los caballeros que acompañan al doctor Arturo Alessandri, cuando fué desterrado, son chilenos. Sostienen con el político una conversación muy íntima, casi de hogar. En ella ruedan recuerdos personales.

El doctor Alessandri me ofrece un asiento a su lado. Uno de los acompañantes, que es un abogado de una institución bancaria, le dice:

—Me acuerdo mucho, doctor, de cuando usted ejercía de abogado, de aquella mujer que usted defendió. Resultó absuelta, lo que fué origen de un intenso comentario en todo Chile...

El ex-presidente cambia de posición. Se pasa la mano por la frente, como serenando las luchas de ideas.

—¡Ah! —dice como recordando—. Se trataba de una mujer incendiaria. Lo peor, es que ella me confesó ser culpable. Durante el proceso aquella confesión se me interponía, pero pude así salvar una madre cargada de hijos...

Nos paseamos a lo largo de los pasillos Martínez Sierra y yo. Así deberé escucharle. De vez en cuando hace una pausa y me obliga a detenerme para que le oiga mejor, a pesar de que la alfombra del Odeón ahoga nuestros pasos.

Su figura menuda me hace recordar a Benavente. También su voz es apagada. Pero indiscutiblemente es más cordial Martínez Sierra y más optimista.

«Diga usted que el teatro argentino es malo» —me dijo Benavente, mientras ocultaba su cara mefistofélica en una bocanada de humo.

—No me explico por qué quieren negar el teatro argentino —me dice Martínez Sierra—. Todo lo contrario: lo considero como algo muy vivo y que participa de esta renovación que se advierte a primera vista en Buenos Aires. Surge con todas las fuerzas necesarias para que sea vigoroso mañana: Con la modalidad y con sensibilidad de la renovación que tanto agita de lleno a esta interesante ciudad moderna.

—¿También el teatro de género chico?

—Sí, a ese me refiero. Es de un valor inapreciable, de riqueza tal de lenguaje, tan pintoresco e interesante, que pienso recoger muchas de esas frases o de ese léxico para tratar de incorporar algunas voces a mis comedias.

Me dice Linares Rivas:

—Estando yo en la deliciosa ciudad de Caracas, se me ocurrió un día detenerme frente a la estatua ecuestre de Bolívar, y allí hice solemnemente un juramento con un amigo que me acompañaba.

Viendo yo que el dramaturgo se calla la índole del juramento, me permito decirle al secretario:

—Pregúntele que clase de juramento fué ese...

—Dice el señor —le grita horriblemente al oído, a quien el dramaturgo ayuda haciendo una pantalla con la mano— que si ese juramento fué de carácter histórico?...

—Juré solemnemente ante el Libertador de que de ahí en adelante procuraré darle la mejor vida posible...

El autor de «El Abolengo», «La Gerra» y «Primeros vivir», que usa teléfono para escuchar, lo había embalado,

pues al día siguiente se iba a Montevideo.

Frente a la plácida figura patriarcal de Linares Rivas, todo bonhomía, todo masedumbre, es preferible callar. Y dejar que hable... Y dejar que calle...

Y retirarse a tiempo, procurando no gritar. Ni preguntar. Ni decir esta boca es mía...

Todas las noches de estreno voy al camarín de Catalina Bárcenas. Cuando le renuevo el deseo de confesarla me dice siempre, serenamente resignada: —¿Y qué quiere que yo le diga? Ustedes los periodistas tienen unas preguntas que no sé de dónde las sacan...

Y el timbre del escenario se ha encargado siempre de cortar el anhelo de curiosar en el alma de la artista.

Una noche le pregunto, mientras la muchacha le avisa que se le ha corrido un punto de la media color carne...

—¿Cuál es su emoción más intensa del teatro?

No lo sé... A estas preguntas son a las que les tengo miedo. Luego se lo diré, después que cambie de medias...

El autor de «Tabaré» está en su hermosa casa de Punta Carreta. Apenas llegamos le vemos desde afuera, a través de la reja.

Una vez presentados, me dice el maestro:

—Yo lo ve, amigo. Contemplando como colocan estos azulejos en ese banco. ¿Qué le parecen estos azulejos?

El poeta del poema epopéyico está con una gorra de almirante. El sol, que no quema, da una sombra apacible a su rostro.

Zorrilla de San Martín es inquisitivo. Enseguida quiere ir por sillones para que nos sentemos en el patio. Quiere no perder detalle de cómo colocan los azulejos en el banco colonial que está cercano a la fuente central...

Jorge Luis Borges dijo de Marinetti:

—Creo que en su tiempo Filippo Marinetti fué la mayor medida profiláctica contra la cursilería ambiente. Creo que fué el mejor jabón de bicloruro y la más eficaz piedra pómez de esos pavoseros años de principio de nuestro siglo.

También así lo creo. Vaya, pues, Marinetti como artículo de desinfección. Así hizo papel de bolita de naftalina que ahuyenta a las polillas que merodean por los gruesos tomos de la literatura de principio de siglo.

El Futurismo, creado con un violento manifiesto, iba a tirar museos y quemar bibliotecas. No hizo lo uno ni lo otro. Pero produjo un movimiento de opinión y desterró la modorra en que dormían los intelectuales.

Estoy de acuerdo con Martínez Sierra, quien me dijo un día:

—Marinetti interesa como movimiento...

Y como jabón, don Gregorio Marinetti es hombre que tiene propiedades más decisivas que la potasa o la soda cáustica...

Y aquí va el punto final. Este punto es cómo si el buzo —que no otra cosa es el que entrevista a los otros— ha tenido que salir fuera del agua porque notaba deficiencia en el suministro de oxígeno. Solamente he hablado de los peces que he podido ver en el fondo de este mar, y que el recuerdo o el archivo no los ha dejado desvanecer del todo. Algunas más seguiré buscando en mi tiempo de escasa pesca o de mucha marejada... La marejada actual arrastra hermosos ejemplares, dignos del «aquarium», que hace aparecer otros de hermosas escombras multicolores, buenos para ornato de piscina familiar, pero de carne indigesta...

Para el buzo siempre hay tarea. Es difícil que entre la tosca o la arena encuentre alguna madrepora con que ha de enriquecer su colección o algún exótico ejemplar de pez para enseñar al público por moneditas...

Buzo cordial o huracán, que cuando no sepa clasificar ejemplares, preferirá tener por tumba el duro ropaje de su escudador, en las tinieblas del mar y los ojos, muy lejos, de las sonrisas del mundo...

LA MUJER AVIADORA

PROEZAS INIGUALABLES POR HOMBRES REALIZARON MUJERES-PILOTOS EN CUERPOS MILITARES DE DEFENSA ELLAS PRESTARAN UNA EFICAZ AYUDA

CUATRO aviadores acaban de reaparecer con viva luz sobre la pantalla de la actualidad, sea por sus triunfos aéreos, sea por otras manifestaciones de su actividad que plantea nuevamente un problema al cual será necesario tarde o temprano dar una respuesta o una solución, a saber: el rol de las mujeres en la movilización aérea.

«CAPITANAS ALEMANAS»

En Alemania, donde Anna Reitsch acaba de probar un dominio absoluto a bordo de un helicóptero evolucionando en el Gran Palacio de Berlín, se cuentan en Alemania ya dos aviadoras capitanas nombradas por el ministro del Aire: Melitta Schiller y Anna Reitsch. La primera, ingeniero de aviación y de marina, obtiene todos los brevets de aviación y domina el pilotaje a ciegas. La segunda «fug kapitän», en el ejército del general Goering, no tiene nada que envidiar a los mejores campeones del aire.

Al lado de ella, vemos a Amy Mollison, en Inglaterra, cuyo reciente divorcio la ha vuelto a convertir en Amy Johnson. En Francia, las dos Maryses acaban de demostrarnos que su voluntad de vencer el espacio no disminuye. Maryse Hilsz ha batido un record en avión de regreso del extremo Oriente, y Maryse Bastié, ha servido bien al prestigio de nuestras alas en América Latina. Es muy halagador, por ejemplo, hacer notar que el Presidente del Perú le haya remitido la cruz de la Aviación, que sólo poseen seis aviadores, y que a cambio de atenciones, ha franqueado la cordillera de los Andes para

coronar una jira de propaganda de 20,000 kilómetros.

INGLESA LLAMADAS BAJO BANDERAS

Además de esos hechos muy elocuentes en sí mismos, es necesario citar algunas afirmaciones de Amy Johnson, encaminadas a provocar un movimiento de opinión, para precisar la situación de las mujeres frente a los ministerios del Aire.

Antes de referir sus propias palabras, no podemos hacer menos que citar las de Mollison, su ex-marido:

«Dejemos a nuestras mujeres practicar la aviación,—decía él—. Hace 10 años muchas cosas eran prohibidas a las mujeres por la tradición. El oficio de aviadora no es un pequeño pasatiempo recreativo para las mujeres. La aviación no debe ser considerada ya como un capricho. Las que así lo creyeron, se cansaron bien pronto, pues la tenacidad es la primera cualidad de una aviadora y no es dado a todas, imitar a Amy Johnson o miss Earhart. Dentro del número de los aviadores natos, se encuentran muchas mujeres y el sexo del piloto poco importa para las necesidades de la Aviación».

Así hablaba James Mollison. Y, como para hacerle eco, el ministerio de Guerra británico acaba de autorizar a las mujeres inglesas para prepararse a la vida militar, para tomar parte, en caso necesario, en la defensa nacional. Admitido el principio de las mujeres-soldados, el de las mujeres-aviadoras lo es asimismo.

LA OPINION DE AMY JOHNSON

Sobre este punto, Amy Johnson ha indicado inmediatamente que para el ejército de tierra, no debería imaginarse para sus compañeras, realizar el ejercicio como los hombres, en razón de la menor resistencia física de las mujeres, pero bas-



Maryse Bastié, la aviadora francesa que realizó el arriesgado vuelo por el Senegal.

taría con adoptar métodos particulares, conservando todo lo que exalta la «vida al aire libre» y de la camaradería sana del servicio militar en general.

Amy Johnson, para el ejército del aire, se muestra netamente afirmativa. En su opinión, en todos los casos, las mujeres pueden en la aviación «superar a los hombres». No aboga por el entrenamiento de las mujeres en calidad de pilotos combativos, pero sí para muchas otras funciones, enumeradas a continuación:

- 1.—Como pilotos de aviones sanitarios, para su comunicación entre el frente de los ejércitos y los hospitales.
- 2.—Para el transporte de los aviones desde las usinas a sus bases.
- 3.—Para el reconocimiento y la fotografía. Pero allí, Amy Johnson limita prudentemente esas misiones reservadas a los observadores aéreos en la línea misma del frente.
- 4.—Para la instrucción de pilotos jóvenes, excepción hecha para los vuelos de combate y de bombardeo.
- 5.—Como ingenieros (para la reparación) y para los ensayos de las máquinas.

6.—Como aviadoras-radio para las líneas mercantes, a fin de rendir disponibles todos los radios para el ejército del aire.

7.—Para la aviación de línea y los transportes generales a fin de permitir el envío máximo de pilotos masculinos en las escuadras.

Este modo de ver aparecer muy razonable. «En ningún país del mundo,—concluyó la célebre aviadora—las mujeres jamás carecieron de coraje». Lo que es exacto.

SOBRE UN LIBRO DE RENE CHAMBE

Parece entonces particularmente indicado evocar, al lado de esas campeonas vivientes, el bello rostro de una desaparecida, la que el coronel René Chambe ha llamado «Helene Boucher, piloto de Francia» y a la cual acaba de consagrar un libro admirable que debe ser leído.

En efecto, no se podía hacer revivir con más fuerza y talento una joven francesa que fuera reina en los aires, y que permaneciera como un ejemplo único.

René Chambe ha sabido mostrarla con una claridad sorprendente, con sus pensamientos secretos y su corazón voluntarioso y meditativo. Le ha prestado «la verdadera comprensión de la vida, que debe ser llenada de acción hasta hacerla estallar, pues es tan pequeña...»

Helene Boucher decía: «La aviación es una forma nueva de la actividad humana que permite a la mujer contribuir al prestigio de su patria».

Y René Chambe, como un eco a ciertas reflexiones de James Mollison confiesa esto: «En Francia no se toma en serio a las mujeres. El francés, con sus ideas formadas, con ese espíritu de convención que veinte siglos no han logrado destruir todavía, cree de buena gana que la mujer es incapaz de realizar ciertas actividades, cuyo privilegio es conservado solamente por el hombre...»

Helene Boucher sabía eso. Pero, elevando a 445 kilómetros por hora el record de velocidad de todas las categorías, sobre su Rafaele, en el momento en que era elevada en triunfo, decía el capitán Puget:

—¡Si llegara la guerra, espero, esta vez, que no me rehusará que me bata con una escuadrilla de caza!

Este libro de René Chambe, obra maestra por la grandeza del tema y la nobleza del estilo muestra ya qué lugar ocupan dentro de la aviación francesa las mujeres.

UNA ESCUADRILLA FEMENINA

Mollison hacía restricciones sobre la resistencia. ¿Y las 38 horas de vuelo, sola, a bordo, de Maryse Bastié, hazaña que ha permanecido inigualada por los hombres?

Amy Johnson hacía reservas para el vuelo acrobático, el vuelo de caza. ¿Y Helene Boucher, a la cual el aviador Detroyat hizo en poco tiempo una virtuosa del aire? Y, mucho tiempo antes que ella, ¿Adrienne Bolland no fué una virtuosa de alta escuela?

La mujer, con sus manos hábiles, su cuerpo ágil y liviano, sus ojos de pájaro, puede igualar a nuestros grandes maestros del aire.

Grupo de paracaidistas alemanas, tan avezadas como los hombres, durante unas maniobras recientes en las que tomaron parte.



ALIAS

"Coronel Lawrence"

Por H. A. ESTOL

ES INDUDABLE QUE ENTRE LA REALIDAD DE LA NOVELA Y LA NOVELA DE REALIDAD SOLO MEDIA UNA SIMPLE CUESTION DE FORMAS. LA PRIMERA SE OFRECE ORDENANA CUIDADOSAMENTE EN LOS LIBROS Y LA SEGUNDA EN CAMBIO, SE IMPONE, A TRAVES DE LOS DIAS, EN EPISODIOS FRAGMENTARIOS. SI UNA OBSERVACION PACIENTE REPARA EN LA OCULTA ILACION QUE LAS ENLAZA, ES ENTONCES CUANDO SURGE, INCREIBLE COMO NINGUNA OTRA, ESA NOVELA FANTASTICA DE LA REALIDAD. HOY ESTAMOS, ASI, FRENTE AL PERSONAJE EXTRAORDINARIO Y LAS CIRCUNSTANCIAS MISTERIOSAS QUE JUSTIFICAN ESTA ACLARACION.

CONVIENE, para destacar la sugestión fantástica del caso que vamos a tratar, ofrecer al lector la forma original de los acontecimientos que tienen importancia básica en él. Conviene, también, que ello sea realizado con rigurosa fidelidad cronológica, para documentar el grado de realidad concreta que asiste a esta novela inverosímil de la vida diaria.

Tiene ella un prólogo que pudiéramos calificar de lejano casi. Aventuras y audacias fuera de lo vulgar forman el clima novelesco que, luego de muchos tiempos, adquiere, en virtud de sucesos recientes, la consagración definitiva.

Los hechos, por sí solos, entonces, han propiciado la novela. Sobre ellos, una sutil e instintiva concesión a las posibilidades—siempre menos fantásticas que la realidad conocida—completan la historia.

Para reconstruirla, he recurrido a viejos papeles de archivo.

El primero es un recorte de diarios amarillentos. Lleva la fecha de septiembre de 1917, en el encabezamiento de un telegrama procedente de Londres. Sintéticamente se informa que en Patras los turcos habían sufrido una derrota frente al ejército rebelde que luchaba por la independencia de Arabia. Cita, además ese telegrama un nombre: Thomas E. Lawrence...

Entre esa fecha y el 31 de octubre de 1918, aquel nombre se vuelve a repetir insistentemente; y en esta última oportunidad aparece magnificado por una leyenda maravillosa...

«Damasco, octubre 31.—El coronel Lawrence entró en esta ciudad al frente de sus fuerzas, estableciéndose de hecho la independencia de Arabia».

Lacónicamente, en esa noticia se consagraba la aventura sin igual de uno de los hombres más extraordinarios de nuestro tiempo.

Fué en esa época cuando comenzó a saberse algo respecto al novelesco coronel Lawrence.

Graduado en Oxford se apasiona por la arqueología. Viaja por Arabia durante años. De improviso, surge formando parte del Intelligence Service. En Egipto presta servicio en la Alta Comisaría de esa organización, y gana fama de audaz y voluntarioso. Prácticamente, llega hasta desertar, para llevar a cabo planes propios. Una suerte loca lo ayuda en todas las empresas; y se salva así de sanciones gravísimas, por su indisciplina...

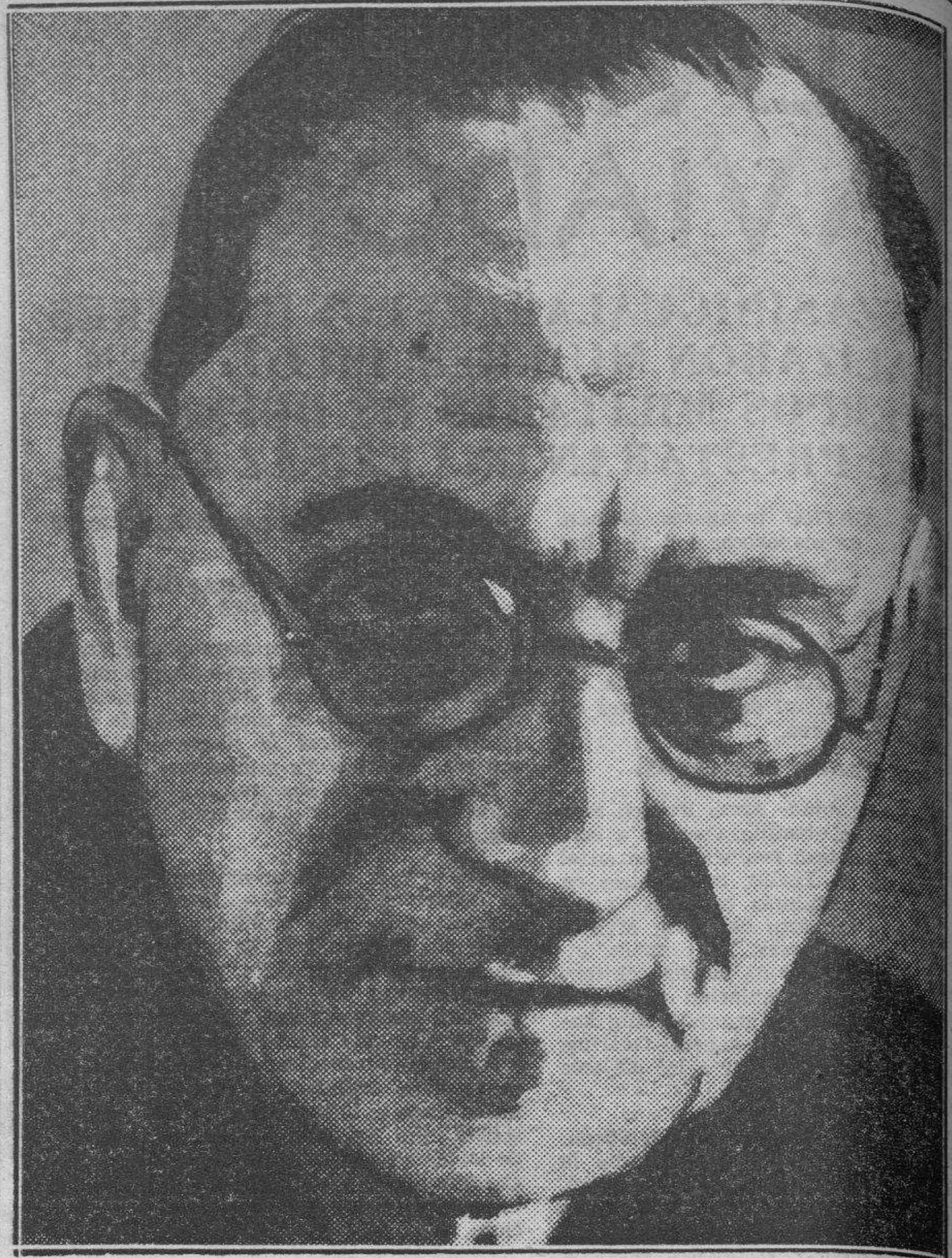
El drama de 1914 lo sorprende a esa altura y define su personalidad.

No acepta el criterio de sus jefes y abandona para siempre su cargo en la organización de espionaje...

Decide trabajar por su cuenta.

—o—

1914... Luchas, aventuras terribles en



el desierto... Iniciación lenta de un plan descabellado...

1917... Primeros frutos de su audacia... Batalla tras batalla... Campañas de rebelión por toda Arabia... Patras.

1918... Consagración maravillosa del aventurero que ha formado con parias un ejército de doscientos mil hombres, logrando la independencia de Arabia.

Tras la gloriosa culminación de su empresa, se le encuentra en una fugaz aparición al lado de diplomáticos famosos, en Versalles, para transformarse rápidamente, luego, en aviador, integrando una escuadrilla inglesa en la India.

Ha escrito, entre tanto, dos libros: «Los siete pilares de la Sabiduría» y «La rebelión en el desierto», donde quedan perpetuados los fragmentos principales de su aventura.

1919..., 1920..., 21..., 22..., 23...

Su nombre, envuelto en una aureola de leyenda, quedó durante muchos años entre los más confusos interrogantes... Nada podía saberse con precisión de su vida...

De pronto, hace de esto un año ya nuevamente, con nerviosidad dramática, su extraña personalidad reapareció.

«Londres, mayo 12.—En las cercanías de Cloudhill ocurrió un grave accidente de tráfico, en el que resultó víctima el coronel Thomas E. Lawrence. Al estrellarse la motocicleta que él conducía, sufrió heridas gravísimas que hacen temer seriamente por su vida...»

Todos los episodios inverosímiles de su existencia fueron recordados en esa oportunidad. Días más tarde se ampliaron cuando la aventura de Lawrence quedaba epilogada con un accidente vulgar:

«Londres, mayo 15.—Se ha informado oficialmente en el hospital de Wool que

hoy a las siete se produjo la muerte del famoso coronel Lawrence».

—o—

El fin inesperado de tan extraordinario personaje defraudaba la justa admiración impuesta por su vida heroica. Parecía imposible que el hombre que había desafiado mil veces a la muerte, hubiera encontrado en un vulgar accidente callejero.

Tal era de increíble la desaparición, que se dudó de su veracidad, tejiéndose toda clase de historias en torno del hombre que parecía haber hecho de la misma muerte un elemento más de su vida misteriosa.

Muchas de esas historias tuvieron desarrollos lógicos; sus aventuras excepcionales justificaban hipótesis también de excepción, que estaban, además, favorecidas por multitud de circunstancias políticas. Asimismo, este capítulo se puede resumir en una información periodística de esos días, en los que, precisamente, hacia crisis la cuestión italo-etíope.

«Madrid, julio 18.—Un diario publica declaraciones de un diplomático español que regresa de la Gran Bretaña, quien asegura que el coronel Lawrence no ha muerto».

Se recordó entonces que Lawrence había sido un elemento importante del Intelligence Service... La situación especial de Inglaterra frente a Italia, por el conflicto de Abisinia, denunciaba las innumerables posibilidades de acción que ofrecían para un hombre como Lawrence... Así fué encadenándose una infinita serie de eslabones que anunciaban

Continúa en la Pág 29

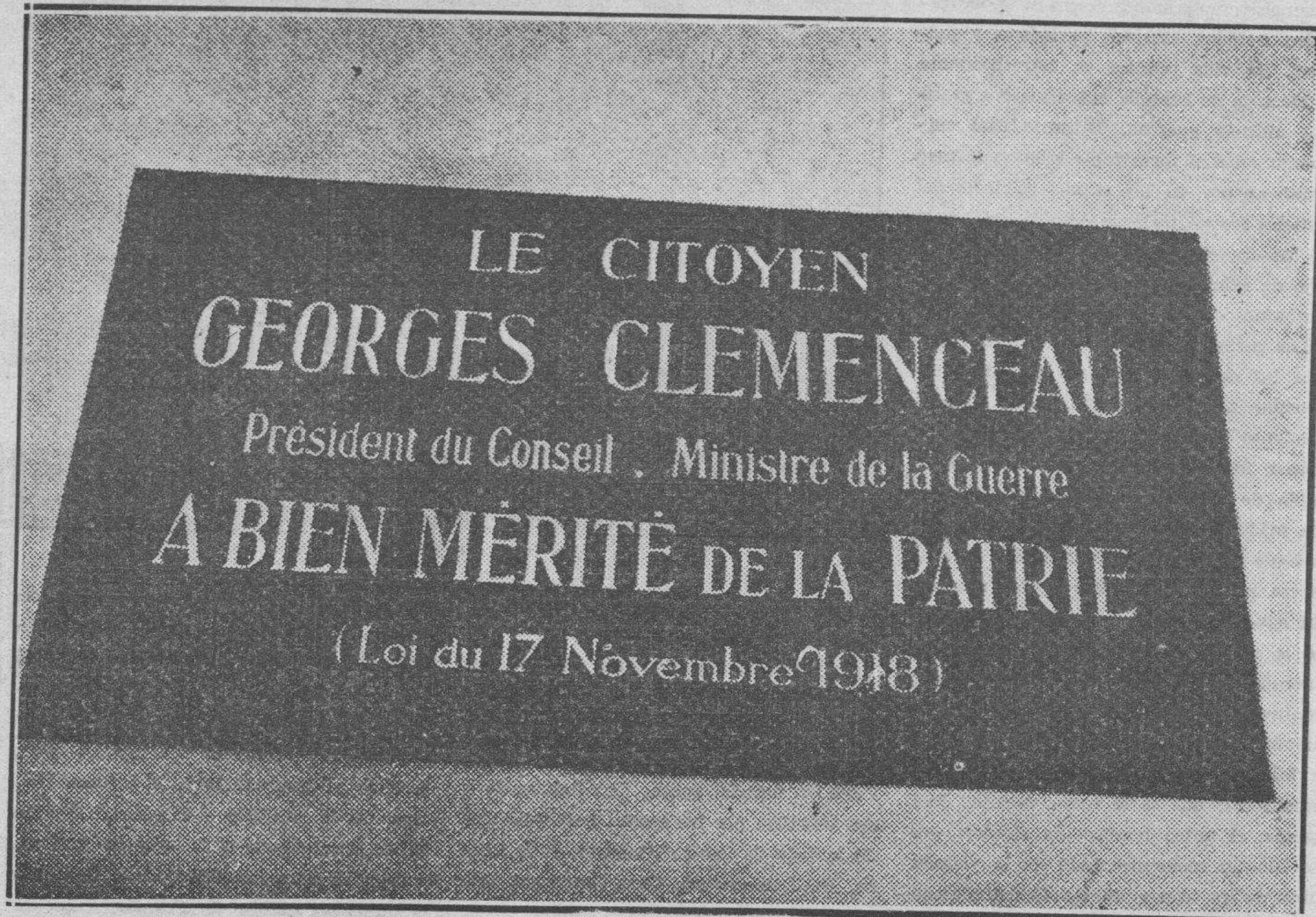
EL MUSEO CLEMENCEAU

La Francia generosa que honra sin cicaterías a sus grandes hombres, sigue derramando su copiosa sobre una de sus figuras más brillantes de los últimos tiempos: Georges Clemenceau. En el número 8 de la calle de Franklin, emplazado en el corazón del antiguo y tradicional barrio de Passy, durante treinta y tres años de su infatigable vida habitó Clemenceau. Unos años después de su muerte, la casa del gran tribuno se convirtió en museo, conservando intactos sus objetos personales, sus libros y sus recuerdos. Hace poco el museo fué ampliado, en una sobria ceremonia, llena de fervoroso homenaje, a la que asistieron el Presidente de la República, el Presidente del Senado, muchos hombres públicos de la hora actual, los miembros supervivientes del famoso Consejo de Ministros que presidiera Clemenceau durante la Gran Guerra y los componentes del Consejo de Administración del reciente Museo.

Clemenceau murió no hace diez años todavía. Pero la casa en que laboró durante más de un tercio de su existencia, en la que su naturaleza de hierro sufrió los choques más agudos, se conserva intacta, como en los tiempos en que cobijó a aquel gran maestro de libertades. La jaula está vacía, mas el espíritu indomable de su morador se siente todavía en ella. Tal ha sido conservada en toda su integridad. En su gabinete de trabajo, frente a los dos anchos ventanales que caen sobre un pequeño jardín, donde Clemenceau se inspiraba por las noches al escribir sus artículos periodísticos que tanta inmundicia pusieron al descubierto, que tantas nobles causas sacaron adelante y que tanto coraje infiltraron al pueblo francés en los momentos amargos, se encuentra la espaciosa mesa de trabajo del Tigre. Sobre ella reposan sus gruesos espejuelos de carey, su plegadera, sus famosas plumas de ganso clavadas en el extraño y bello tintero del pasado siglo, su lupa, su reloj, el saquito en que guardaba un poco de tierra de Mouilleron-en-Pareds, su país natal, en la Vandée, donde nació la luz por vez primera en 1841. Todo indica que espera a Clemenceau, lo mismo que hace pocos años, y nos parece que del butacón de cuero oscuro va a surgir de pronto, al igual que entonces, su figura encorvada pero vigorosa, con sus entrecanos bigotes en forma de hemadura cayéndole las guías varios centímetros más abajo de la comisura de los labios, mirándonos con sus ojos negros y profundos cobijados tras la selva en desorden de sus cejas pobladas, y que va a decir, también al igual que entonces, en los momentos en que Francia flaqueaba allá por el 1917 ante el empuje alemán: «Je fais la guerre...»

En uno de los ángulos, sobre una consola, un calendario amarillento y mustio, mantiene la hoja que no pudo arrancar su propietario y que señala la fecha de su muerte: 24 de noviembre de 1929. Las paredes están cubiertas de estantes de libros que llegan casi hasta el techo. Muchas de sus obras; una recopilación enmendada, en varios volúmenes, de sus artículos de prensa; y muchos otros libros más, de mil autores y de mil materias distintas, que resumen la prodigiosa cultura de Clemenceau.

En las dos nuevas salas del museo, inauguradas recientemente, sigue la cartapala de letra impresa. Más manuscritos, más libros de Clemenceau; pruebas de imprenta corregidas de su mano; muchas cartas autógrafas y otras dirigidas a él por connotados personajes; retratos; caricaturas más o menos divertidas e hirientes, publicadas por la prensa local y extranjera durante los años de su vida



Placa conmemorativa.

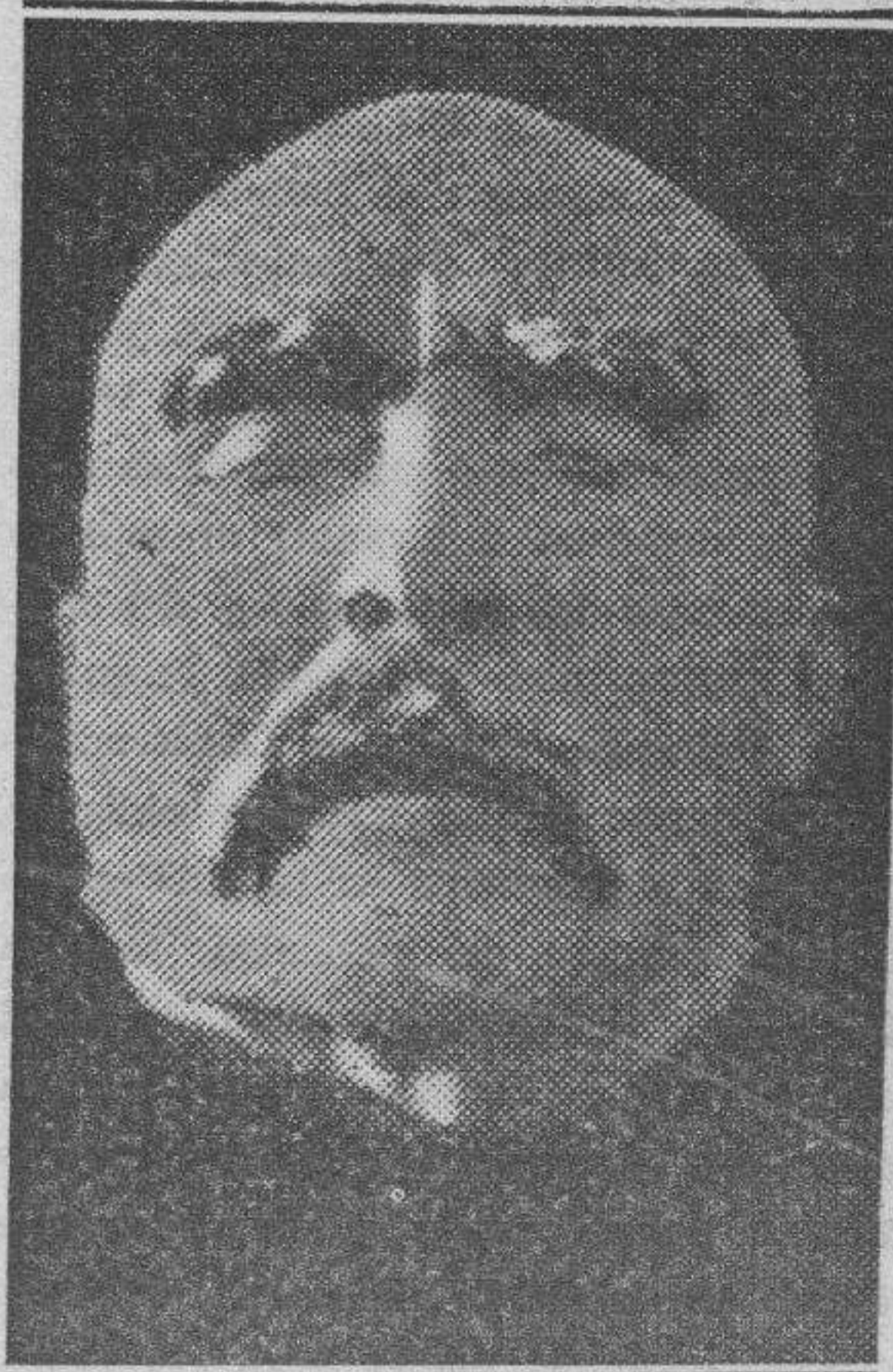
La casa de la rue Franklin.—Los últimos recuerdos del gran tribuno.—Una vida que fué una montaña de trabajo.—Clemenceau durante la Gran Guerra.—La voluntad que doblegó a los Imperios Centrales.

POR RENATO VILLAVERDE

pública; una carta escrita por Clemenceau a su esposa, en el invierno de 1871, durante la guerra franco-prusiana, desbordada de esperanzas y de patriotismo; su «echarpe» tricolor de Diputado a la Cámara; una boleta de las elecciones legislativas a la Asamblea Nacional, donde su nombre se confunde con los de Gambetta, Louis Blanc, Víctor Hugo, Edgar Quinet, Michelet, Henri Martin, Floquet, Jules Ferry, Ranc, Jules Favre y otros muchos que escapan a la memoria; en una vitrina su equipo de campaña; la famosa gorra de larga visera, el abrigo de viaje, el bastón, los zapatones de gruesas suelas con los que iba al frente de combate en las líneas del Este a llevar a los soldados extenuados el aliento de su presencia y el cálido impulso de su palabra. Clemenceau en sus frecuentes excursiones a las trincheras dejaba de ser «el Tigre» para convertirse simplemente en «Papá».

El cuarto dormitorio, como el gabinete de trabajo, presenta su mismo aspecto. Nada se ha variado después de la muerte de Clemenceau. Es simple de toda simplicidad. Clemenceau amaba el confort sin caer en los sibaritismos del lujo. Una ancha cama oscura, de madera resistente, alta y de grueso colchón mullido; una mesita de noche pequeña, con su jarra de agua, su reloj de bolsillo y una figurita de biscuit por todo adorno; frente a la mesa de noche, sus amplias pantuflas;

del otro lado de la cama, un teléfono y una silla. Sobre ésta, su bata de cuarto y su también famoso gorro de dormir. Una diminuta mesa de trabajo, al pie del lecho, donde por las mañanas, en-



La máscara mortuoria

vuelto en su bata y cubierto aún por su gorro, comenzaba sus labores matinales. Eso es todo. Diríase el cuarto dormitorio de un asceta.

Junto al cuarto de dormir, el baño. Bueno, esto es solo una generosa expresión, aunque baño es en efecto si hemos de aplicar el vocablo juzgando por la bañadera colocada en aquel diminuto rectángulo mediante un proceso de ingenio maravilloso. En realidad, Clemenceau, en aquella pieza pequeñita, logró, en holocausto a su aseo personal, el milagro de hacer un baño de la nada.

Muchas otras cosas de gran interés también se enseñan en el museo de la rue de Franklin. Una placa conmemorativa, producto de una Ley del Congreso. Dice así «El Ciudadano Georges Clemenceau, Presidente del Consejo, Ministro de la Guerra, ha merecido bien de la Patria. (Ley de 17 de noviembre de 1918). Son muy pocos los hombres de Francia, que vivos aún, hayan podido obtener un halago semejante. Clemenceau, no obstante sus muchos enemigos y detractores, tuvo la satisfacción de ser testigo de este homenaje oficial.

En uno de los ángulos de los escasos aposentos de la casa, se muestra la máscara mortuoria del gran político. Su semblante sereno, revela la tranquilidad de su espíritu en el momento de su muerte: la muerte de un hombre que infatigablemente supo cumplir con su deber.

Un estuche de pistolas conserva las de tipo arcaico que sirvieron para su duelo con Déroulède, y que le acarrió, además del pago de una multa, la triste realidad de verse encarcelado por unos días en los siniestros calabozos de la trágica Conserjería.

Georges Clemenceau fué uno de esos hombres incansables, dotados de un cerebro prodigioso, que no nacen cada día. Su larga vida y su larga obra es un ejemplo vivo de la constancia. Ya viejo, solía decir: «Nunca he dejado de traba-

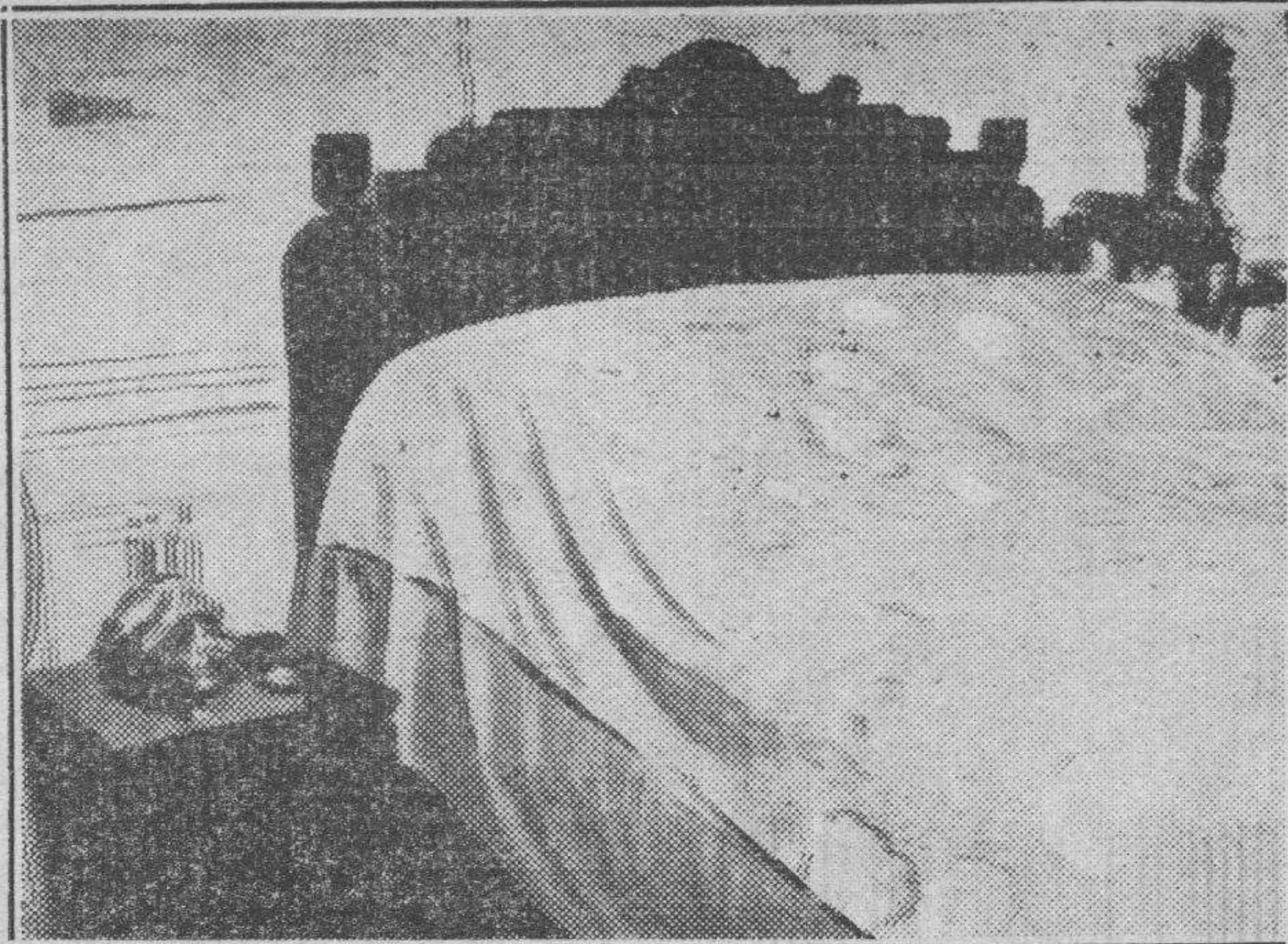
jar más de una semana consecutiva en toda mi vida»... Y vivió 88 años.

La existencia de Clemenceau es, efectivamente, una montaña infinita de trabajo. Político, escritor, periodista y médico. Su vida pública va estrechamente unida a la de Francia entre sus dos grandes últimas guerras. Durante casi cincuenta años el formidable tribuno influyó notablemente en los ritmos oficiales del Estado francés. Desde Alcalde del barrio de Montmartre hasta Presidente del Consejo de Ministros en 1909 y en el período tormentoso de la guerra europea.

Los primeros años de su carrera política los dedicó a imponer sus ideas revolucionarias. Era un reformador de pensamiento avanzado, y el prestigio de su pluma fué la causa determinante de la caída de muchos Gabinetes en Francia. Ya más maduro, cambia su ideología. El antiguo desfacedor de Ministerios, se convierte en un constructor de los mismos. Su opuesta manera de pensar no influye en la calidad de sus arrestos. La misma energía que demolió el Gabinete Ferry, contuvo, en lucha titánica, en el Parlamento de París, como Jefe del Gobierno y Ministro de la Guerra, la avalancha inconforme que se le venía encima. Fué, quizás, el único hombre en Francia que en ningún momento dudó de la victoria final de las tropas aliadas. Sus mudanzas políticas le valieron siempre acerbas críticas de sus contrarios, a las que Clemenceau contestaba irónicamente: «Es que ahora estoy del otro lado de la barrera». Explicaba esta frase considerando a la política como un perpetuo asalto, pues mientras los que están en el Poder defienden a todo trance la barricada, los



Su último abrigo y su último sombrero.



La cama de El Tigre

elementos de la oposición la atacan por todos los medios.

Su periódico «La Justicia», en 1880, fué el órgano del radicalismo francés. Su redacción era, además, un cenáculo de los primeros valores literarios y artísticos de París en aquella época. Los habituales a sus tertulias por las tardes eran hombres de la talla de Lucien Descaves, J. H. Rosny, Paul Bonnetain, Leon Hennique, Eugenio Carrière, Rodin, Jules Cheret, Georges Lecomte y en sus viajes a París se veían los rostros de Claudio Monet y Camilo Pissarro.

Durante un receso de varios años en su vida parlamentaria se dedica de lleno al periodismo y funda «La Aurora», donde se publicó la famosa carta de Emilio Zola «Yo acuso», que tanta conmoción causara en Francia durante los penosos días del «affaire» Dreyfus. Desde las columnas de esta misma publicación preparó el terreno para la revisión del famoso proceso.

Senador más tarde y Presidente del Consejo, sigue su espiral ascendente. Pero donde su nombre se nimba de verdadera gloria es en el cuatrienio de 1914-1918. Al estallar la guerra Clemenceau contaba más de setenta años y se hallaba alejado de la vida política. Sin embargo, como periodista que era de pura cepa, poseía su nuevo diario «El Hombre Libre». Desde sus columnas comenzó una patriótica propaganda dedicada a levantar el espíritu nacional ante las convulsiones del momento. Inicia una despiadada campaña contra Poincaré, contra los Gobiernos y el Alto Mando Militar, viéndose obligada la censura a intervenir en la publicación de cada número del periódico. Mas la pluma ágil, vertiginosa y fértil de aquel hombre viejo de cerebro joven lograba burlar, con su elegancia y disfrazando sus ideas, la labor censora. Para evitar que Clemenceau hablara, hubo que suspender la publicación del diario. Pero «El Hombre Libre», muerto por un úkase oficial, es sustituido por «El Hombre Encadenado», en que continuó su virulenta campaña.

El prestigio de Clemenceau crecía, al

mismo tiempo que Francia se debatía en un sin fin de inquietudes. El Presidente Poincaré, olvidando las rencillas políticas que lo separaban de Clemenceau, imitando el gesto de Lincoln, lo llama a formar gabinete. El momento era trágico para Francia al final de 1917. El ruidoso fracaso de la ofensiva del general Neville había desalentado a la opinión pública, a los dirigentes del Gobierno y escindido la dirección militar de Francia. Poincaré se hallaba perplejo; Robot, por completo agotado; Briand, descorazonado, hacía proyectos de paz ayudado por Malvy y por Caillaux; Painlevé había casi perdido la fé; un mar de fondo cada vez más alarmante se proyectaba entre los miembros del Senado de la República y de la Cámara de Diputados.

En estas trágicas condiciones, el indomable viejecito de setenta y tantos años, toma las riendas de aquel carro débil y desorganizado. Su palabra era de catarata, sus arrestos de titán y su energía indomable. Su fuego parlamentario, acusando al Gobierno, amenazando a los miembros de ambas Cámaras y levantando el espíritu popular, vertido en su célebre discurso «Je fais la Guerre», le valieron el sobrenombre de «El Tigre». Y lo fué verdaderamente. Bajo las bombas que caían sin tregua sobre París, su vitalidad no decayó un segundo: hizo encarcelar a Caillaux, fusilar en el tristemente popular Polígono del Bosque de Vincennes a la Mata Hari, a Boló Pachá y al gerente del periódico «Bonnet Rouge»; y al conjuro de su frase inmortal «Yo hago la guerra» ahogó la oposición, logró la cohesión de las tropas, devolvió el optimismo a las masas populares, nombró al Mariscal Foch General en Jefe de los Ejércitos Franceses—acertada nominación que significó el éxito de los aliados oportunamente ayudados por las fuerzas americanas—; corrió a los frentes de batalla, como un nuevo Saint-Just del Siglo XX, a inspeccionar las tropas y a inyectar de ardor patriótico el flagelado coraje de los agotados «poilus». Tan temerarias eran sus visitas a la línea de fuego, que varias veces estuvo a punto de perder la vida

bajo la metralla enemiga. En una ocasión, en Aisne, su escolta fué perseguido tenazmente por una patrulla alemana. Fué muerto el general que lo acompañaba en la inspección y varios otros miembros hechos prisioneros. Tal era el arrojo de Clemenceau.

El avance francés, bajo el mando de Foch y la energía de Clemenceau, terminó en el victorioso 11 de Noviembre de 1918, fecha en que se firmó el armisticio. En esa fecha «El Tigre» dejó de ser «El Tigre» para convertirse en el «Pere la Victoire» y continuar siéndolo en el corazón de todos los franceses.

Terminada la guerra, Clemenceau tomó parte activísima desde el frente del Gobierno en las negociaciones de paz. Y su nombre está al pie del Tratado, tan famoso y deformado hoy en día, que se firmó bajo la calma apacible del romántico Versalles.

La vida agitada de Clemenceau, su fuerte personalidad demoleadora, le valió muchos enemigos. Ha sido uno de los hombres más discutidos de los últimos tiempos. Pero los franceses, en su inmensa mayoría, saben cuánto patriotismo ocultaba tras los rugidos de «El Tigre» y cuánta bondad encerraba el corazón del «Pere la Victoire». Una visita a su casa de la rue Franklin, conservada como él la conoció y la abandonó, en el corazón del barrio de Passy, es una obligación ineludible para todo turista que viene a París y que ama a los grandes hombres de Francia...

París, Septiembre de 1938.



Las pantufles del Pere la Victoire

ALIAS Coronel...

una segunda etapa misteriosa en la aventura del libertador de Arabia. Más tarde, al correr de los meses, nuevamente el recuerdo de Lawrence quedó limitado a un clima de leyenda imprecisa.

Quizás no soy yo el único que ha extrañado del pasado ese recuerdo fantástico en estos últimos días... Surge de un episodio singular, con sugestión inevitable, que perfila, para la extraordinaria novela de la vida real de Lawrence, el capítulo más desconcertante que se puede concebir.

Agregando otro recorte documental, se traza el camino que señalo:

«Londres, mayo 19.—En los círculos diplomáticos provocaron sensación las denuncias formuladas por el ministro de Relaciones Exteriores, Mr. Eden, sobre determinados miembros de la embajada italiana en Londres, que habían mantenido contacto con cierto aventurero, el «coronel López», en las «últimas tres semanas».

Con otros fragmentos se completa aquella sugestión: «...Mr. Eden dijo que López es un súbdito inglés de origen polaco, con seis apodos, por lo menos, conocidos de las autoridades, tales como Mezler, Bernstein, Sigleton, Lawrence, Rosdill y Henry... Se dice que el tal coronel López se encuentra en Londres y es constantemente vigilado... La prensa y el público en general siguen en completa ignorancia de la exacta identidad del coronel López...»

Ha surgido así, hace unos pocas semanas, otro personaje novelesco, desempeñando un papel de importancia inesperada en las cuestiones políticas entre Inglaterra e Italia. El «coronel López» resultaba el confidente que había denunciado a los diplomáticos italianos los detalles necesarios para establecer el suministro, por parte de la Gran Bretaña a Etiopía, de balas «dum-dum».

Para nuestra reconstrucción, el proceso internacional no interesa más que en lo que se refiere a la falsedad comprobada luego—de las informaciones confidenciales que suministró el sospechoso coronel López... Ellas delatan cómo inculcablemente él ha trabajado, a la postre, para Inglaterra, desde su ficticia apariencia de espía.

En efecto. Los sucesos conocidos establecen que el astuto confidente ha gozado de una amplia confianza en aquellos a quienes sorprendió con sus atrevidas invenciones, presumiéndose, inclusive, que fuera mediante ese ardid, precisamente, que lograra tal confianza. Aparentemente, entonces, era un enemigo de Inglaterra, pues delataba informaciones comprometedoras; pero, al resultar éstas falsas, constituye en realidad un enemigo de quienes confiaron en él.

Instituto de propósito en destacar la «confianza» de que gozó el coronel López—confianza indudable, como dejó establecido—porque ella es la escurridiza clave donde se insinúa la solución del «otro» affaire que, posiblemente, nunca verá publicación. El «coronel López» puede haber utilizado su situación de privilegio para otras finalidades coincidentes con su indiscutible habilidad de espía.

Y todo el asunto de las balas «dum-dum» puede haber sido sólo una farsa



Thomas E. Lawrence, en la época en que se hallaba lejos de ser Lawrence de Arabia y personaje auténtico de la más fantástica novela.

que desempeñó él, haciéndose de un instrumento para alcanzar quién sabe qué otro importante y secreto objetivo!

De ese suceso se desprende, así, audacia, ingenio y, sobre todo, inteligencia, tal como se desprendía en cuanto obra realizaba el otro famoso coronel, también—con más documentos, claro está—en esos mismos delicados y peligrosos manejos.

—o—

Es así entonces como, de este curioso episodio, resulta lo extraordinario y novelesco. En la confusa identidad del coronel López hay un nombre sugestivo... «Alias coronel Mezler... Alias coronel Lawrence... Este es el que atrae por sobre todos. Estamos frente al coronel López, «alias coronel Lawrence»... Y estamos, no sólo ante el nombre famoso repetido, sino también ante la repetición de «especialidades», escenarios, ambientes y procedimientos... Las coincidencias, al enlazarse, tienen un ajuste sorprendente y, sin esfuerzo, se vinculan a ellas todos los recuerdos que hemos resumido como prólogo necesario para justificar la revisión del caso que los hechos plantean.

Con fuerza propia se abre entonces la interrogación desconcertante, donde la fantasía se hace posibilidad lógica y la leyenda se supera:

¿Puede ser esta increíble aventura un simple cambio de nombres? ¿Coronel López... alias coronel Lawrence?... ¿O, en realidad, coronel Lawrence, alias coronel López?...»

Quizás, como en muchas novelas, este interrogante de la realidad prolongue sin término el enigma que guarda, librándolo a todas las probabilidades concebibles. Automáticamente, el caso planteado en estas circunstancias se encuadra en el escenario fantástico de lo inverosímil, que ya una vez se abrió, en los desiertos

GRAFICAS DE TODAS PARTES

HONRANDO A LOS ITALIANOS MUERTOS EN ESPAÑA



Con este monumento, que se acaba de inaugurar en Roma, se ha querido honrar la memoria de los voluntarios fascistas muertos en España. La escena reproduce el momento de la inauguración, a la que acudieron altas personalidades del gobierno italiano.—(Foto Acme-Editors Press).

NUEVO HELICOPTERO ALEMAN



Ante los delegados del Congreso anual nazista en Nuremberg se hicieron demostraciones con este aeroplano de nuevo tipo, dotado de dos hélices, perfeccionado para las fuerzas aéreas alemanas. (Foto Acme-Editors Press).

inmensos de Arabia, para la audacia de Lawrence.

Queda así este coronel López de hoy como un posible fantasma del extraordinario coronel Lawrence de ayer... Para afirmarlo, con una insistencia sugestiva de similitudes, no sólo el alias de

López torna inquietante la sospecha sino que su propia, su auténtica identidad lo ratifica.

El nombre verdadero del coronel López es Henry Lawrence...

Es otro Lawrence. Quizá el verdadero.



(© 1938, by Bell Syndicate)

El peor doctor de todos, es el que le asegura que está en la mejor salud, cuando usted se siente a punto de desfallecimiento.

PENSAMIENTOS

POR DIOGENES

La indiferencia es el mejor instrumento para extraer secretos de una mujer.

— o —

Durante el noviazgo la mujer se cuelga del cuello del hombre; después del matrimonio lo aprieta.

— o —

Los oradores son como los aeroplanos; necesitan sobre todo canchas de aterrizaje.

No lo crea. Lo único que una mujer madura ambiciona es ser joven.

— o —

No hay mujer que no asegure que sus zapatos son un número a lo menos más grande que sus pies.

— o —

El perezoso siempre encuentra que su empleo es inferior a él.

— o —

Nadie descubrió jamás a una santa mirándose al espejo.

— o —

Nuestra felicidad depende de lo que hacemos con el tiempo que nos sobra.

— o —

La mujer nunca sabe lo que el hombre piensa de ella, pero siempre cree que lo sabe.

— o —

No existe la mujer que crea que representa la edad que tiene.

— o —

Si las mujeres son tontas es porque fueron hechas a imagen y semejanza del hombre.

— o —

Fe es lo que hace a un calvo comprar otra botella de restaurador del cabello.



(© 1938, by Bell Syndicate)

La luna de miel se acaba cuando la esposa se obstina en recordarle al marido lo bien que le quedan las nuevas.

Hay muchas más esquinas que el camino que conduce al corazón de la mujer.

— o —

El tacto consiste en obtener lo que desea sin que los demás sepan que lo desea.

— o —

La experiencia es la mayor fuente de enseñanza; pero las experiencias de la mujer rara vez enseñan algo al hombre.

— o —

La mayor preocupación de la mujer consiste en convencerse de que es diferente a la que no le gustan los hombres.

LO INCREIBLE EN LA CIENCIA

EL LUGAR MÁS CERCANO AL CENTRO DE LA TIERRA.
EN EL POLO NORTE, EL HOMBRE SE ENCUENTRA 13 MILLAS MÁS CERCA DEL CENTRO DE LA TIERRA QUE EN EL ECUADOR. (DEBIDO A LA COMBA ROTATORIA)

LOS ESTADOS QUE SE LLEVAN LAS PATENTES.
LA MITAD DE LAS PATENTES CONCEDIDAS EL AÑO PASADO EN LOS ESTADOS UNIDOS, FUERON EXPEDIDAS A CIUDADANOS DE LOS SIGUIENTES CINCO ESTADOS DE LA UNIÓN: NUEVA YORK, PENNSYLVANIA, ILLINOIS, OHIO Y CALIFORNIA.

EL AGUAMAR Y LOS BUQUES
EN ALGUNOS LUGARES, EL AGUAMAR CRECE TAN DENSO QUE BLOQUEA EL PASO DE UN BARCO RELATIVAMENTE GRANDE.

Editors Press Service, Inc.
220 E. 42nd St., New York



(© 1938, by Bell Syndicate)

A veces la muchacha que va al parque zoológico, piensa que no todos los monos están encerrados.



9-19

(© 1938, by Bell Syndicate)

La muchacha tímida que sale con un hombre, a veces tiene miedo de que le lea el pensamiento.

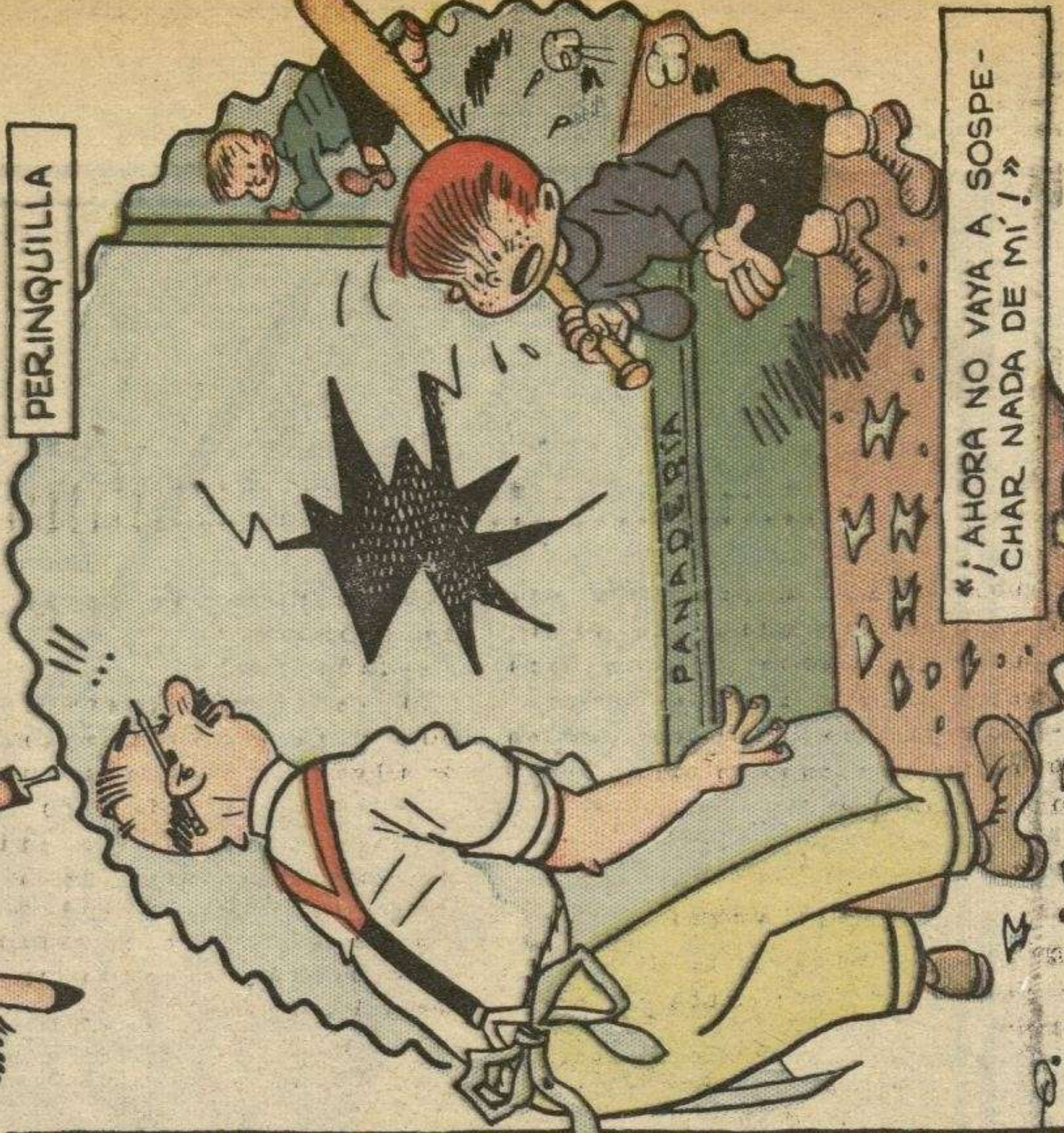
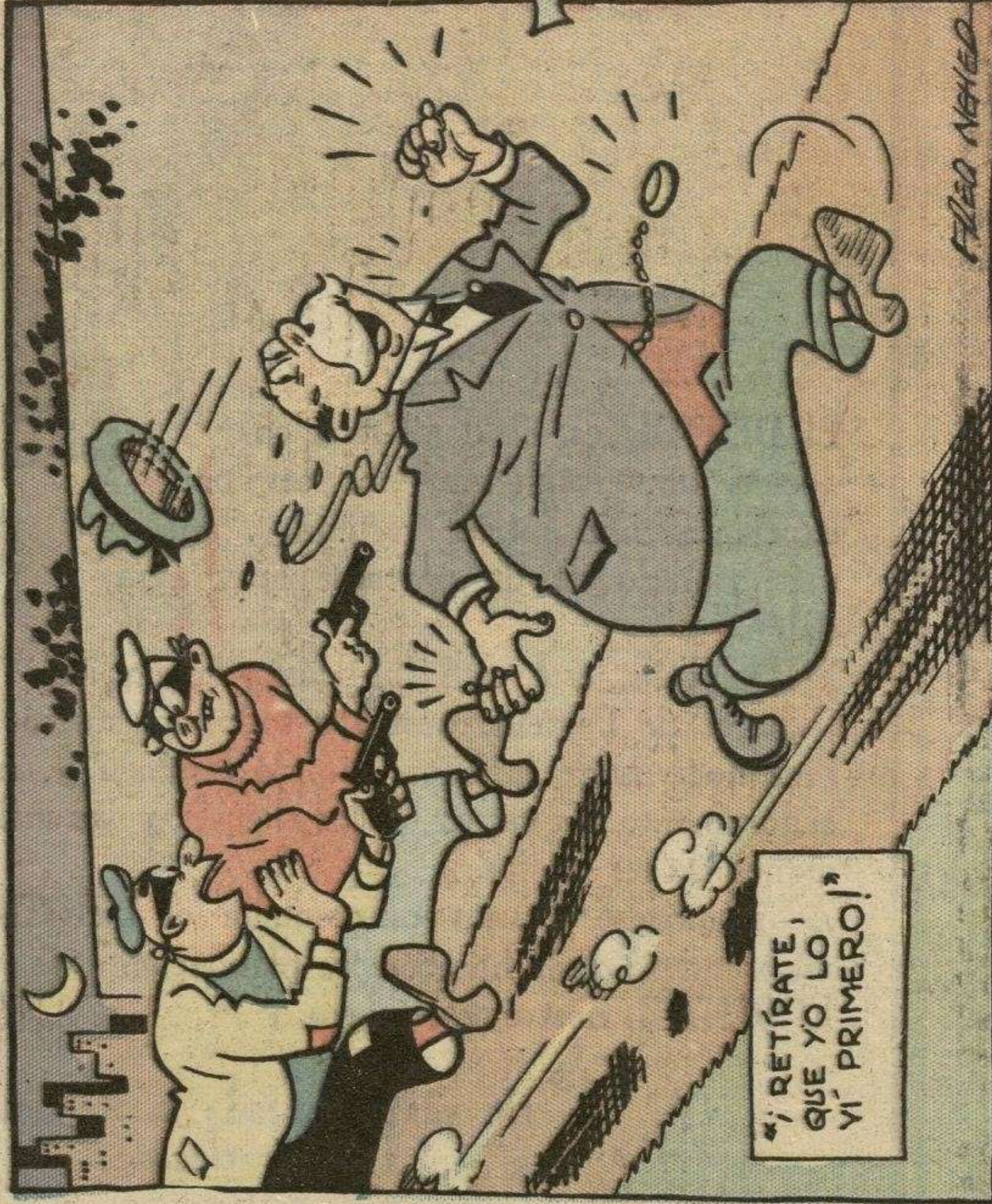
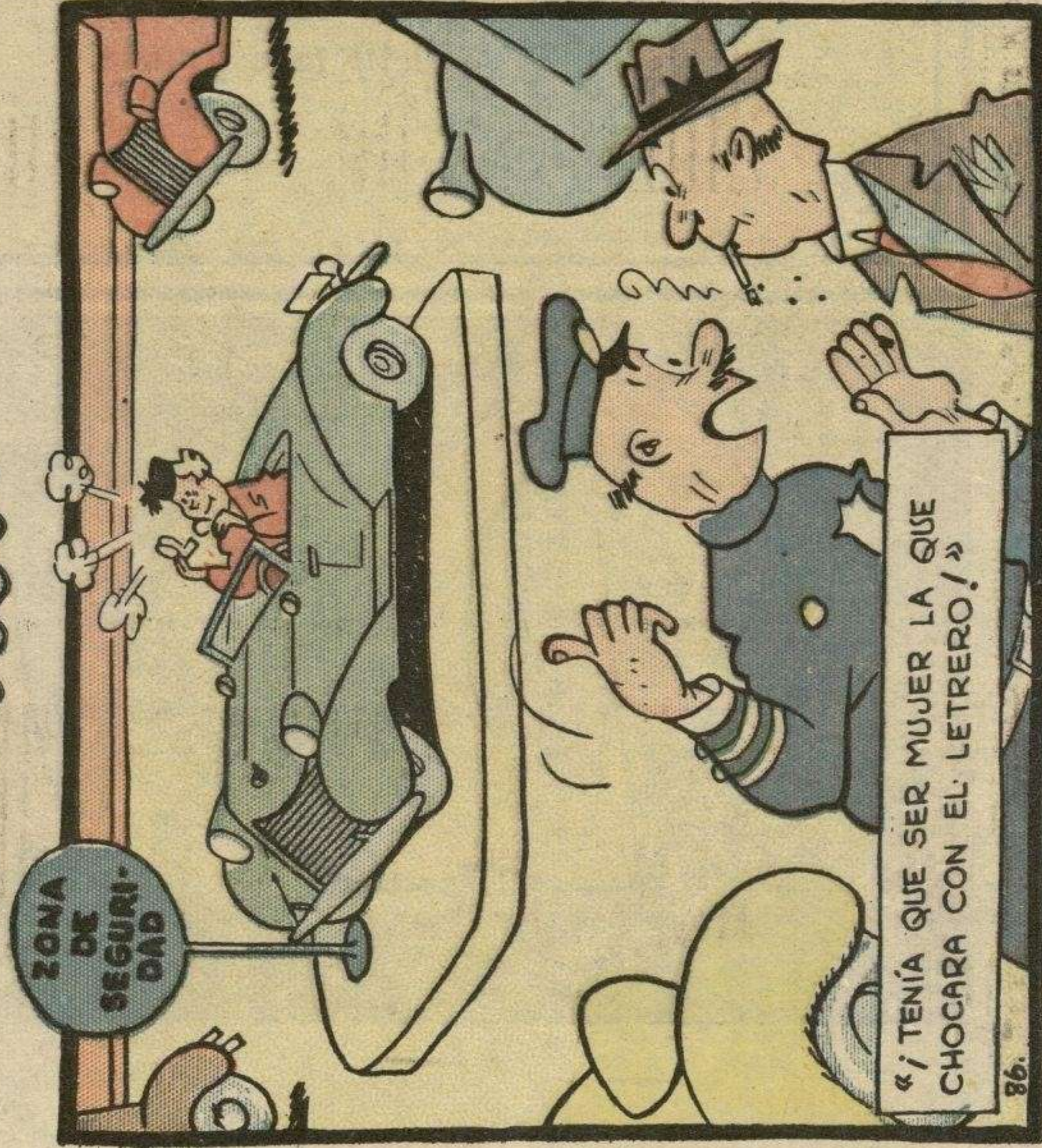
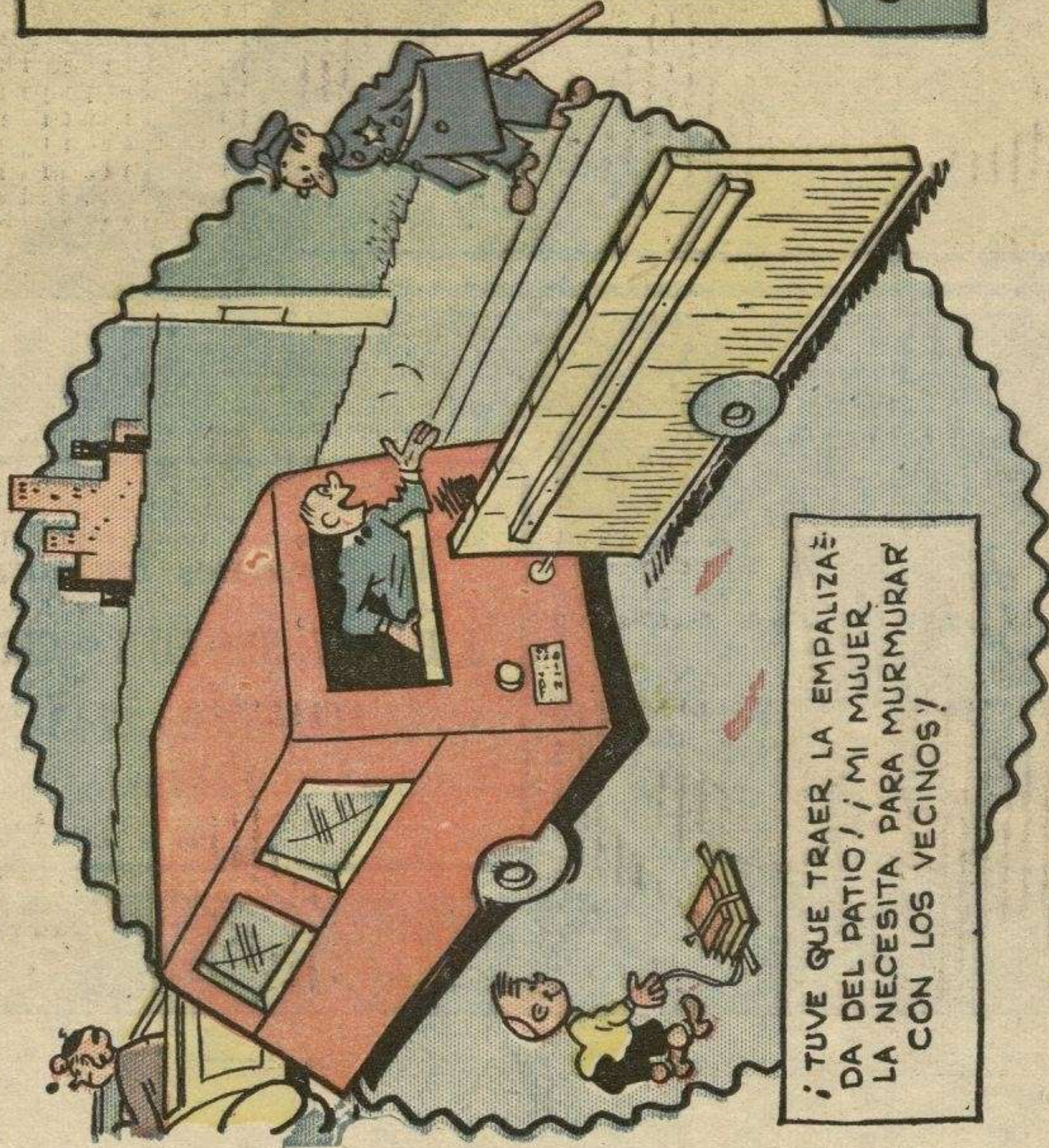
LO INCREIBLE EN LA CIENCIA

TRES PUESTAS DE SOL EN UN DÍA.
LOS AVIADORES QUE VUELAN EN LOS EE.UU. HACIA LA COSTA DEL PACÍFICO, A MENUDO VEN TRES PUESTAS DE SOL, CONFORME PASAN TRES CORDILLERAS DISTINTAS.

EL PLATINO, MÁS DELGADO QUE EL ORO.
SE HAN HECHO CHAPAS DE PLATINO DE UN GROSOR DE 2/100.000 DE PULGADA.

LA VEJEZ DE LAS PALANQUETAS. LAS PALANQUETAS SE HAN USADO EN INGLATERRA DESDE EL SIGLO XIII.

Editors Press Service, Inc.
220 E. 42nd St., New York





El DENTOL es el dentífrico conocido universalmente, por ser un excelente antiséptico, estando, además, dotado de un perfume muy agradable.

El DENTOL, que está fabricado, según los trabajos de Pasteur, destruye todos los microbios nocivos de la boca, impide también y cura seguramente las caries de los dientes y las inflamaciones de las encías.

Acostúmbrase a usar diariamente el DENTOL, y se sorprenderá de la blancura resplandeciente de sus dientes. El DENTOL destruye el sarro.

De venta en toda la República
a los precios de:

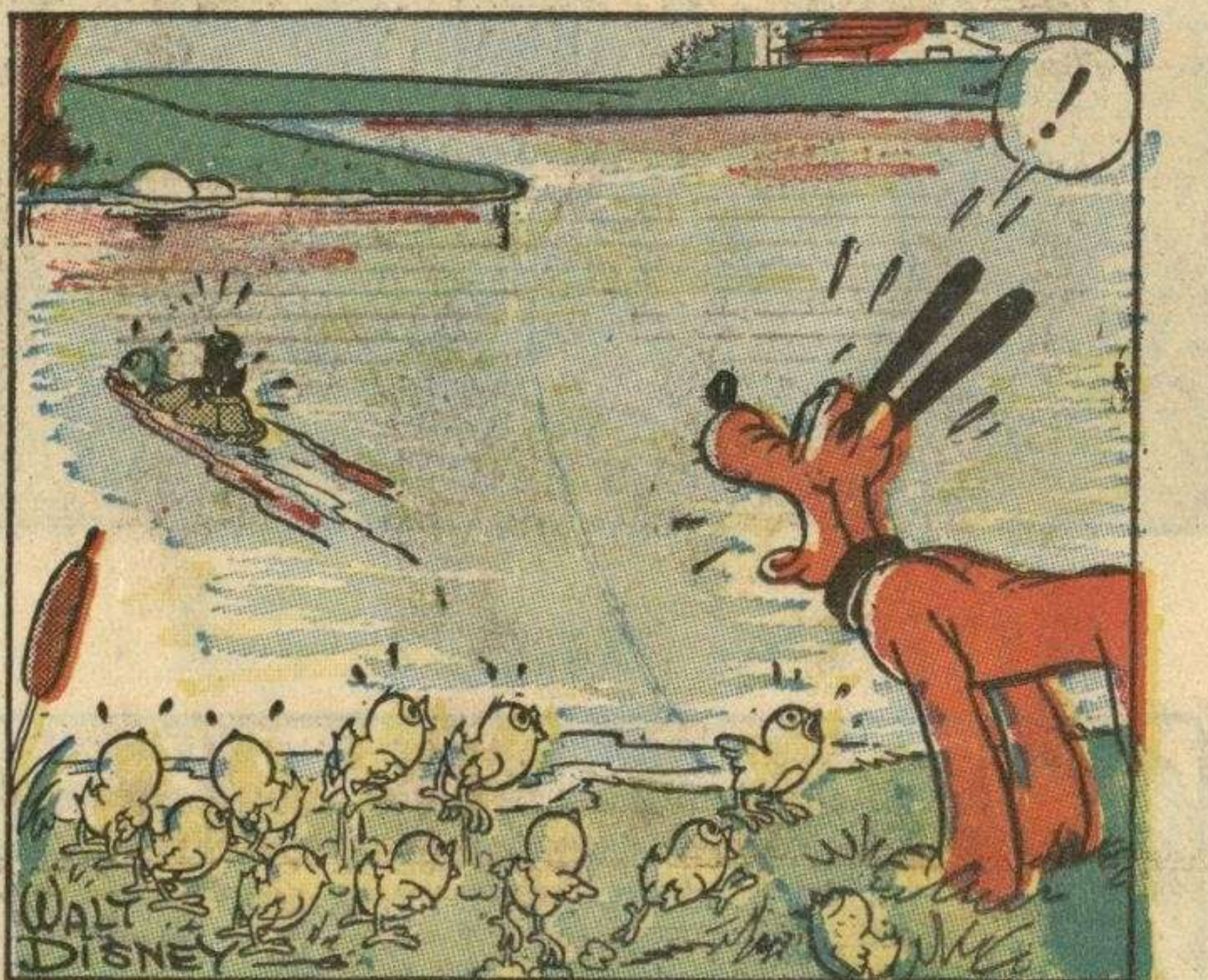
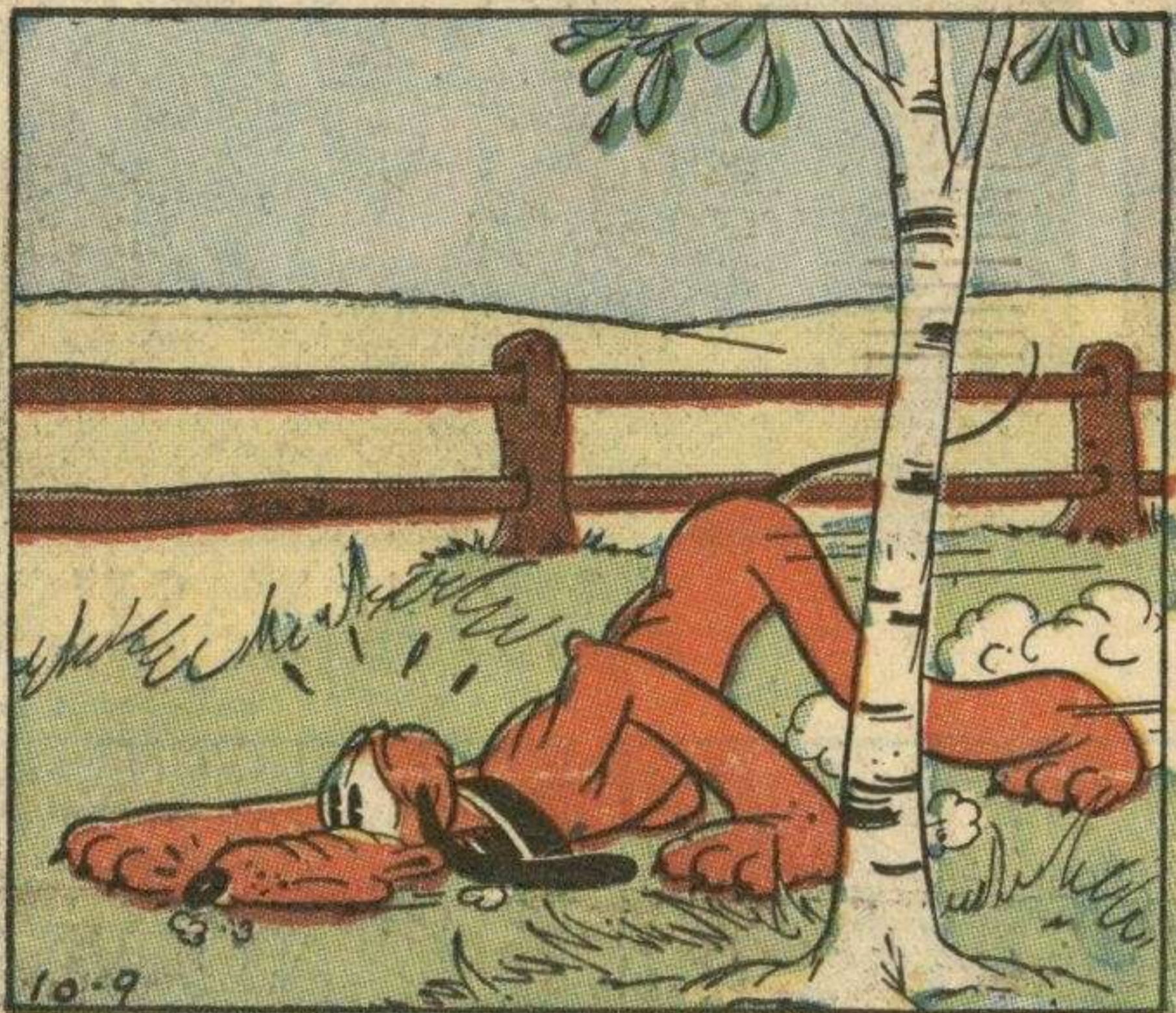
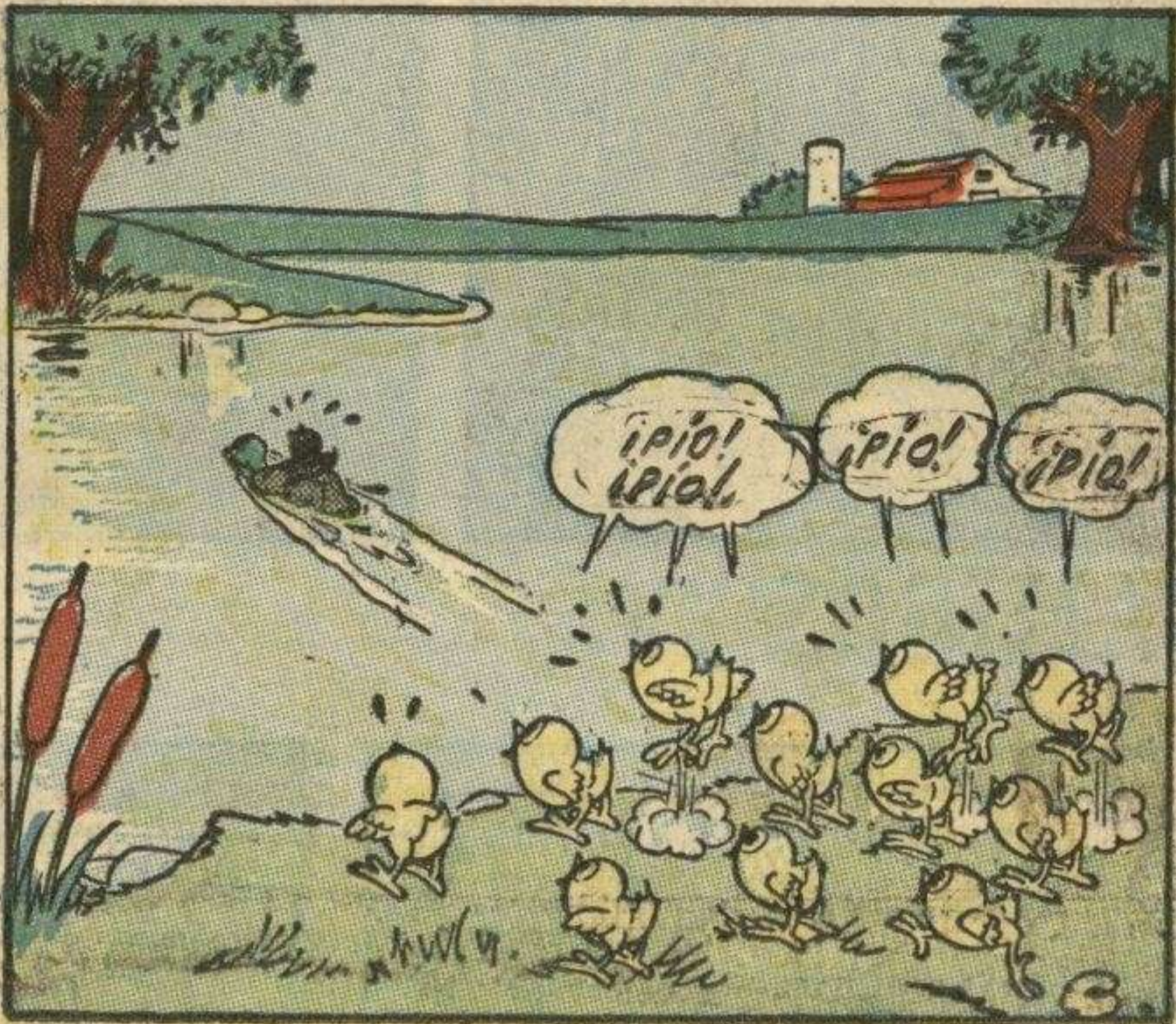
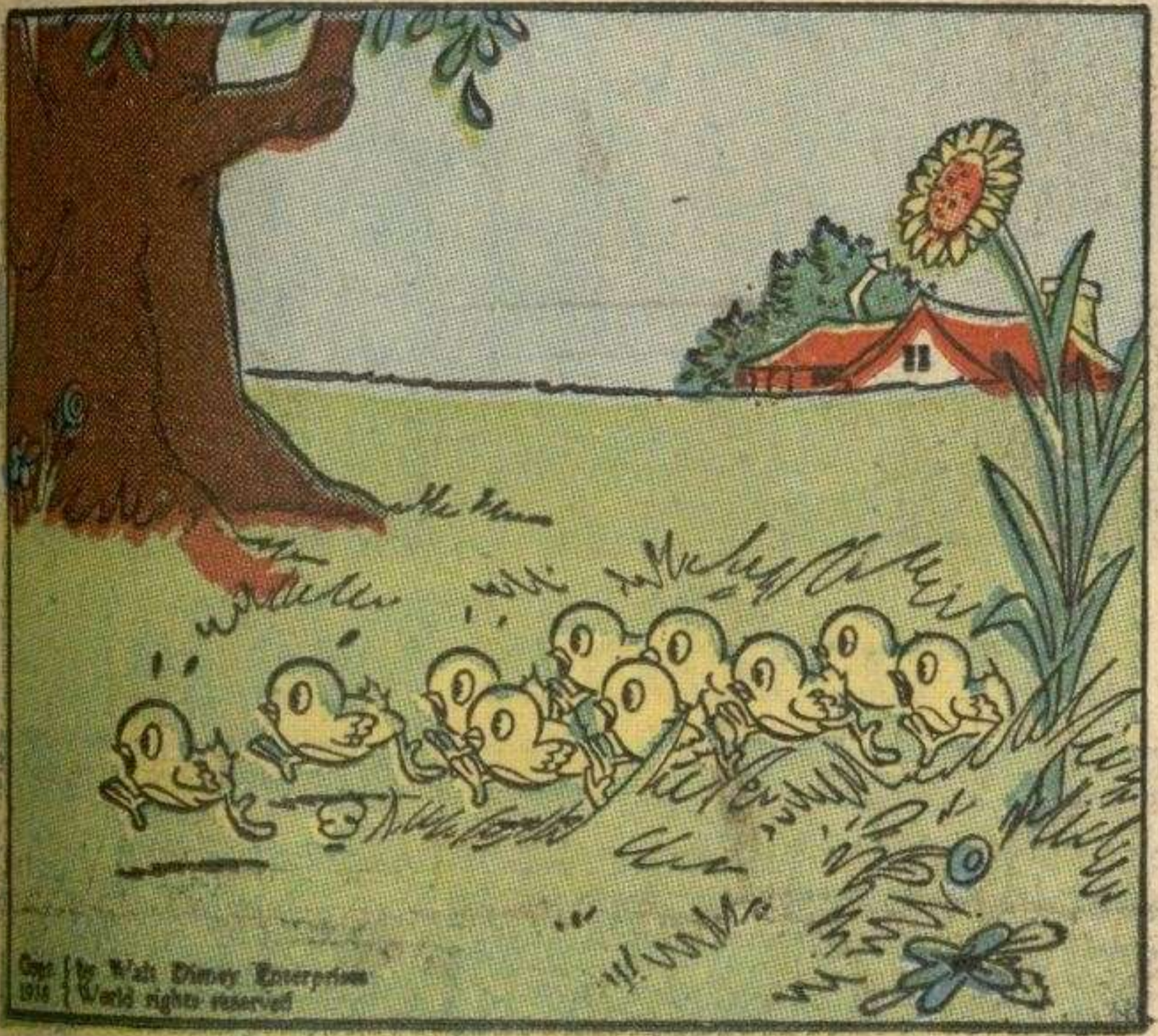
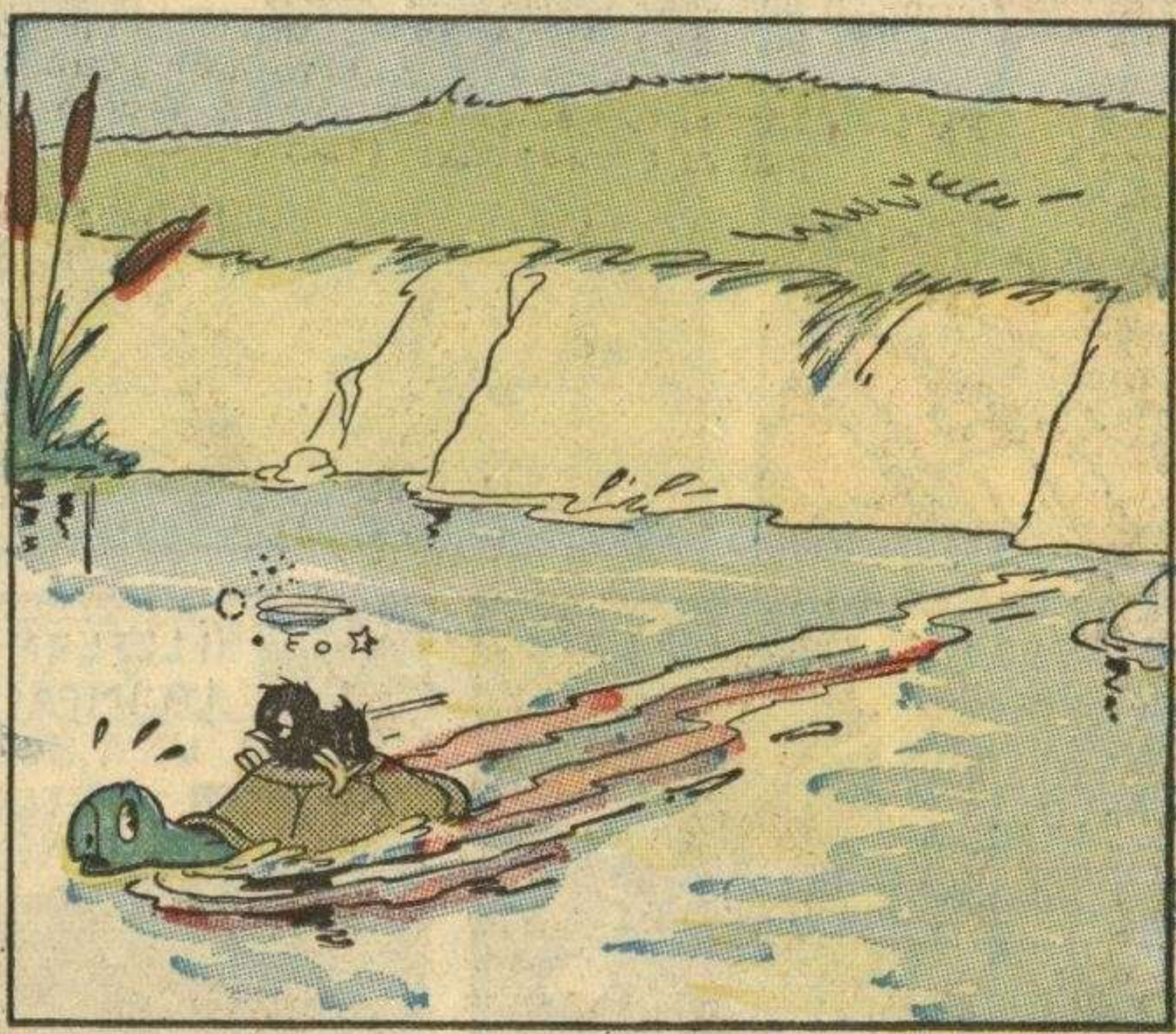
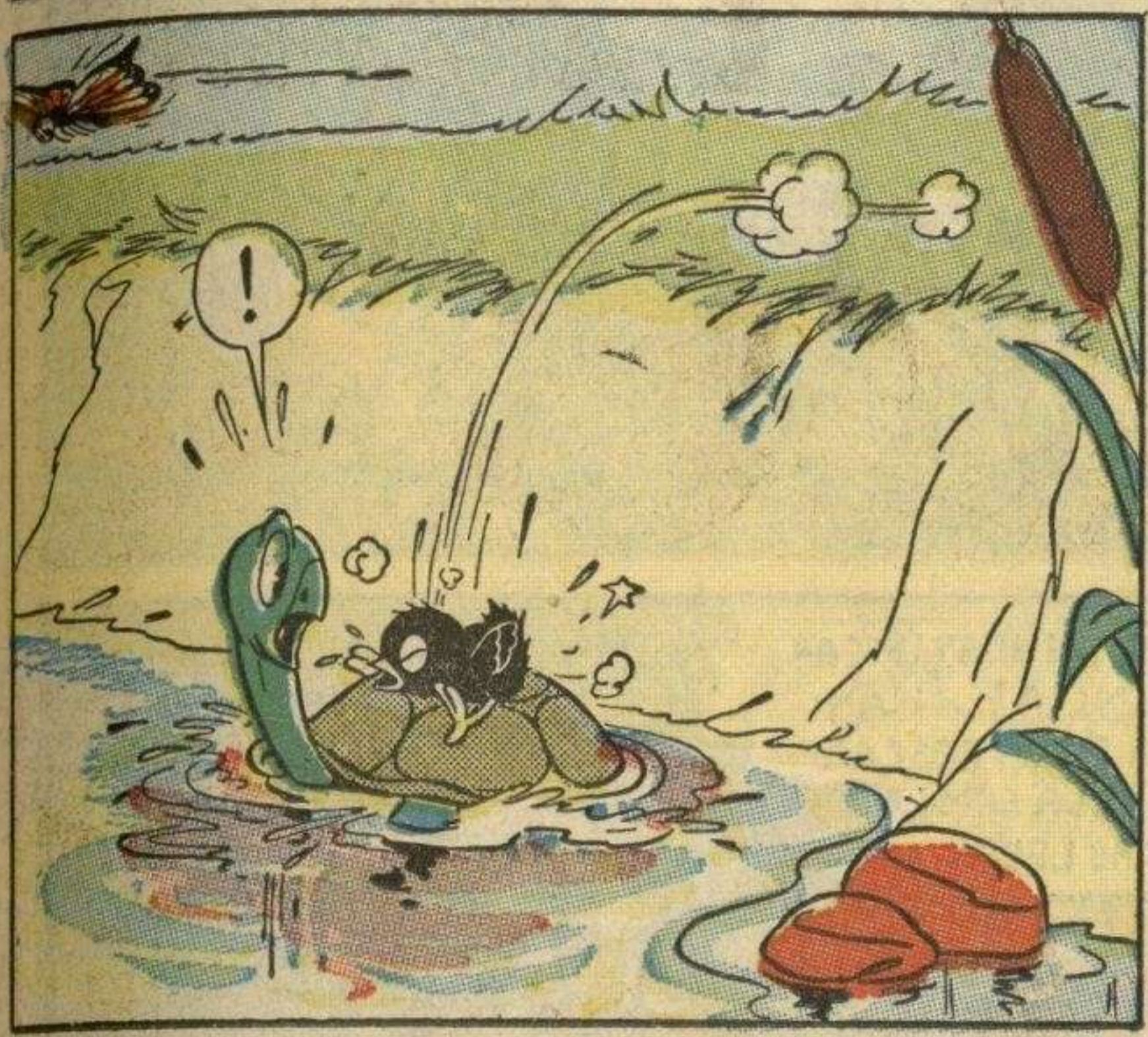
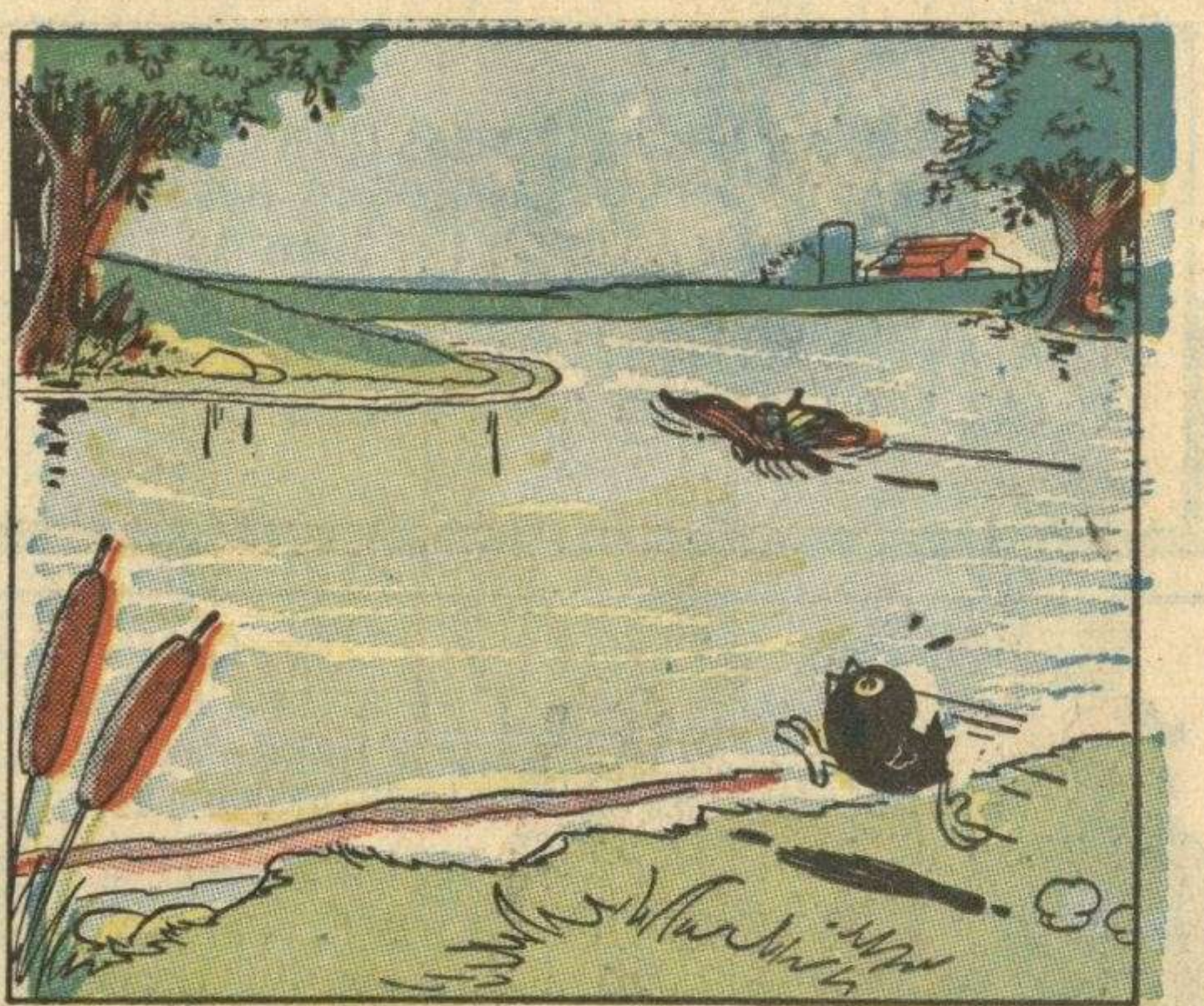
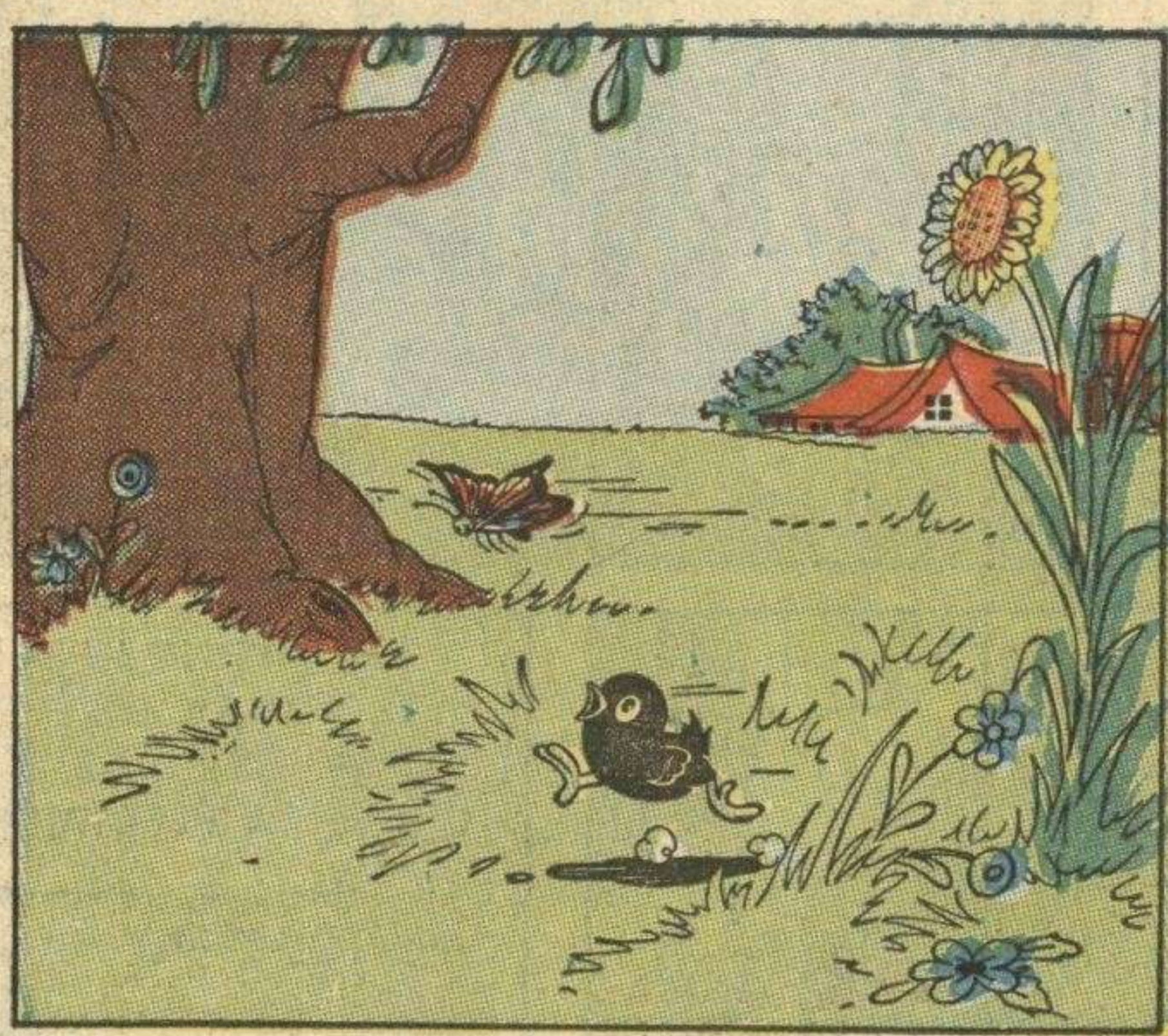
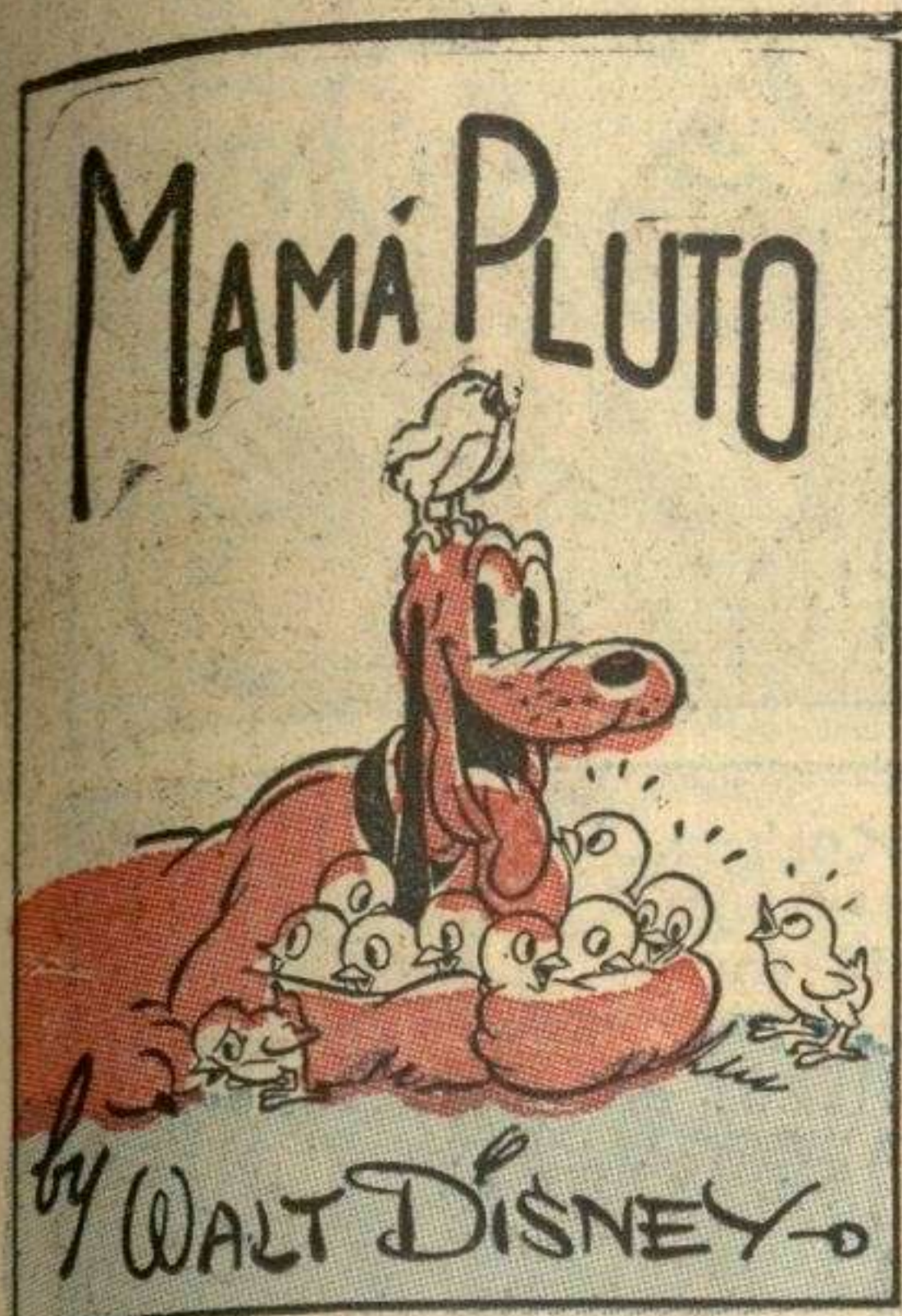
\$0.20 tubo mediano
0.40 tubo grande.

Dentol

Distribuidores Exclusivos:
J. PAULY, SES FILS & CIE. LTD
Apartado 2143
Habana.

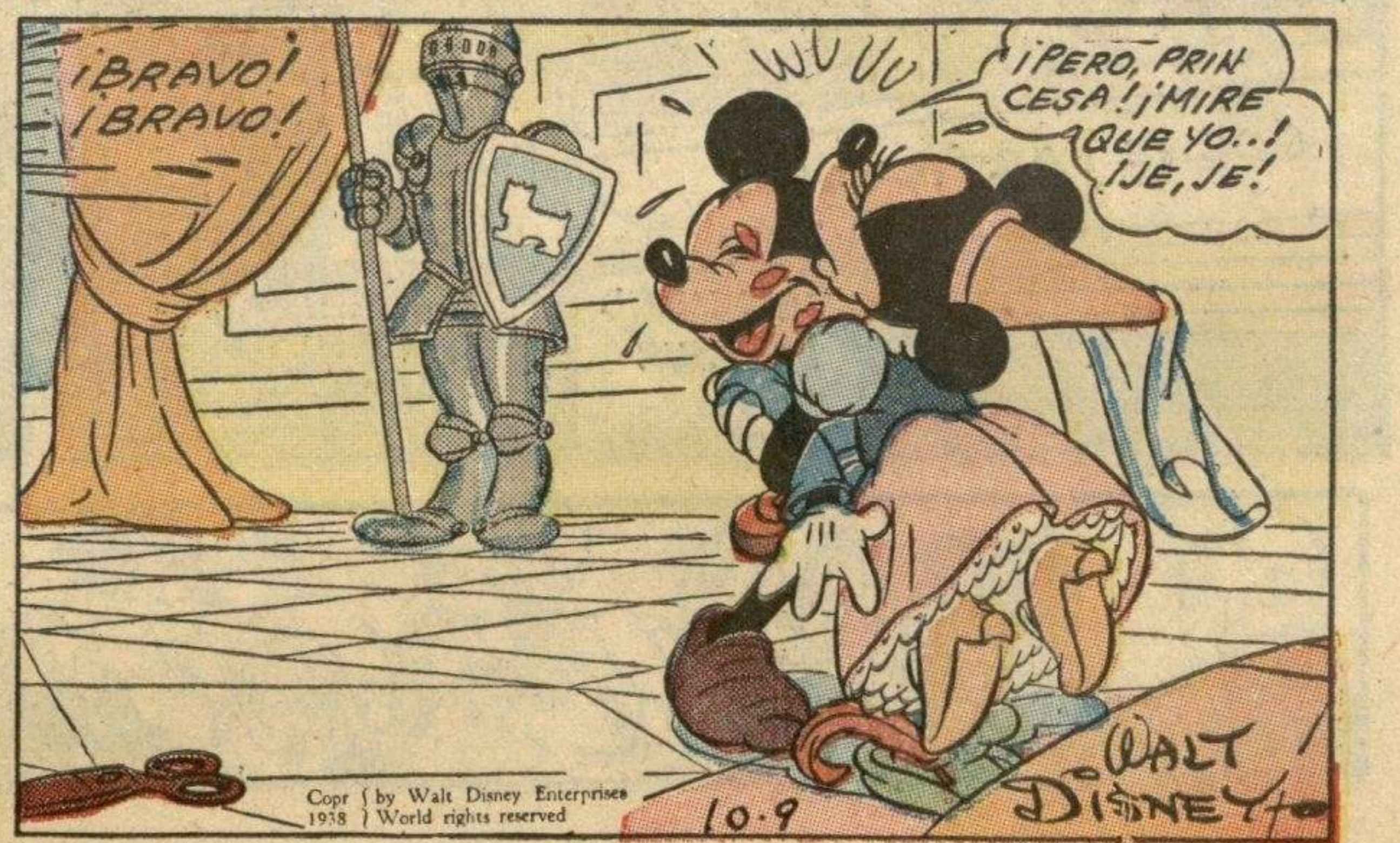
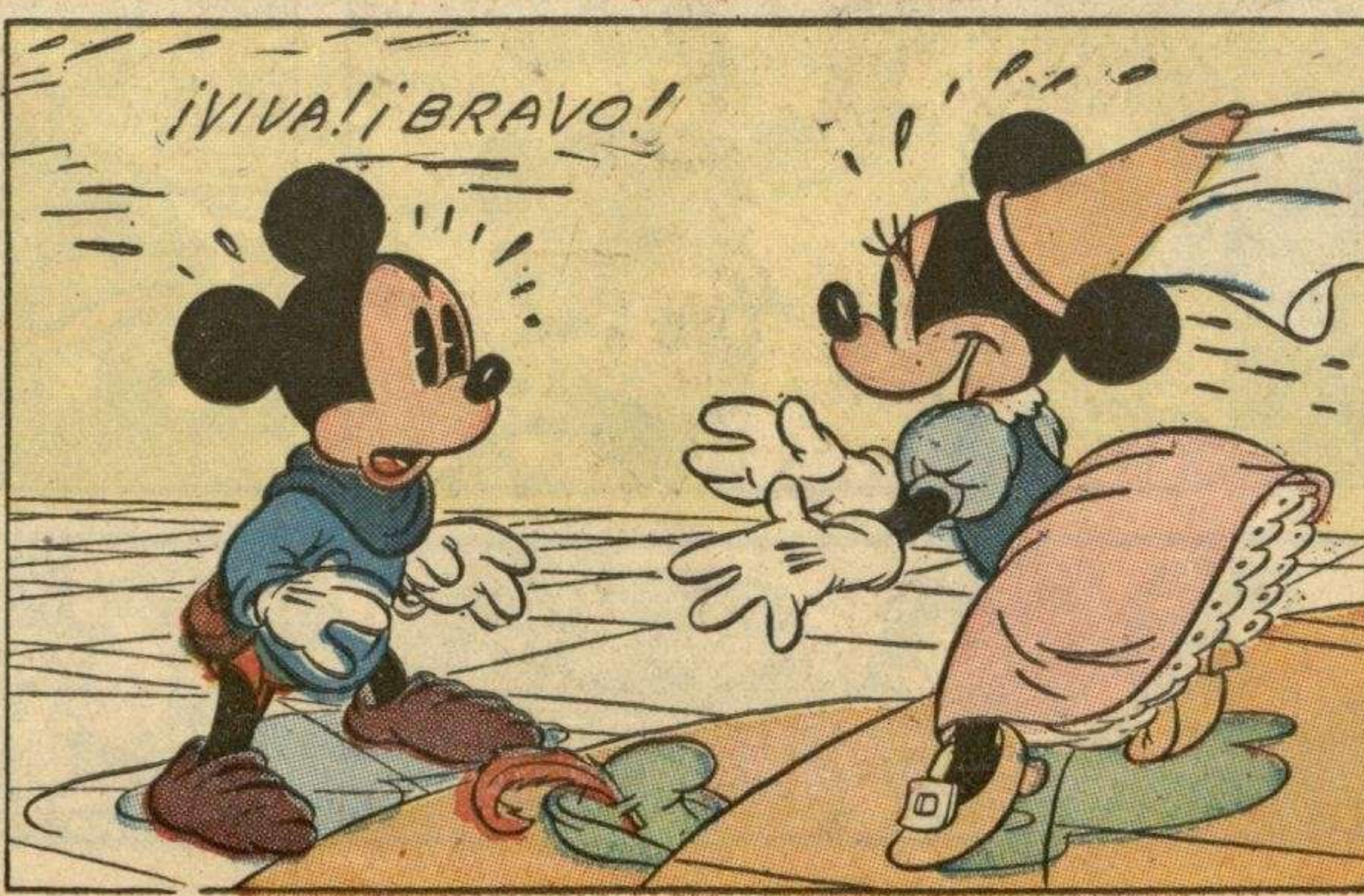
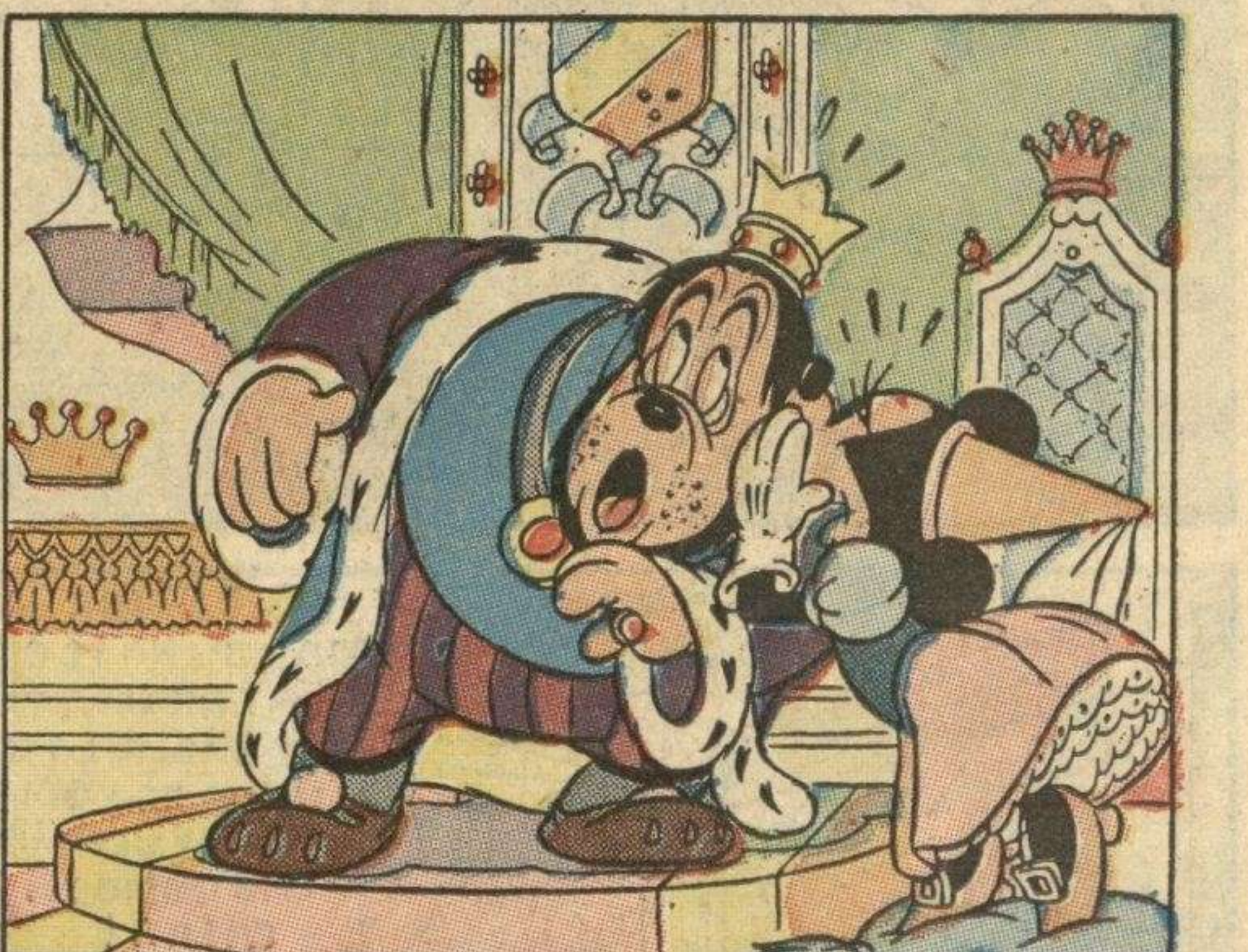
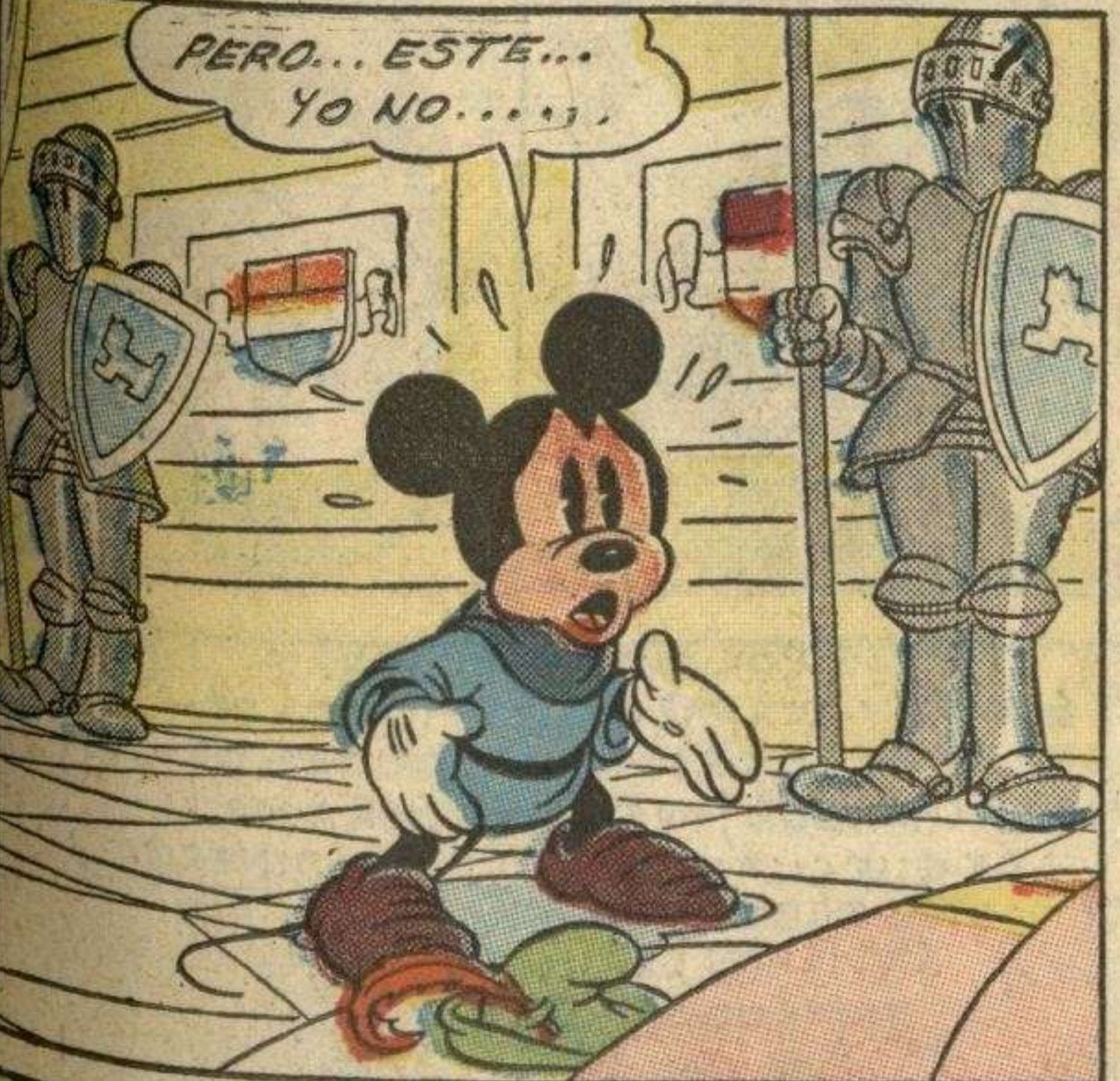
DIARIO DE LA MARINA

HABANA, DOMINGO 16 DE OCTUBRE DE 1938



EL RATON MIGUELITO

REGISTERED U.S. PATENT OFFICE



WONG-LO

BRANDON WALSH

WONG, TOMÁS Y LOS INDÍGENAS HAN CAPTURADO A CHANG HO, AL CAPITÁN DE LA "HERMANDAD DEL HIERRO" Y A TODOS LOS PIRATAS, MENOS UNOS CUANTOS QUE MERODEAN POR LA ISLA. AHORA ESPERAN LA LLEGADA DE UN BARCO QUE LOS TRASLADE A UN PRESIDIO.



MIS MENSAJEROS HABRÁN LLEGADO YA A LA ISLA. PRONTO REGRESARÁN CON UNA BANDA DE MIS GUERREROS MÁS VALIENTES.

SOS



¡LOS TRIPULANTES DE NUESTRO BARCO, SI AUN VIVEN, NO TARDARÁN EN TRAERNOS AUXILIO!

¿QUIÉN NEGALÁ QUE EL QUE MONTA UN TIGLE TIENE MIELLO LE APEALSE?



¡ESTOS CANALLAS YA SON MANSOS COMO CORDEROS! SE HABRÁN CONVENCIDO DE QUE EL CRIMEN ES MAL NEGOCIO!



¡EL CAMINO LE LA VILTUL ES AÑPELO Y VA CUESTA AL'LIBA. EL LEL VICIO ES LISO Y BAJA' ENTLE PLECIPICIOS!



¡ARRIBA, CAMARADA! IYA TE TOCA A TÍ ENCARGARTE DE LA VIGILANCIA!

¡VOY COL'LIENDO!... ¡NO PUELE TOLO SEL, LOLMIL Y GUAL'LAL LAS ALAS!



¡SILENCIO! ¡EL MENOR RUIDO NOS COSTARÁ LA VIDA! ¡AL DAR YO LA SEÑAL, DERRIBA AL GUARDIA MÁS CERCANO Y HUYE A LA CAVERNA DE LOS VAMPIROS!



¡SÍGANME, CAMARADAS! ELLOS TRATAN DE REFUGIARSE EN LA CAVERNA DE LOS VAMPIROS!



¡LE FLENÉN SU JUSTIFICAR LA IMPACIENCIA!... ¡HAY UNA HOLA PALA PESCAL' Y OTLA PALA COM-PONELLAS LELES!

ANITA Y SUS AMIGOS

Registered U. S. Patent Office

Brandon Walsh



¡SI, SEÑORA, HARÉ LO QUE PUEDA; PERO LAS UÑAS DE ESTA CRIATURA ESTÁN MUY DESCUIDADAS. SE VE QUE USA UN CEPILLO Y UN JABÓN MUY ORDINARIOS.



YO LAS LIMPIO CON JABÓN DE COCINA.

¡NO INTERRUPTAS, NIÑA, CUANDO HABLEN LAS PERSONAS MAYORES!



¡AY! ¡PERDÓNEME, SEÑORA! ¡SE ME OLVIDO...

¡PUES TEN CUIDADO! ¡A LOS NIÑOS LES CORRESPONDE OIR Y CALLAR! ¿SABES?



¿PARIENTE? ¿BELLA?... ¡NO, POR DIOS! ¡ES UNA HUERFANITA ABANDONADA QUE MI HERMANO HA RECOGIDO! ¡ÉL ES MUY COMPASIVO, PERO ATOLONORADO.



¡BUENOS DÍAS, TILI! ¿CÓMO...?

¡MI QUERIDO HERMANO, NO, ¿CUANTAS VECES TENDRÉ QUE SUPLICARTE QUE NO ME LLAMES TILI? ¡BIEN SABES QUE ME SACA DE QUICIO ESE DIMINUTIVO TAN VULGAR!



¡PERDÓNEME, TILI... QUIERO DECIR MATILDE! ¡SIEMPRE SE ME OLVIDA!... ¿CÓMO ESTÁ MI PRINCESITA? ¿LA HAS CONVERTIDO YA EN ARISTÓCRATA?



¡POR FAVOR, HERMANO! ¡NO TE BURLES! ¡VA A SER UNA TAREA BIEN ARDUA LA DE CIVILIZAR A ESA GOLFILLA! ¡QUÉ DE VERGÜENZAS VAMOS A PASAR!



POCO A POCO, TILI... QUIERO DECIR MATILDE. ANITA ES UNA CRIATURA BUENA Y HONRADA A CARTA CABAL. ¡NO ESCULPA DE ELLA SU FALTA DE EDUCACIÓN!

BUENO, PERDÓNEME... POR TI HARÉ LO POSIBLE POR QUERERLA.



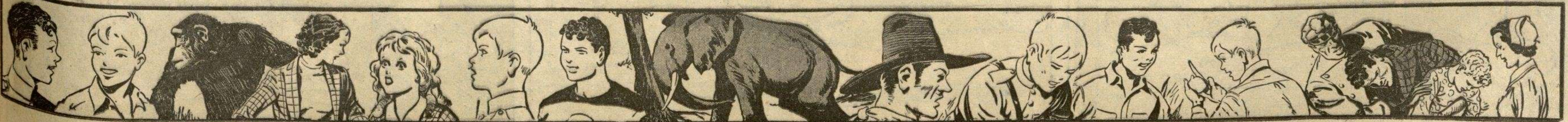
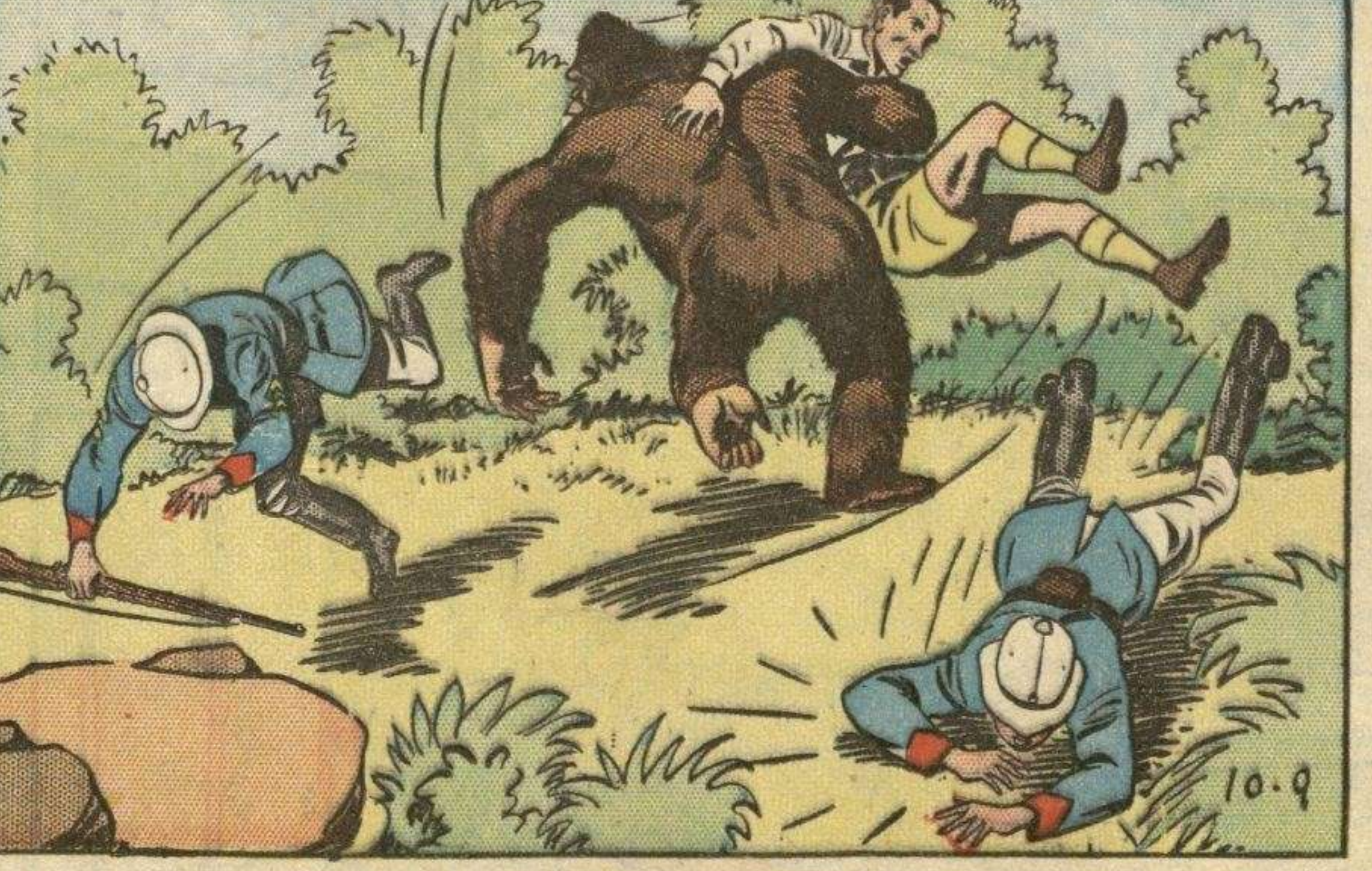
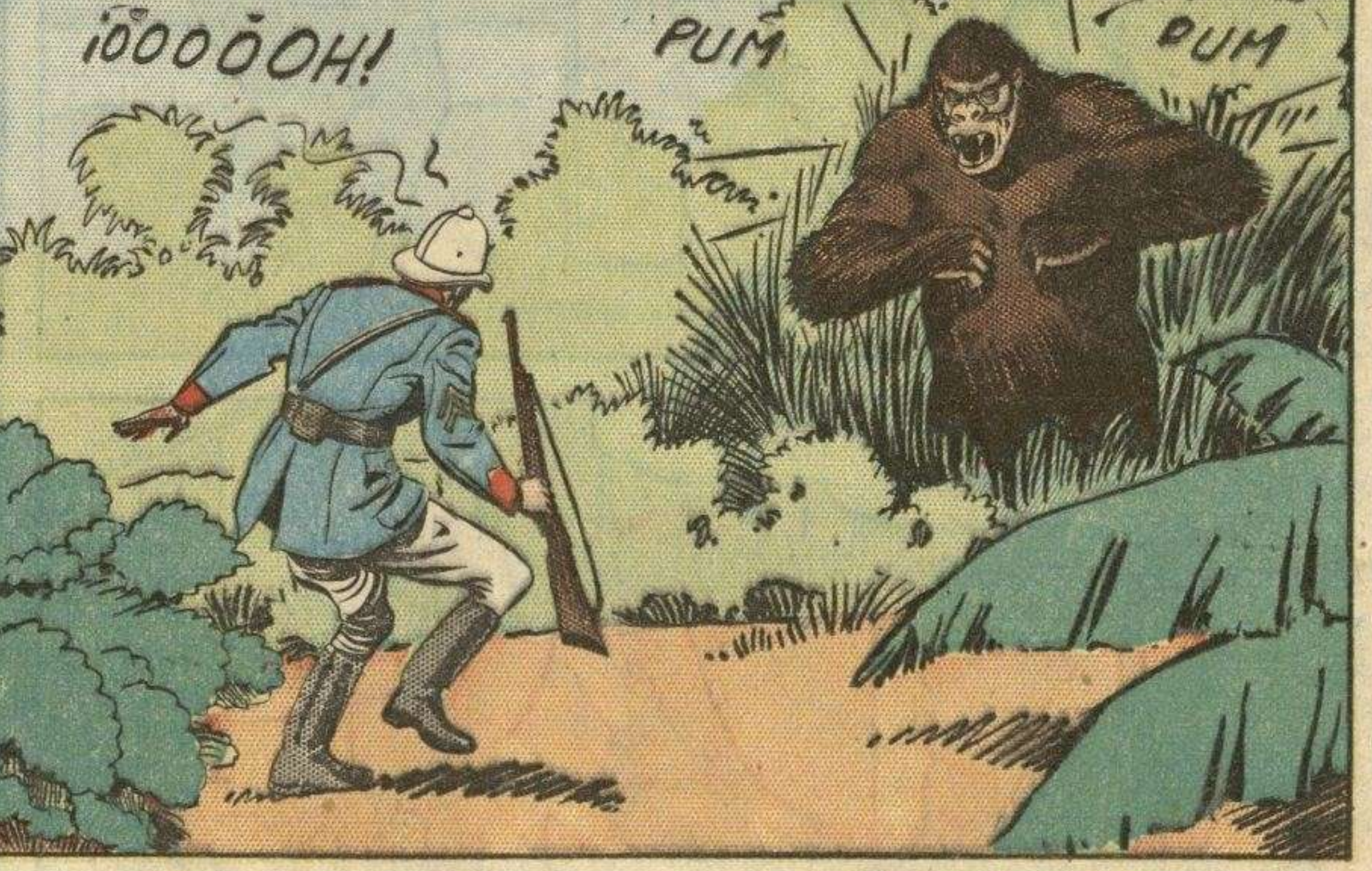
TIENES QUE APRENDER A PRESUMIR Y SER ALTO, COMO LOS PÉRROS DE LOS RICOS. SE QUE ES DESAGRADABLE; PERO DICE DOÑA MATILDE QUE CUANDO UNO TIENE DINERO, NO DEBE OLVIDAR SU POSICIÓN SOCIAL.

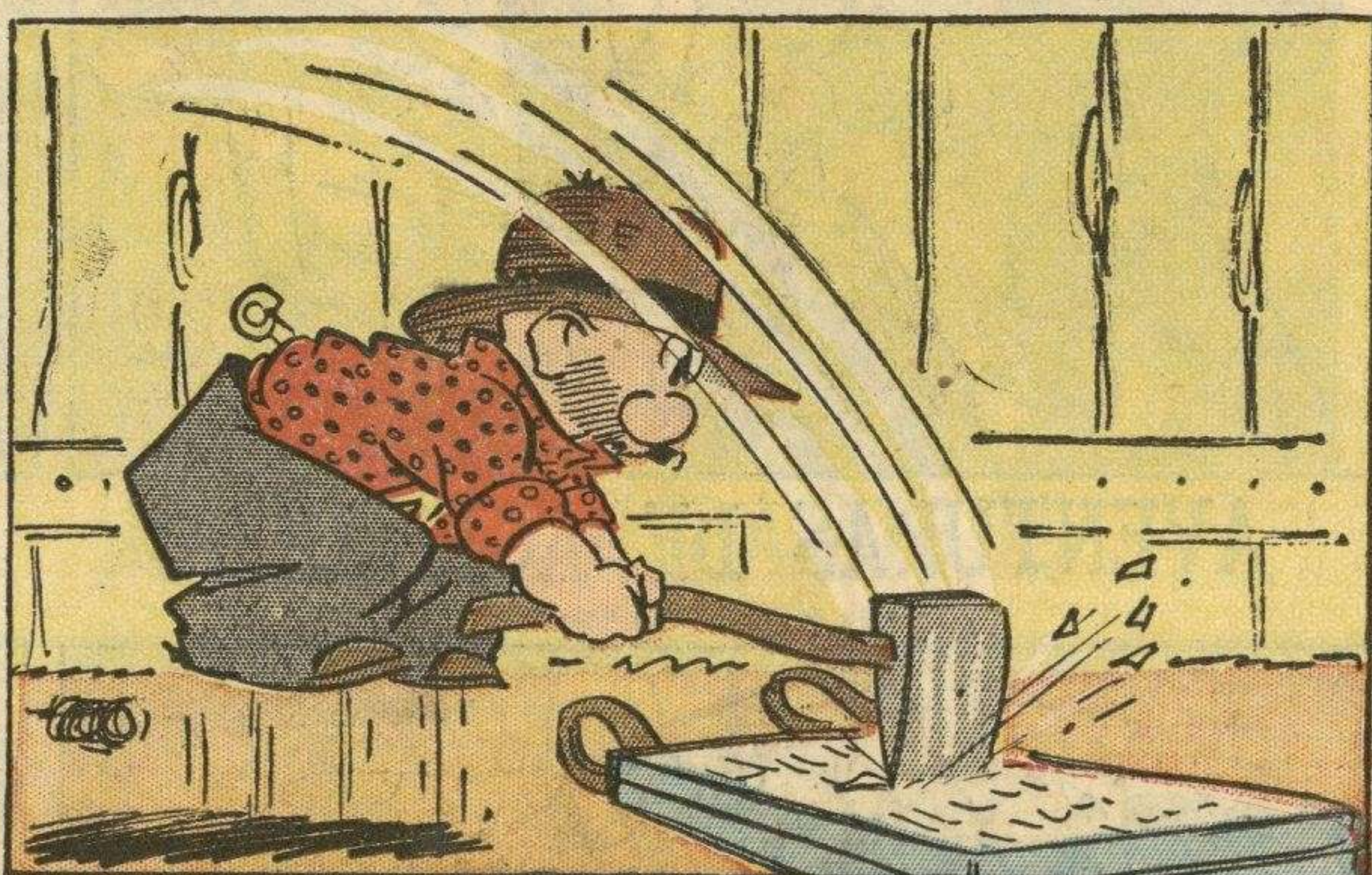




AVENTURAS DE AGUILUCHO.

Lyman Young





PEDRO HARAPOS

Registered U. S. Patent Office

